BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

7

MEMORIAS DE CARMELO FERNANDEZ

y

Recuerdos de Santa Marta - 1842

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1973

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

7

Director de la Academia Nacional de la Historia:
Cristóbal L. Mendoza

Comisión Editora:

Ramón J. Velásquez
Presidente

Guillermo Morón
José Carrillo Moreno
Pedro José Muñoz
Ildefonso Leal

Director de Publicaciones:
Guillermo Morón

Coordinador:
Antonio Arellano Moreno

MEMORIAS DE CARMELO FERNANDEZ

y

Recuerdos de Santa Marta - 1842

JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

7

MEMORIAS DE CARMELO FERNANDEZ

y

Recuerdos de Santa Marta - 1842

EL PRESENTE VOLUMEN HA SIDO EDITADO BAJO EL PATROCINIO
DE LA GOBERNACION DEL ESTADO YARACUY
CARACAS / 1973

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1973

Impreso en Venezuela por Editorial Arte / Caracas

PRESENTACION

Carmelo Fernández, sobrino del general José Antonio Páez, pintor y dibujante, nativo de Guama, Estado Yaracuy, adquirió celebridad en el ramo pictórico, especialmente por su célebre perfil del Libertador, conocido como "el Bolívar de todos" por su fidelidad y parecido.

Hizo sus primeros estudios en Caracas bajo la dirección de don Tomás Lander, pasó a los Estados Unidos del Norte, en donde recibió clases del pintor italiano Pinistre. Al regresar al país había completado sus estudios de matemáticas y de Ingeniería Militar (1827), por lo que pudo prestar servicios en la Comandancia de Puerto Cabello en donde eran indispensables sus conocimientos de arquitectura y fortificación. Trabaja en la sección de topografía del ejército de Bogotá y allí obtiene el grado de Sub-Teniente. Vuelve a Caracas (1832) y colabora con Agustín Codazzi, con Rafael María Baralt y con Ramón Díaz en sus trabajos de geografía e historia. Numerosos dibujos suyos de mapas y cartas geográficas ilustran las obras mencionadas.

Viaja a París en compañía de Codazzi (1840) y aprovecha la oportunidad de pulir sus conocimientos pictóricos. Hacia allí habría de regresar en dos oportunidades más (1876).

Formó parte de la comisión que se encargó del traslado de los restos del Libertador de Santa Marta a Caracas en 1842, "cumplió el encargo de reproducir todos los detalles de aquellos actos, que fueron recopilados junto con sus dibujos en un folleto que editó Simón Camacho (1845) con el título *Recuerdos de Santa Marta,* siendo ésta la razón por la cual hoy, al patrocinar una nueva edición de sus Memorias, lo incorporamos en este apéndice en el cual el lector podrá apreciar otros perfiles y dibujos del ilustre hijo de Yaracuy.

Falleció en Caracas en 1887 a los 77 años de edad. Sus Memorias fueron publicadas en 1940 y por los aportes históricos que hace, la hemos considerado digna de figurar en esta colección.

Caracas, 1973

MEMORIAS DE CARMELO FERNANDEZ

Los caminantes que trajinan por las tierras asoleadas del Yaracuy, o los que por primera vez las transitan, se tropiezan en un lugar pintoresco, escondido entre las frondas de corpulentos samanes, ceibas y gusanillos y constantemente refrescado por abanicos de palma del viajero, con el histórico pueblo de Guama. Un poblado a la criolla con mucho de español viejo. Su campiña es dilatada, cuenta con pastos y con labranzas, y en su pecho de cerros lejanos ostenta la Cruz de Cristo, formada con madera de trepa que se asemeja al bronce y al esmalte, como si fuese una condecoración a la que complementa la banda luminosa del río que lo atraviesa por uno de sus costados. Allí tiene la naturaleza el encanto de todas sus sinfonías, y los pastores y labriegos se alternan en las faenas edificantes del trabajo.

En ese pueblo nos encontramos el día 30 de Junio de 1810, en el aposento a media luz de una casa colonial, impregnado del olor característico del aceite de cabima o de palo, que era lo que por entonces se usaba para la cura del ombligo de los recién nacidos, con la cuna de Carmelo Fernández, de este ilustre hombre de tamaño nacional, a quien desconoce la mayoría de los venezolanos y han olvidado los otros, los que sabían algo de su vida por confusas y reducidas referencias. Allí alentaba el chiquitín, y para enaltecerlo aún más, debemos adelantar que tenía de la mejor sangre mestiza, ya alambicada, por ser hijo de español y de una mujer de las nuestras con dos o tres generaciones por detrás a distancia del indio. Por eso se asociaron en su ser la audacia y la malicia, el valor y el cálculo, el talento creador y la reserva cazurra, que son el producto específico de esta clase de injertos.

No tanto porque queramos hallar en ellas el ovillo de donde puedan haberse desprendido las hebras de su blancura

española, sino con el interés de sacar en claro la limpieza de un abolengo muy venezolano, importa poner de resalto como personas de valimiento eran las de que descendía Carmelo Fernández. Seguro que lo eran. Y con tanta más significación, cuanto que en viejos infolios nos hemos encontrado con los justificativos levantados ante el Corregidor del pueblo de San Francisco Javier de Agua de Culebras, situado en un rincón del Yaracuy, por don Juan Victorio de Páez, abuelo de Fernández y padre del General José Antonio Páez, para acreditar su condición de "persona blanca de calidad". Era el tal don Juan hombre quisquilloso. Y ocurrió el año de 1776, que don José Gregorio Leal, Alcalde de San Felipe, hubo de prohibirle el uso de pistolas en su silla de montar, mientras no probase que estaba facultado para llevarlas. Todo un proceso. Todo un ir y venir de papeles. Mas con la suya se salió el caballero, quien sin ser de los que ostentaban el rótulo de cubiertos, ni tampoco de los de mohatra, lo era en cambio de otra suerte de campanillas, pues considerado el asunto por el Gobernador y Capitán General de Venezuela, Brigadier don José Carlos de Agüero, vino éste en declarar, el mismo año de 76, que el Alcalde de San Felipe "no pudo ni debió conforme a derecho prohibir a don Juan Victorio de Páez el uso de las armas lícitas y permitidas, y que en ello le había causado agravio y violento despojo a que debía ser restituido conforme a las Reales Intenciones".[1] De allí las prerrogativas heredadas por el General Páez para portar pistolas, flamantes pistolas de bronce, de las cuales supo hacer uso en la montaña de Mayurupí, entre Yaritagua y Guama, cuando asaltado en 1807 por una banda de ladrones, logró rezarle a uno de ellos el último responso en el camino y poner a los otros dos a buen recaudo de distancia.

El nombre del pintor y militar —combinación de aceite y agua que al agitarla suele unirse algunas veces con éxito— viene a figurar ahora en plano de actualidad con motivo de la aparición de un códice suyo: sus *Memorias*. Las *Memorias* de Carmelo Fernández. Exposición de hechos ignorados o que no se han ofrecido con ajuste a la realidad. Algo sensacional y de sucesivas sorpresas para levantar los ánimos. Las historias

1. Archivo Nacional. Sección Limpieza de Sangre. T. X. Fol. 154 y siguientes.

de otros y la suya propia. Escrituras privadas en las cuales, con la fuerza del detalle, las noticias adquieren novedad de forma y de rectificación, por haberse tratado de que dominase en ellas la línea recta del castigo a la parcialidad. Eso que al decir de Carlyle constituye la verdadera historia. Eso que se transparenta en unas ocasiones prescindiéndose del comentario y en otras apelándose al reactivo de sus recursos, porque lo otro, lo de más monta, lo de elevación científica, no cristaliza en contornos depurados sino por medio del análisis y de la filosofía que de él se deduce. Y todo esto cobra mayor realce, si venimos en cuenta del ambiente de serenidad y reposo en que la labor hubo de efectuarse.

No obstante las apreciaciones que anteceden, debemos consignar nuestro rotundo desacuerdo con el criterio de Fernández en cuanto a conceptos por él emitidos sobre ciertos actos del Libertador. En dos oportunidades nos espera en la misma vuelta del repecho para repetirnos que algunas de las renuncias que el héroe hizo del poder lo fueron de mala fe. Una afirmación aventurada. Y es que no hay nadie quien haya podido tener mejor buena voluntad como Bolívar. La buena o la mala fe de todo el mundo, de la manada, está a una distancia muy sensible de la de los hombres de genio, y el pintor y militar no disponía de los alcances indispensables para penetrar en una conciencia tan vasta y tan compleja. Bien pudo haber escogido otras palabras para formular su crítica, situándose así en posición más ecuánime y menos censurable, sin que por esto creamos tampoco que procedió de mala fe. Hay más, Bolívar no fue hombre de buena o de mala fe, sino hombre de fe, de una sola pieza inconmovible. Como todos los predestinados, creía y confiaba en sí mismo, apoyado en su propia autoridad, que era como creer y confiar en todos, en América, en el mundo; y de allí la creencia en su responsabilidad y la confianza que se le tenía. Su fe tuvo que haber sido inquebrantable en todo momento, ya que lo contrario habría constituido la negación de su personalidad. La rectitud, la honradez, la convicción con que procedía, ceñido a un derecho que consideraba como legítimo, responden a cualquier duda que pudiera ofrecerse para desacreditarlo. Estas manifestaciones no deben confudirse por ningún respecto con la doblez, con la alevosía,

con la malicia o la temeridad. Su fe fue invariable y pura. Es la misma que irradió en el Monte Sacro con el juramento magnífico y la que se apagó aparentemente con la última proclama en San Pedro Alejandrino, puesto que ella ha continuado siendo la lamparilla de un continente en medio de sus bonanzas y tormentas. Valerse de una pequeña mala fe como medio, si es que así puede calificarse, para dar en la cima de un propósito universal, de una gran buena fe, es concepción que no surge sino de entendimientos excepcionales. Y eso fue lo que aconteció con el Libertador, y con una que otra de sus dimisiones. Primero estaba la conservación de la Gran Colombia y su grandeza y esplendor, que era él mismo condensado en entidad política y social, que todas las pequeñeces, formulismos y escrúpulos de orden secundario. El representaba el centro de gravedad de su obra portentosa, y claro, fuera de ese centro, el equilibrio tenía que perderse en el vacío. Su amor propio no le habría permitido nunca proceder de mala fe, aparte de que hay que tener presente la sentencia lapidaria de Perú de la Croix, grabada para siempre en el *Diario de Bucaramanga*: *El Libertador ama la verdad*. Y la verdad es buena fe, porque representa lo que no engaña, lo que en la expresión significa conformidad con lo que se siente o lo que se piensa.

Por lo demás, cuando el pintor y militar se atreve a sostener que el Libertador, a su regreso del Perú a Colombia, "presentó planes antirrepublicanos sobre los poderes públicos", y que por ello Santander se declaró enemigo suyo, cargo es éste que no debe tomarse en cuenta, por lo inconsistente y baladí de la aseveración. Es de diáfana evidencia que Fernández, sin detenerse a ahondar en la realidad de los sucesos, se hizo eco de los infundados y arteros rumores que circulaban entonces por las calles, y que no eran otra cosa que los detritus arrastrados por la corriente fermentada de la reacción. También se atribuyeron a Bolívar, en 1830, "planes concertados para oprimir a los pueblos y destruir la libertad", y tratóse de impedir su viaje, cuando decepcionado y muy enfermo se había separado definitivamente del poder para dirigirse al extranjero. No eran estas estolideces sino la llamarada inofensiva de la invención calumniosa y del aturdimiento inconsciente,

pues todos sabemos que unas y otras ocurrencias no se debían sino a las propagandas y pretensiones desorbitadas de una facción para asaltar el poder. Estos puntos han quedado ya desmentidos y resueltos con el análisis que de los hechos se ha formulado, aparte de que la conducta y procedimientos adoptados por el Libertador en aquella época, han destruido por completo la trama que a fuerza de intrigas y de manejos de baja estofa, se propuso urdir la política fullera. Fue Santander quien le manifestó a Bolívar, en correspondencia epistolar de fecha 21 de Agosto de 1826, que no había para que hablar "de lo que se ha hecho para sumirnos en este abismo de males sobre que saldremos por el influjo de U., pero no para que dure el bien más allá de la vida de U. El origen de nuestros males, está, a mi entender, en que desde la *Constitución hasta el último reglamento han sido demasiado liberales para un pueblo sin virtudes y viciado bajo el régimen español,*[2] donde existen tantos elementos de discordia, y tantos hombres que se creen superiores a U. mismo. Así es que todo se ha relajado y parece que estamos en el año de 1810, empezando la revolución del país; pero es lo peor, que siquiera entonces se proclamaron los principios y ahora se proclaman las personas".[3] Quince días antes, al llamarle con insistencia, así se le expresaba: "Venga, por Dios, pronto. Su presencia es como el sol en un día oscuro. Todo se disipa al presentarse U., y además sus amigos tendrán el gusto de verlo, entre quienes a nadie cede un ápice, su admirador y fiel amigo".[4] Y cuando el grande hombre hubo de poner a funcionar la maquinaria gubernativa, de acuerdo con las inspiraciones de su genio, decíale el mismo Santander: "He recibido su carta de Santa Rosa y me alegro de que nuestro arruinado crédito público ocupe su imaginación".[5] "Me gusta infinito, infinito la economía de los gastos públicos, porque ellos me han quitado muchos años de vida. U. cuente con mi ayuda y cooperación, aunque débil, en todo cuanto crea conducente al bien público; desde que U. ha llegado me he descargado de una inmensa responsabilidad, y estoy por consiguiente sumamente tranquilo, gracias

2. Bastardilla del original.
3. O'Leary. *Memorias.* Correspondencia. T. III. Pág. 287.
4. Ibid. Pág. 286.
5. Ibid. Pág. 329.

a U".[6] Pero poniendo el dedo en la herida, en lo de "los planes antirrepublicanos sobre los poderes públicos", oigamos de nuevo al Vicepresidente: "Yo soy apasionado adorador de los principios, por el convencimiento de que estos son inmutables y los hombres mortales; pero también sé que los principios no pueden establecerse sin el influjo de los hombres de genio y de influencia. Por eso me tiene U. librado enteramente a la conducta de U., porque veo y palpo que U. es capaz de darle estabilidad a los principios; de manera que el día infausto de su muerte, cuente Colombia con que su régimen será estable y permanente por ser obra de los puros principios enseñados, practicados, sostenidos y defendidos por su mismo Libertador".[7] Tenía razón, si bien es verdad que después se contradijo lamentablemente. Así lo consideraban también todos los hombres de juicio de aquel tiempo, ya que Bolívar nunca se desvió de los principios republicano-democráticos que con tanta elocuencia y sabiduría sustentó en su célebre discurso al instalarse el Congreso de Angostura. De proclamar hubo entonces que "un gobierno republicano ha sido, es, y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas. Luego, extendiendo la vista sobre el vasto campo que nos falta por recorrer, fijemos la atención sobre los peligros que debemos evitar".[8] Mas, penetrado como estaba de las dificultades y complicaciones que tan libre sistema de gobierno apareja, puso por condición indispensable, para poder alcanzar la finalidad que perseguía, que "para formar un gobierno estable se requiere la base de un espíritu nacional que tenga por objeto una inclinación uniforme hacia dos puntos capitales: moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública. Los términos que fijan teóricamente estos dos puntos, son de una difícil asignación; pero se puede concebir que la regla que debe dirigirlos es la restricción y la concen-

6. *Archivo Santander.* T. XVI. Pág. 39.
7. O'Leary. Ob. cit. T. III. Págs. 297 y 298.
8. Discurso de Bolívar en el Congreso de Angostura.

tración recíproca, a fin de que no haya la menor frotación posible entre al voluntad y el poder legítimo".[9]

Para 1826 y 1827, aconteciendo estaba en Colombia lo que en forma tan sabia ha anotado el Presidente Roosevelt en uno de sus Mensajes al Congreso de los Estados Unidos, es decir, que "las fuerzas económicas y sociales que fueron mal administradas en el extranjero hasta que dieron por resultado la revolución, la dictadura y la guerra, son las mismas que aquí tratamos de ajustar pacíficamente a las necesidades internas". Y a esto fue a lo que llegó el Libertador a Colombia, a reorganizar, a construir, a que se produjese la coordinación y ajuste de esas fuerzas, de cuya armonía es como surgen el equilibrio, el orden, el bienestar y la prosperidad de las naciones.

Pero ¿cómo cayeron en nuestras manos estas *Memorias?* ¿De dónde procede la fortuna del hallazgo? ¿A qué se debe el que hoy puedan darse a la estampa, limpias de todo borrón malévolo, con el aderezo de una forma editorial elegante y perdurable? Otra historia. Otro encadenamiento de palabras para exhibirlas con mejor pedestal. Y aconteció que la Dirección del Archivo Nacional, en su afán de investigación y publicidad, emprendió en el diario metropolitano *El Universal* la tarea de divulgar documentos comentados acerca de distintos asuntos de interés venezolano. Una de esas crónicas fue la bien pergeñada por el señor doctor Héctor García Chuecos sobre Carmelo Fernández, en la cual se contemplan motivos inéditos de su existencia. Una sorpresa. Y apareció el hijo, quien agradecido vino a significarle su reconocimiento al escritor. Y aparecieron las *Memorias,* olvidadas hasta ayer nomás en el fondo de un baúl de vaqueta, porque confiado Carlos Henrique Fernández en la honradez y patriótica intención de quienes ponían empeño en sacar a relucir las glorias de su padre, se desprendió de ellas para legarlas a la posteridad. Cierto es que el pintor y militar había ordenado "que nada de lo contenido en este cuaderno se diga hasta treinta o más años después de mi muerte", disposición suya que se ha cumplido con demasía de tiempo. Luego, por gestiones que nosotros nos propusimos ultimar, ya con el dictamen favorable de la Academia de la Histo-

9. Ibid.

ria, el Gobierno Nacional adquirió en propiedad el códice. Y así, vinieron a quedar satisfechos un reclamo y una aspiración, los que no han tenido otras mientes que las de cumplir con un deber y aquellas que de regocijo se desgajan cuando se trata de ilustrar el nombre de la Patria.

Descuidado en el manejo del idioma castellano, Carmelo Fernández lo golpea a menudo con dureza, bien sea porque escribiese a la ligera, ora porque flaqueara en tratándose de su conocimiento. No importa. Tenemos que absolverlo. Casi nadie escapa a esas fallas y a esas caídas. Lo importante es el material que informa sus *Memorias,* ese acervo de datos que se ofrece al psicólogo sagaz para que de él disponga cuanto de darse tenga al estudio de hombres y de sucesos. La forma en que nos las presenta seduce y satisface, sobre todo en aquellas partes que se dirigen a esclarecer puntos históricos que han permanecido en la oscuridad o en la duda, o en las que se pretende destacar al desnudo aspectos privados de la vida de aquellos personajes que figuraron en elevadas posiciones en la guerra y en el gobierno. Con ellas por delante, parece que estamos mirando al pasado, en unas oportunidades a pleno sol, a campo abierto, y en otras, a través de las rendijas de una puerta excusada o por la abertura de un agujal. Retratista de fama, los cartones descriptivos que Fernández nos ha dejado del Libertador, del Mariscal Sucre, del General Santander, del General Soublette, del doctor Peña y de otros más, tienen el mismo valor de sus dibujos y pinturas, ya por la vivacidad de matices y expresión, como por el parecido moral y material de quienes posaron ante sus ojos para infundirle inspiración, alientos y actividad a su pincel. Lo que relata de la muerte del General Córdova en el Santuario le pone punto final a las diversas versiones que hasta ahora han circulado sobre el trágico y sensible acontecimiento; allí se remueve lo de la complicidad del General Santander en la conspiración del 25 de setiembre, y se recalca cuando se roza con su economía, que fue uno de sus defectos capitales; del Mariscal Sucre se apuntan rasgos prominentes de su carácter, y se echa sobre Obando todo el horror de su muerte; al General Páez se le reprende en distintos pasajes, y se le censuran sus inconsecuencias para con su familia cuando hubo de hallarse en la altura que

le desvaneció y que hizo menguar su resplandeciente actuación como héroe; se comenta la vida privada del doctor Miguel Peña, se habla de las aventuras secretas del General Soublette, se trata con palabras despectivas al Coronel José Briceño y se nos lleva a conocer una hija del Libertador en el apartado pueblo de Achaguas. Una mina invalorable de referencias novedosas. Sin embargo, conviene situarse en posición de reserva, y con más señalada actitud cuando se trata de cuestiones históricas que han sido largamente discutidas, antes de acoger en todas sus partes las confesiones de Fernández, como que es tan fácil callar la verdad y muy difícil darle salida con desparpajo y honradez. No es lo corriente el que los hombres se sustraigan por completo a las intemperancias del ánimo para dominar sus pasiones.

Sin antecedentes a la mano para imponernos de la hoja de servicios militares de Carmelo Fernández, tenemos que conformarnos con la persuasión de que ha permanecido oculta, como si estuviese cubierta por un velo impenetrable. Pero el actor mismo nos sirve de lazarillo en sus *Memorias* y nos conduce a todos los lugares donde dejó las huellas de sus pasos. Es indudable que esa documentación hubo de hallarse en la Secretaría de Guerra y Marina y que de allí desapareció, toda vez que no ha podido encontrarse en el Archivo Nacional, pues en la representación que Fernández le dirigió al Presidente de la República, con fecha 20 de agosto de 1847, solicitando el ascenso a Capitán, el cual le fue concedido, expresa que acompaña su "hoja de servicios".[10] Prolija es la exposición que precede a su demanda, y en ella se vacían, quizá con un tanto de amargura, los desengaños que se alargaban en lo profundo de su pecho. El pintor y militar fue víctima de imperdonables injusticias, como lo fueron otros muchos compañeros suyos de los que se dieron a la aventura de andar en armas para hacer Independencia y República. Por lo claro hay que decirlo: los trastornos de Fernández, las torceduras que sufriera su vocación de pintor, se deben por entero al apartamiento de sus inclinaciones naturales en momentos en que debió haberles dedicado mayor atención, escuela y actividad. Y todo esto deriva de la incomprensión de los hombres por

10. Archivo Nacional. Documentos de la Secretaría de Guerra y Marina.

los hombres, de la incapacidad para medir y apreciar aptitudes. El General Páez, empujado por un desacierto demoledor y quién sabe por qué debilidad inexplicable, permitió que su sobrino fuera a ocupar sitios que no le correspondían, de fijo sin atender a que iba a dar al traste con su carrera. Mas, a pesar de los obstáculos que se interpusieron en su camino, cómo es de admirarse el dinamismo de su espíritu emprendedor. Formado ya, cuando regresó a Venezuela de los Estados Unidos, en Puerto Cabello se ejercitó y hubo de alcanzar ventajas en materia de arquitectura y fortificación; en Bogotá se impuso por su cuidado y competencia en la Sección de Topografía del Ejército; Codazzi acogió complacido el ofrecimiento que le hizo de sus servicios, y fue él quien delineó la mayoría de los planos y mapas que ilustran la más completa y sabia Geografía de Venezuela; concibió y perpetuó en papel fuerte las figuras de los personajes más destacados de la Independencia que se exhiben en la obra de Baralt, entre las cuales sobresale el más hermoso retrato del Hombre de América, que es el orgullo de sus glorias; de sus manos salieron todas las interpretaciones gráficas de los actos que se efectuaron en Santa Marta y en Caracas con motivo de la repatriación solemne de los restos del Libertador, a la vez que el dibujo del Escudo de Armas de Venezuela, decretado por el Congreso de 1836; enseñó, difundió su cultura en la Academia de Matemáticas y en varios colegios de la capital de la República y del Estado Zulia; ocupó un sillón en la Academia de Pintura de Caracas; realizó grandes trabajos al óleo en Maracaibo; decoró la residencia de Páez en Valencia, y fue maestro de Tovar y Tovar, pudiendo observarse su influencia en el cuadro de este eminente pintor que representa la firma del Acta Magna de 1811, puesto que en las fisonomías de algunos de los patricios que allí aparecen, y denúncialo la de Miranda, bien se perciben las modalidades que caracterizaron el estilo de sus creaciones. Como puede colegirse, su labor fue dispareja, rodeada de negaciones y accidentes; pero de oro obrizo en los quilates y de un venezolanismo acendrado en la intención y el objeto.

Equivocarse sería si tratásemos de definir la personalidad de Carmelo Fernández ateniéndonos a una sola fase de su psicolo-

gía, que es la que en forma de una seriedad sin alternativas podría desprenderse del cuadro en que lo estamos presentando a las generaciones venezolanas. Un señor metido en una levita negra, caminando a pasos lentos, sin reirse, sin más arrugas en la cara que las producidas por las contracciones de una gravedad y circunspección de líneas rectas, es algo que fastidia y que se desgonza de mediocridad. Hubo otras fases en él que lo sitúan en posición de ventaja, y una de ellas fue la chistoso-satírica. En las tertulias de su casa, según nos lo ha referido su hijo, la sal y la pimienta se asociaban para condimentar la conversación. Y ya vamos a ver cómo se desenvolvió en Maracaibo, en horas de aguda violencia, cuando la caída estrepitosa de Venancio Pulgar, el año de 1874. El famoso General, a cuyo empeño se debió el que fuese modernizada la Plaza Mayor de la Ciudad del Lago, llamada primero El Jardín, después Concordia y luego Bolívar, parece que insinuó a Fernández, quien había elaborado el plano del parque y estaba encargado de la ejecución de la obra, la idea de perpetuar su nombre inscribiéndolo con letras de hierro en la parte superior de la puerta principal que habría de colocarse frente al Palacio de Gobierno. Ni una palabra de disentimiento. Se cumplieron los deseos del mandatario. El artista combinó la leyenda y la fijó en apariencia como si estuviese unida a la verja con soldadura de eternidad. Mas al surgir la reacción contra Pulgar, el pueblo zuliano, que antes le había aclamado con estruendosos vítores, quería ahora que no quedase recuerdo alguno de su gobierno, y en vértigo de furiosa marejada, pretendió destruir la hermosa puerta para arrancar de allí su nombre. Fue entonces cuando intervino la actitud conciliadora. "Carmelo Fernández, que habitaba cerca de la Plaza Concordia, se había mantenido en observación de los acontecimientos de la mañana, y al ver que se trataba de eliminar a barra y martillo la leyenda principal de la puerta del parque, se echó encima su paletó y salió precipitadamente, apareciendo allí en momentos en que se ponía la primera escalera para proceder a la destrucción. Don Carmelo apartó a los que querían subir y fue él quien se encaramó, clamando a gritos: *Señores: no hay necesidad de destruir, de romper, para eliminar este letrero. Yo fui quien formuló el encargo y ordené que ese letrero viniera atornillado, preci-*

samente porque preveía estos acontecimientos. Ya van a ver ustedes... Y don Carmelo empezó a destornillar las letras y metérselas en los bolsillos; y de esa manera desapareció la leyenda sin haber sufrido deterioro la puerta de la Plaza Concordia".[11] Fernández conocía como a sus propias manos al pueblo de Venezuela. Acaso se dio a pensar que la táctica aplicada podría sacarle de apuros al cambiar la situación política, porque entre nosotros, a las letras de vicios y de virtudes se las atornilla y destornilla con la mayor facilidad.

En la casa número 77, frente a la antigua Plaza de San Lázaro, murió Carmelo Fernández el día 9 de febrero de 1887. Una pisada en falso, en momentos en que empezaba a bajar la escalera del Ministerio de Obras Públicas, donde por tanto tiempo prestó sus servicios, le hizo rodar por los peldaños hasta el suelo. De esa caída le provinieron los males de que nunca pudo curarse, pues el golpe que recibió en la columna vertebral le llevó a formar en la fila de los inválidos. Desde aquel día se retiró de toda actividad pública, y si después hubo de concurrir dos veces al Ministerio, con gran esfuerzo lo hizo y sólo para resolver determinadas consultas de orden técnico. Gozando estuvo del sueldo que le correspondía por su destino durante algún tiempo, porque a la vuelta de pocos meses se le suspendió en definitiva. Había vivido setenta y siete años, sin que se haya sabido de su vida sino que fue una constante vibración de sentimientos patrióticos y de ideales levantados. Vivió pobre de recursos económicos, y pobre reclinó su cabeza sobre la suave almohada del sepulcro. En *Tierra de Jugo* le enterraron, en sitio apartado en donde para aquella época las malezas prosperaban; y allí está su tumba humilde, sobre la cual se remuda la hojarasca, señalada apenas por una pequeña cruz de cemento y por una lápida de mármol de reducidas dimensiones.

Los restos de Carmelo Fernández merecen y reclaman el más alto honor que la Patria dispensa a sus hijos eminentes: un espacio bajo tierra de seis ladrillos en cuadro en el Panteón Nacional. Méritos le sobran. Y es de ellos el más resaltante, el perenne, el que le ha inmortalizado en el perfil del Liber-

11. *Album Pascual de Maracaibo.* Pág. 126. Edición de Hermanos Belloso Rossell.

tador y en el Escudo de la República que figuran en nuestra moneda. Allí está el Bolívar de todos en acción, el glorioso y el indispensable, sostenido eternamente por el respaldo de las armas venezolanas.

Eduardo Picón Lares

UN OLVIDADO ARTISTA Y MILITAR VENEZOLANO

El pintor y dibujante Carmelo Fernández. Su colaboración en las obras de Codazzi y de Baralt. Viaje a Santa Marta en 1842. Su popular retrato del Libertador.

Vamos a dedicar con mucho gusto las presentes páginas a la memoria de uno de los más notables pintores y dibujantes que se produjeran en Venezuela durante el siglo pasado. Nos referimos al célebre artista Carmelo Fernández, nacido en el pueblo de Guama de la antigua Provincia de Caracas, por los años de 1810. Terminada la guerra de independencia, cuyos dolorosos vaivenes presenció durante su infancia, el joven Fernández vino a Caracas, donde bajo la protección de su tío el general José Antonio Páez, y hábilmente dirigido por el culto hombre público don Tomás Lander, inició su carrera literaria y artística.

Habiendo manifestado dicho general sus deseos de que el sobrino adquiriera conocimientos de Dibujo, Lander lo confió al Maestro Basave, profesor de aquella materia y quien por entonces regentaba en Caracas un pequeño estudio destinado a su enseñanza.

Con notable aprovechamiento Fernández adquirió nociones elementales de dicho arte, visto lo cual, Lander, con el apoyo y consentimiento del General Páez, lo envió a los Estados Unidos, a fin de que adelantase en mejores centros los estudios de su predilección.

En efecto, Fernández, junto con dos hijos del referido Lander, fue a Nueva York, y en esta ciudad, en el Colegio de don Mariano Velázquez de la Cadena, con un profesor tan distinguido como el italiano Pinistre, hizo grandes progresos y ejecutó algunas obras que, como muestras de su aprovechamiento, remitió a Caracas el Director del Plantel.

El Libertador, por Carmelo Fernández.

Aventajado en estudios de matemáticas y de ingeniería militar, de regreso a la patria hacia 1827, fueron utilizados sus servicios en la Comandancia de Puerto Cabello, lugar propicio para que desarrollase sus conocimientos de arquitectura y de fortificación.

Trasladado a Bogotá, trabajó en la Sección de Topografía del Ejército, siendo siempre su colaboración eficiente y satisfactoria. Por tan distinguidos servicios obtuvo en la milicia el grado de Subteniente.

Vuelto a Caracas hacia 1832, ofreció a Codazzi el caudal de su saber, en la propia ocasión en que el ilustre civilizador emprendía sus magníficos trabajos de Geografía de Venezuela. Fernández fue su asiduo colaborador, siendo en gran parte obras suyas, muchas de las cartas y mapas que ilustraron la obra.

Prestó también importantísima ayuda a la preparación de la Historia de Venezuela emprendida por don Rafael María Baralt y don Ramón Díaz. Los retratos de hombres notables de Venezuela y de otros Estados que figuran en este trabajo se deben a las hábiles manos de Fernández.

Acompañando a Codazzi estuvo en Francia por 1840, ocasión que Fernández aprovechó para adelantar más sus conocimientos. Durante su permanencia en París, cultivó cordiales relaciones con artistas distinguidos de la Pintura y de la Litografía, entre ellos el célebre Vigneron, de quien aprendió principios notables que redundaron en su más sólido conocimiento del Arte.

En la oportunidad de trasladar a Caracas los restos sagrados del Libertador, Fernández fue incorporado a la Comisión que con tal fin debía de dirigirse a Santa Marta, siendo su especial encargo el de reproducir todos los detalles de los más importantes actos que se llevaran a cabo.

Como cumpliera este cometido, lo refiere el propio Fernández en nota de fecha 13 de febrero de 1843, dirigida al Secretario de Estado en los Despachos de Guerra y Marina, carta que hemos hallado inédita en el Archivo Nacional, y la cual decía entre otras cosas:

"El 11 de noviembre último fui nombrado por el Gobierno para ir a Santa Marta, con el objeto de diseñar el plano y perspectiva del local en que estaba sepultado el cadáver del Libertador y de formar en perspectiva con toda la exactitud posible, la vista de la procesión fúnebre que pudiese tener lugar en aquella plaza. He procurado satisfacer los deseos del Gobierno, trazando los cuadros indicados y dando además a la obra la extensión que he creído posible y conveniente..."

En nota del día siguiente —14 de febrero—, Fernández enumeraba al mismo Secretario de Estado, los dibujos relativos a los funerales del Libertador que tenía realizados. Se contenían aquellos en veintidós cuadros que representaban:

1º—Vista de Santa Marta desde el fondeadero; 2º—Vista de la bahía de Santa Marta con los buques del Convoy; 3º Perspectiva de la vista de San Pedro Alejandrino; 4º—Plano de la misma; 5º—Perspectiva de la Catedral de Santa Marta; 6º Plano de la misma; y 7º Catafalco de Santa Marta.

8º—Exhumación del cadáver del Libertador; 9º—Embarco de los restos; 10—Perspectiva interior de la goleta "Constitución", teniendo los restos a su bordo; 11—Los buques que componían la expedición fondeados en los Roques; 12.—Convoy de embarcaciones menores que en la rada de La Guaira escoltan la falúa que conduce los restos al muelle, y vista de los buques de guerra y mercantes que a la sazón se hallaban en dicha rada; y 13.—Desembarco de los restos en el muelle de La Guaira.

14.—Procesión fúnebre de La Guaira; 15, 16, 17 y 18—Procesión fúnebre de Caracas; 19.—Interior del Templo de San Francisco; 20.—Arco Triunfal; 21.—Catafalco de Caracas; y 22.—Capilla de Catedral.

En comunicación de fecha 23 del mismo febrero, el Secretario de Estado en los Despachos del Interior y Justicia doctor Angel Quintero, ordenó al Teniente Fernández se entendiera con don Fermín Toro, a efecto de seleccionar los dibujos que debían utilizarse para ilustrar la obra que tan distinguido literato está encargado de escribir, y que debía contener una detallada relación de los Honores tributados al Libertador con motivo de la solemne traslación de sus restos.

Muchos de los croquis dibujados por Fernández fueron obtenidos por el escritor don Simón Camacho quien los publicó en su curioso libro "Recuerdos de Santa Marta-1842". En el periódico "El Promotor" de Caracas, y en otras obras, Fernández nos dejó bellas muestras de su Dibujo.

Continuando con su biografía diremos que ejerció el Profesorado con notable éxito en la Academia de Matemáticas y en los Colegios de "La Paz" y de "Roscio", logrando formar discípulos de la talla de Martín Tovar y Tovar, como sabemos, uno de los más notables pintores venezolanos.

De nuevo en Bogotá, Fernández sirvió como Profesor en diversos planteles, mereciendo por recomendación de Codazzi, fuese incorporado como miembro activo de la Comisión Corográfica de la Nueva Granada. En el Colegio de Varones de Maracaibo regentó también la cátedra de Dibujo e Idiomas.

Viajó segunda vez por Francia y otras naciones de Europa, y por 1876 se hallaba en Caracas como Ingeniero del Ministerio de Obras Públicas. Por los mismos años fue nombrado Miembro de la Academia de Pintura de Caracas. Cargado de años y de merecimientos murió en la capital de la República el 9 de febrero de 1887.

Para terminar citaremos la obra más notable de Fernández, la que mantendrá viva su memoria ante la más remota posteridad: su magnífico perfil del Padre de la Patria. Rasgo afortunado que representa, al decir de un notable historiador, al "Bolívar de todos, el de los grandes y el de los pequeños, el de España y América y el mundo; el Bolívar de la posteridad: el Libertador".

Héctor García Chuecos

DICTAMEN

de la Academia Nacional de la Historia sobre las Memorias de Carmelo Fernández

"Las Memorias de Carmelo Fernández son sin duda muy útiles para nuestros estudios históricos. El nació en 1810, era sobrino carnal del General Páez, conoció a Morillo en 1820. Su tío lo mandó a los Estados Unidos y al regreso entró al servicio de la Guardia Colombiana y permaneció como oficial de infantería en Bogotá hasta 1833. En esta obra expone la historia de la familia de Páez, rasgos biográficos interesantes de varios personajes como Soublette, Miguel Peña, Hilario López, Pablo Morillo y otros. En los días de la separación de Venezuela fue partidario de la integridad de Colombia y del Libertador, para quien son sus mayores elogios; y lleva su imparcialidad hasta el extremo de que haciendo el panegírico de Sucre, estampa estas palabras: "Las influencias de este elevado jefe, hicieron, sin duda, impedir que él y sus colegas pasasen de Mérida, cuando fue comisionado, en 1830, para tratar con el Gobierno que se había dado entonces Venezuela", observación que envuelve una censura al gobierno de su tío.

"Las Memorias se limitan al período de la Independencia y de la Gran Colombia. Por todo lo expuesto creemos que el Gobierno debe adquirir esta obra".

Carmelo Fernández.

MEMORIAS DE CARMELO FERNANDEZ

Apuntes biográficos que dejo a mis hijos, prohibiéndoles que nada de lo contenido en este cuaderno se diga hasta 30 o más años, después de mi muerte.

A. B. C.

Los estragos del terremoto de 1812 y las guerras de aquellos tiempos, entre muchos males que causaron, fue la destrucción de archivos y de libros de las iglesias en que se asentaban las partidas de matrimonio, de bautismo, etc., y es por este motivo, que a falta de aquellos documentos, se me ha hecho entender, por la tradición de familia, que nací el 30 de junio de 1810, en el pueblo de Guama. Desde mi infancia se aficionó a mí con ternura maternal, mi abuela materna, la señora María Violante Herrera, que fue casada en segundas nupcias con Juan Victorio Páez, mi abuelo materno. De aquel matrimonio nacieron ocho hijos, cuatro varones y cuatro hembras, que nombraré por orden de nacimiento, a saber: Francisco, Santos, Ramón y José Antonio. Las hembras fueron Ubalda, María del Rosario, Ana María y Luisa, que fue mi madre. Francisco Páez, el mayor, casó con una señora Lugo, de quien tuvo varios hijos; Santos, entiendo que permaneció soltero hasta su muerte en el terremoto de 1812. Ramón, casó con una señora Vicenta Maya, de quien tuvo una sola hija. José Antonio casó con la señora Dominga Ortiz, de quien nacieron los varones Hermenegildo y Manuel Antonio, y una hermana nombrada María del Rosario. Ubalda, casó con Pablo Lugo, matrimonio que sólo tuvo un hijo varón. María del Rosario, casó en segundas nupcias con Diego Garrido, de quien tuvo varios hijos, en este matrimonio de segundas nupcias, pues ella fue antes casada con un Martínez de quien tuvo tres hijos, un varón y dos hembras. Ana María, casó con Bernardo Fernández, de quien tuvo una hija. Esa tía y mi tío Santos murieron en el citado terremoto de 1812. Mi madre, Luisa, casó con

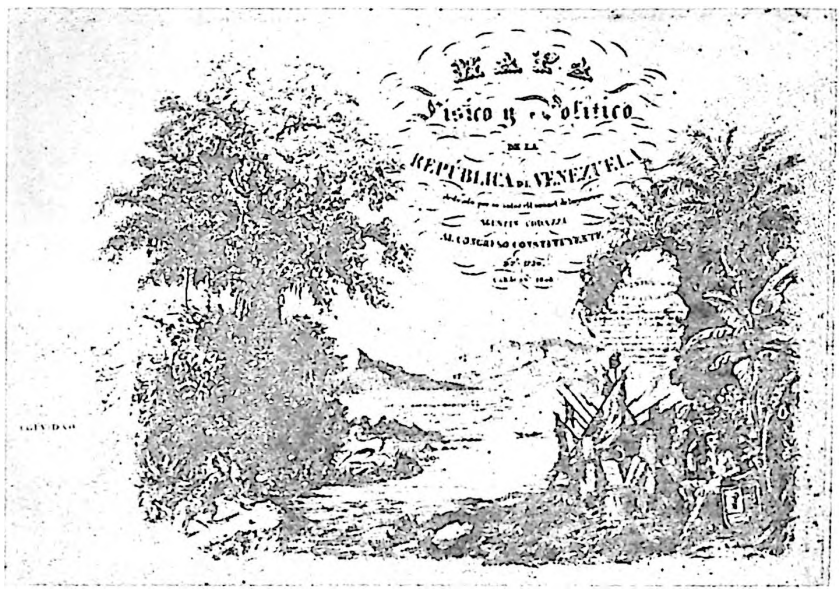
José María Fernández, de quien tuvo tres hijos varones y una hembra, que también nombraré por orden de nacimiento, esto es: yo, Rafael Antonio, Luis María y Zoila. Todos han muerto, con excepción de Luis María, y aunque soy el mayor, he llegado a sobrevivirlos en una edad avanzada. Entiendo que los ocho hijos que tuvo mi abuela fueron muy buenos con ella, y ellos entre sí se amaron y consideraron fraternalmente, incluso los dos hijos que tuvo mi abuela, Domingo y Luis, de un Suárez, que fue su primer marido. Se amaban con cierta predilección recíproca los tres últimos, Ramón, José Antonio y Luisa, mi madre.

En 1808 fue acometido mi tío Antonio por unos hombres que se propusieron matarlo y robarle el dinero ajeno que llevaba consigo, y tuvo mi tío, la desgracia de matar a uno de ellos, poniendo en fuga a los otros,* único medio que tuvo para salvar su vida y los intereses de su padre. Aquel acontecimiento tan alarmante para la familia causó la desaparición del joven José Antonio Páez del seno de su familia y del pueblo de Guama. Ignoraba la familia el paradero del joven, hasta que supo que estaba en los Llanos, sirviendo en clase de peón en el hato de la Calzada. Los padres del joven, que entonces tenía él 18 años, resolvieron enviarle los escasos auxilios y consuelos que él podía esperar de ellos y de sus hermanos, y fueron comisionados para esta misión mi tío Ramón y mi madre, cuya eficaz solicitud los condujo a reunirse con su desventurado hermano, que sólo tenía a su favor el afecto de los suyos, una salud inalterable y robusta, y una resignación increíble para someterse a la desgracia.

Regresaron a Guama ese mismo año mi tío Ramón y mi madre, trayendo a la familia la triste nueva de que dejaban a su hermano Antonio, en la condición de peón, impedido de volver a ver a su familia. La enfermedad y el pesar abatieron de tal modo a mi abuelo que de allí a poco tiempo murió. Nuevo incidente fue éste que aumentó las penurias de la familia.

---

* Véase el principio del tomo 1º de la Autobiografía que ha publicado el General J. A. Páez.



PORTADA DEL MAPA FISICO Y POLITICO DE VENEZUELA

"El señor Carmelo Fernández adornó el mapa general con una hermosa viñeta que representa a Venezuela sentada sobre una roca a la sombra del plátano: corre a sus pies el majestuoso Orinoco, cerca de una gran peña en que están toscamente grabados los días de la regeneración venezolana y los nombres de las más célebres batallas de la guerra de la Independencia... El tigre, el caimán y la tortuga caracterizan el Orinoco. La gran ceiba, las palmas, las lianas, las plantas parásitas y otras muchas, indican la copia y variedad de riquezas que ostenta el reino vegetal en las tierras intertropicales. En las llanuras se ve el caballo cerril, símbolo de la independencia: la piragua que atraviesa el Orinoco indica la paz que reina con las tribus indígenas que viven sobre aquel gran río, y el fondo de la perspectiva manifiesta nuestras grandes montañas y las nieves perpetuas que coronan la elevada sierra de Mérida".

Agustín Codazzi.

La buena conducta y laboriosidad de mi tío Antonio, inspiraron alguna confianza en el amo del hato de la Calzada, que era un señor Pulido; y fue mejorado de condición y fortuna de modo que cuando estalló la revolución de 1810, en Caracas, él era dueño de un pequeño rebaño de ganado; pero antes en 1809 hubieron de volver a verlo mi tío Ramón y mi madre, estando mi tío Antonio en mejor situación de la en que lo habían dejado en 1808. Entre los amigos que logró adquirir mi tío Antonio, fue uno de ellos, el joven José María Fernández que casó con mi madre en 1809 y ella volvió casada a Guama, antes de 1810. Luego que me dio a luz, volvió a Barinas en diligencias de familia y estando allá, nació mi segundo hermano, Rafael Antonio, en el pueblo de Canaguá.

Para entonces, de 1810 a 1814, habían tomado mucho incremento los sucesos de la guerra provenientes de la revolución de 1810. Mi padre y mi tío vivían juntos, fueron más que afectos a la causa de la emancipación, y como mi madre vivía también con ellos, sufrió las vejaciones que los agentes del gobierno español quisieron hacer a todas las señoras de Barinas calificadas de *insurgentes* o *patriotas*. Se las redujo a prisión en la cárcel pública, confundidas con muchas prostitutas y mujeres malvadas de la ínfima condición, por su mala conducta, que manifestaban su satisfacción de ver allí humilladas a las señoras de buena condición por muchos respectos. Mi padre y mi tío que comprendían o presagiaban a cuantas vicisitudes iban a exponerse, deseosos de libertar de ellas a mi madre, o por lo menos ponerla a salvo de algunas peripecias agraviosas, la aconsejaron que se volviese a Guama y que allí esperase el desenlace de las cosas, y los auxilios que ellos pudiesen enviarle. Convencida mi madre, se trasladó a Guama en 1815.

Entre tanto yo permanecía al amparo y cuidados de mi abuela, consentido y mimado con algunas condescendencias que pronosticaban o una mala educación, o una completa nulidad de mi persona. Contra la voluntad de mi abuela fui puesto en una escuela privada, de primeras letras, regida por un tal Bracho, donde se enseñaba imperfectamente a leer, escribir y rezar, con algunos rudimentos de aritmética. El tal maestro era de un carácter irascible y grosero, y sucedió que al empezar a enseñarme a hacer palotes pretendió que yo

hiciese lo que él ejecutaba con facilidad, y no hallando en mí toda la que él quería, me castigaba con golpes en las manos y cabeza, excediéndose a darme una bofetada que me hizo derramar sangre por la nariz. Para limpiarme, lo hice maquinalmente con la pechera de mi camisa, y eso mismo me costó otros golpes. Viendo mi madre y mi abuela aquellas señales de un maltrato, me retiraron de aquella escuela, y de allí fui a continuar mi primaria instrucción en casa de un joven tullido, valetudinario que también me trataba muy salvajemente. Poco después me entregó mi madre a un clérigo, pariente nuestro, rico, que era cura de Yaritagua, nombrado José de Jesús Gale. Ofreció el cura de Yaritagua que él se encargaría de mi primera enseñanza y que me abriría las puertas para alguna carrera; y fui enviado a Yaritagua antes de cumplir diez años. Con los resabios que se enseñaba mal en aquel tiempo, empecé a asistir a una escuela de primeras letras; pero antes de continuar refiriendo lo que constituía mi vida en casa del cura de Yaritagua, me es necesario hacer una digresión de lo que vi en Guama antes de partir para aquel pueblo.

Fue en esta época que pasó por Guama con dirección a Barquisimeto el General español don Pablo Morillo, a quien pude ver cuando llegó a almorzar a la casa de mi tío Domingo Suárez, hijo del primer matrimonio de mi abuela, que era lo que llamaban el *teniente corregidor,* de aquel pueblo de Guama y su jurisdicción. Días antes se había preparado mi tío Domingo para recibir, como mejor podía, al caudillo español. Refieren que mientras estaba Morillo almorzando, no faltó uno * de los de su séquito que le advirtiese que "*el teniente corregidor de aquel pueblo era hermano del faccioso Páez*". Al oirlo Morillo suspendió la masticación por un instante, y exclamó en seguida: "*Sí, sí, ya lo sabía yo*", y siguió comiendo. A todo esto, permanecía el *corregidor* detrás del asiento de Morillo, sirviéndole, como criado, y añadió éste: "Es verdad; pero Antonio es un perdido que anda por los Llanos". Años después le oí a mi tío Domingo refiriendo con risas esto mismo en Valencia a mi tío José Antonio; pues a la sazón, cuando

* El Coronel Matías Escuté que fue después edecán de Páez y empleado por el Gobierno de Venezuela.

contaba esto con graciosa ingenuidad mi tío Domingo a su hermano menor, el General José Antonio Páez, era entonces (1828) edecán de Páez, el Coronel Matías Escuté que fue el de la observación a Morillo sobre el parentesco del *teniente corregidor con Páez.*

Era Morillo un hombre de alta estatura, bizarro y airoso, como militar. Bigote y cejas negras, color trigueño rosado, y cejijunto tanto, que eso, y el labio inferior saliente, daban un gesto amargo a su fisonomía que era ciertamente el rostro de un soldado veterano, bien que su aspecto no anunciaba ser un hombre de más de 45 años. Su voz era atronadora y bronca, altivo, déspota y brutal en sus palabras y de modales ásperos y toscos. El acercarse a él era un motivo de miedo y terror. Vestía ese día una casaca corta de paño azul, con bordados dorados en el cuello y bocamangas, pantalón blanco de punto, botas altas y una cachucha de larga visera. Montaba un caballo grande y hermoso, enjaezado con el lujo adecuado a su persona. Su séquito se componía de algunos edecanes, un estado mayor y un piquete de húsares.

Continuando mi relación sobre mi permanencia en la casa del cura de Yaritagua, diré que éste empezó también a enseñarme prácticamente el servicio de *ayudar a misa,* y al efecto, yo tenía que exhibirme con otros adolescentes de mi edad, de ocho a diez años, vestido de *monacillo.* El cura Gale se aprovechaba también de mi mala inclinación en aquella edad de querer parecer sirviente, rehusando calzarme y vestirme como niño decente, pues mi roce era con los criados, esclavos de la casa, o con otros muchachos igualmente mal inclinados, como yo. Así es, que descuidando la escuela, el cura me ocupaba en cargar yerba y *malojo* para sus bestias y en otros oficios de condición baja y ruín que yo hacía en unión de los domésticos.

Estaba yo todavía bajo el poder del cura consabido, cuando vi por segunda vez a Morillo. Sería al fin de 1820, cuando regresaba él de su entrevista con Bolívar en Santa Ana. Venía con un séquito semejante al que llevaba a su ida, cuando pasó por Guama. Regresaba Morillo con la resolución de embarcarse por Puerto Cabello y volver a España, como así sucedió.

Hablando de aquella entrevista, oí decir a uno que lo podía saber, que en el primer encuentro que tuvieron Bolívar y Morillo, cuando se acercaron a corta distancia, se desmontó Bolívar y exclamó: "El cielo me sea testigo de la sinceridad con que abrazo a un General español". Morillo que permanecía a caballo, contestó: "Gracias, camarada".

Sería en 1820 cuando se acantonó en Barquisimeto el batallón 1º de *Valencey* compuesto de veteranos españoles peninsulares, y como en la misma época llegó a Yaritagua el escuadrón Húsares de Fernando VII. En la distribución de alojamientos fue a posar en la casa del cura el porta-estandarte de aquel cuerpo, cuyo prenombre era don Ventura, como le llamaban. Tenía aquel oficial (alférez) dos asistentes españoles, muy inteligentes en caballos, ambos veteranos de muchos servicios a su país, hombres de dichos agudos y chistosos que ellos expresaban con mucha naturaleza y gracia, como lo hacían muchos españoles del ejército expedicionario de Morillo. Uno de aquellos asistentes de don Ventura, me dijo un día, que *si era cierto que yo era sobrino de Páez, bueno sería darme una tanda de azotes,* y aunque aquellas palabras fueron dichas en tono de broma y chanza, el soldado me inspiró terror y odio hacia los militares españoles.

En la entrevista de Bolívar y Morillo en Santa Ana, se estipuló un armisticio, por el cual llegaron a comunicarse los parientes y amigos separados por la guerra, unos en el territorio español, otros donde residían los *patriotas o independientes.*

Mi madre resolvió entonces ir de Guama al Apure a fin de verse con sus deudos, y me llevó consigo al pasar por Yaritagua. Cuando llegamos a Achaguas, encontramos allí todo el ejército que combatió después en Carabobo. Allí estaban Bolívar, Páez, Cedeño, Silva, Sucre, Montilla (Tomás), Plaza, Manrique, Aramendi, Mina, el Negro Primero o sea el joven Capitán Pedro Camejo, y otros jefes notables. Allí estaban también varios hombres civiles e históricos, como los doctores Miguel Peña, Francisco J. Yanes, Pumar, etc. Sucedió que un día al presentarle Páez a Bolívar, su hermana Luisa, mi madre, oí que se chanceaba Bolívar, diciendo a mi madre que ella debía ser muy *goda.* En aquel momento tenía mi madre en las

manos un mazo de llaves de que pendía un peso fuerte columnario. Contestando ella a Bolívar sobre el motivo de calificarla de *goda*, replicó Bolívar, que era porque la veía muy engalanada en llevar la efigie de Fernando VII en aquel manojo de llaves.

El pequeño pueblo de Achaguas tenía todas sus casas convertidas en cuarteles, habitaciones de jefes y oficiales y casas de administración, a lo que se agregaba una masa enorme de familias *patriotas*, emigradas de otros puntos. En una de ellas tuvo una hija el Libertador Simón Bolívar.

Renováronse las hostilidades, movióse el ejército de Apure hacia el Norte, se dio la batalla de Carabobo, y a favor de las armas de Colombia vencedoras en aquella jornada regresamos a Guama en 1821. En la efusión de comunicarse recíprocamente los parientes y amigos las ocurrencias públicas y particulares, oí hablar de los diversos movimientos militares que habían ejecutado por aquella parte de Colombia las tropas de la República y las del rey. Urdaneta, Carrillo y Reyes Vargas jefes de las primeras y el Coronel Tello y Millet jefes de las del rey, que obraban por San Felipe.

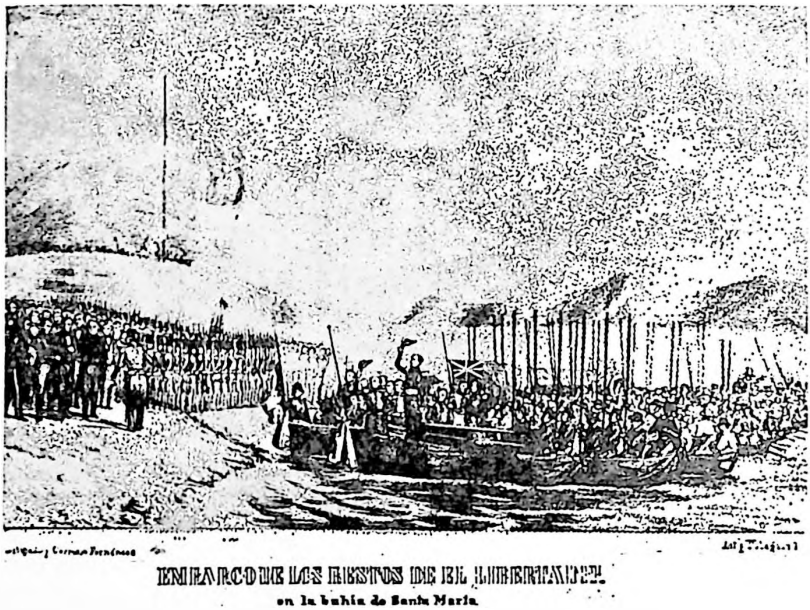
A nuestra llegada a Guama hallamos gravemente enfermo a mi menor hermano Rafael Antonio, que sucumbió días después, víctima de la fiebre; y al cabo de algunas semanas murió de otra enfermedad mi hermanita Zoila, la menor de todos. Estas desgracias y las penurias en que se hallaba mi madre, la obligaron a salir de Guama para Valencia, donde tenía su cuartel general mi tío, que continuó auxiliándola, si no satisfactoriamente, al menos con alguna oportunidad, pues estando mi madre en Valencia recibió la infausta noticia de la muerte de mi padre en el pueblo de Pedraza o en el de Canaguá. Para entonces yo había cumplido doce años y cuatro mi hermano menor Luis María.

Los triunfos de Colombia dieron mucho prestigio a mi tío, el General Páez, que, como he dicho, había establecido su cuartel general en Valencia, sitiando a Puerto Cabello con un destacamento de artillería, los batallones Anzoátegui, Granaderos, Apure, y Orinoco, una parte o los restos de la Legión

Británica y los escuadrones Lanceros de la Guardia de la Victoria y los dragones de Orta, por todo, más de 2.000 hombres. Era Páez jefe civil y militar de Venezuela, con facultades omnímodas, y lucían con él muchos jefes como Arguíndegui, Uslar, Fleger, Smith, Celis y otros en las infanterías, y en la caballería, Orta, Elorza, Gavante, Aramendi, Mina, etc. Esto sería como en los últimos meses de 1821, época en que llegamos a Valencia, todavía oyendo los últimos rumores sobre la muerte de Cedeño, Plaza, Moyano y el Negro Primero, muertos en la batalla de Carabobo, y la del Coronel de la Legión Británica y otros, mortalmente heridos en el mismo Carabobo, que fueron a expirar a Valencia, dejando en aquel campo los cadáveres de una gran parte de sus compatriotas y otros de hijos del país.

Con dificultades provenientes de la pobreza pude ingresar en una mala escuela de primeras letras que regentaba en Valencia, como empresa privada, un anciano nombrado Juan Figueroa. Poco adelanté en aquella escuela y a los pocos meses se trasladó mi madre al pueblo de Maracay, buscando allí la protección de mi tío, el General.

Para esta época se había levantado el primer sitio de Puerto Cabello, porque la fiebre y el vómito negro habían causado muchas bajas en las tropas sitiadoras. Las fuerzas realistas habían quedado a las órdenes del General Latorre, que las mandaba en Carabobo. Estando él en Puerto Cabello hubo de pasar a Puerto Rico, nombralo Capitán General de aquella isla. Quedó Morales mandando las fuerzas realistas de Costa Firme, residiendo en Puerto Cabello, y viendo que las fuerzas sitiadoras de Páez se habían replegado sobre Valencia, emprendió un ataque sobre esta plaza que dió lugar al combate del 11 de agosto de 1822 en la falda meridional de las alturas o cordillera situada entre Valencia y Puerto Cabello. En esta función de armas fueron rechazados los españoles, que volvieron a entrar a Puerto Cabello, de donde salieron prontamente con dirección a la costa Goajira y desembarcaron en Cojoro, punto desierto de aquella costa, tomaron a Maracaibo y amenazaron el Occidente de Venezuela, por el interior.



Embarco de los restos del Libertador en la bahía de Santa Marta.

En Maracay vivíamos en la casa que tenía mi tío en el pueblo o en la cercana hacienda de la Trinidad. Yo carecía de escuela primaria y estaba en la inacción, divertido con frecuencia en dibujar tropas y escenas militares para lo cual me servía de tinta común, de tunas bravas, de onoto, añil, jenjibrillo, el sumo de hojas de brasca, plumas y fragmentos de platos quebrados. Mis dibujos llegaron a ser vistos por mi tío, que comprendió mi afición al arte. En esa época también me divertía yo en disparar un cañoncito de bronce que vino a mis manos; mas llegó un tiempo en que yo no tenía pólvora para dispararlo, y me ocurrió robarme la pólvora contenida en los cartuchos de una cartuchera de caballería que llevaba siempre en marcha un asistente español de mi tío, que cuidaba de las armas de éste en aquellos tiempos de guerra. Para disimular mi hurto, me ocurrió llenar con arena los cartuchos de papel, dejándoles la bala. Muy pronto descubrió el español mi fraude, y furioso me reconvino, como era justo que lo hiciese.

Por algunas manifestaciones de mi madre, accedió mi tío a enviarme de Maracay a Caracas para que se me enseñasen las primeras letras y recibiese algunas lecciones de dibujo, bajo la autoridad y gobierno del señor Tomás Lander, negociante de Caracas, que debía entenderse en mi educación. Recomendado por mi tío, fui conducido a Caracas por el Coronel Gabriel Lugo que me entregó al señor Lander, que vivía entonces en una casa que está hoy muy favorablemente desfigurada, entre las esquinas de la Bolsa y de la Pedrera. En varios días que estuve en Caracas, antes de ponerme bajo la dirección del señor Lander, me hice amigo de un jovencito Fortique, que me impuso, entre otras cosas, de la existencia de una academia de dibujo, a donde podía yo ingresar como alumno; y en efecto, entré a ella en esos términos, bajo la dirección del maestro que era un francés de nombre Lasabe, antiguo Capitán de artillería del tiempo de Napoleón I. En esa academia tuve por condiscípulos a varios jóvenes que después se han señalado en varias profesiones. Al mismo tiempo de ser colocado en aquella academia de dibujo, lo fui también en la escuela particular de primeras letras, regida por don Felipe Limardo. La señora Manuela Machado, era la esposa del señor Tomás Lander, casada con él en segundas nupcias. Su primer marido

el Teniente Coronel don Blas Paz del Castillo murió en la batalla de Urica el año de 1814, defendiendo la causa de la independencia. Aquella estimable señora me trató al igual de sus hijos José Ignacio, Juan Nepomuceno y Alejandro, del primer matrimonio, y Pedrito del segundo, niño entonces de 4 a 5 años. Era el año de 1822 cuando pasé de la escuela del señor Limardo a la de don Ramón Aguilar, hombre de más de 40 años, irascible, cruel y tan ignorante como injusto, que hacía alarde de su barbarie.

Por fortuna estuve poco tiempo en aquella escuela de Aguilar para ser colocado en la escuela del excelente don Juan Meserón, creada por los notables de Caracas, entre ellos el señor Lander. Se proponía éste educarme a mí y a sus hijos, con algunas prácticas ajenas de ciertas vanidades y preocupaciones y del mal entendido pundonor. Aquellos jóvenes y yo hacíamos todo lo relativo a nuestro propio servicio y asistencia, y aun se nos imponía el deber de limpiar la ropa de paño y los zapatos del mismo Lander, cargar trastos por la calle, limpiar su caballo y su caballeriza y recoger la basura. Si las ideas religiosas de nuestro superior no eran aceptables por los creyentes, he considerado después que ellas abundaban en sana filosofía y tolerancia evangélica.* Siempre recordaré con efusión de gratitud el buen trato, el interés que tomó el señor Lander en mi educación y los oficios maternales que su amabilísima esposa ejerció conmigo, tratándome siempre al igual de sus hijos. Creo que fue en agosto de 1823 que escribió el señor Lander a mi tío, que se hallaba en Maracay, exhortándole a que me enviase a los Estados Unidos de América, en ocasión que el mismo Lander iba a enviar a dos niños, sus deudos, a un colegio de aquel país. Mi tío, interesado también en mi educación accedió a los deseos manifestados por el señor Lander, y en octubre de aquel año nos embarcamos en La Guaira con dirección a Nueva York a bordo del bergantín George y John's Packet, dejando todavía a Puerto Cabello bajo la dominación española, la cual cesó en virtud de haber sido

* Hacia esta época vino mi madre a Caracas y estando ella en esta ciudad tuvimos noticia cierta de la muerte de mi buena abuela, Violante Herrera, que me tuvo en su memoria hasta sus últimos momentos. Murió en Maracay en ese año de 1822, en casa de su hijo el General Páez.

tomada aquella plaza al mes siguiente, en el segundo sitio que se le puso por las tropas de Colombia, cuyo Gobierno sustituyó al español en dicha plaza.

Los jóvenes Ignacio Paz del Castillo, hijo político del señor Lander, y José María Machado su cuñado, se embarcaron conmigo, como pertenecientes los tres a la familia del señor Lander.

También se embarcaron con nosotros otros dos jóvenes de menos edad que nosotros: eran estos Manuel F. Castro, hijo de don Matías Castro, cuñado y socio éste de Lander, y Aniceto Rivero, hijo de don Juan Rivero. Este, don Matías Castro, don Ignacio Machín, don Cayetano Mauri y tres o cuatro españoles más, iban expulsados por orden del Gobierno de Colombia, que dispuso entonces la expulsión del país contra los que fuesen, como aquéllos, de nacionalidad española. Don Matías Castro, iba encargado de los mencionados tres que íbamos por cuenta de Lander. Don Juan Rivero llevaba un sirviente venezolano nombrado Pascual Guedes, a quien conocí años después de Coronel en el ejército de Colombia, situado en el Ecuador a las órdenes del General Flores.

Durante la travesía puedo decir que tuvimos buen tiempo con excepción de algunas ráfagas fuertes que soplaron como a la altura de la Bermuda. Una tarde, poco antes de anochecer, avistamos un bergantín que llegó a acercarse como a tres millas de nuestro buque. Los hombres que allí iban creyeron que era un buque pirata, por su modo de maniobrar y el lugar del encuentro que fue a inmediaciones de la pequeña isla que llaman la Mona, rochela entonces de piratas que había en aquellos mares. Otro día estando en *calma chicha* se echaron algunos a bañar a favor de una vela que les servía de fondo. El joven Ignacio Castillo que incautamente se arrojó al mar, estuvo en peligro de ahogarse, porque al no saber nadar se hubiera sumergido por una rotura que tenía la vela.

Después de 25 días de monótona y fastidiosa navegación llegamos a Nueva York como a las 8 de la mañana con grande y agradable sorpresa al encontrarnos en un puerto de aguas tranquilas, con innumerables buques de todas las naciones, y entre ellos, multitud de vapores y un movimiento estupendo

marítimo y mercantil, que revelaba la opulencia de aquel país. Recuerdo que todos desembarcaron menos algunos de la tripulación y los jóvenes Castillo, Machado y yo. Al siguiente día vino don Matías a bordo, y haciéndonos desembarcar pasamos la primera noche en una posada y al otro día nos alojaron en otra, de las que llaman allí *boarding-house*.

El 23 de noviembre de 1823, entramos al Colegio de Washington perteneciente a don Mariano Velázquez de la Cadena, su director. Era éste un sabio literato, natural de Méjico, bien que educado en la Corte de España, en tiempo de Carlos IV, hombre de escudo de armas que representaba dos Castillos con una cadena colgada de uno a otro. A pesar de estos precedentes de don Mariano era él hombre de ideas muy republicanas y adicto a la vez a ciertas prácticas aristocráticas, de carácter desigual o variable. Era casado con una señora excelente, de comedimientos maternales con los alumnos. Antes de casar ella con don Mariano en segundas nupcias, era de la secta *cuáquera*, convertida después al catolicismo. Su nombre era Ana, de alta estatura, que hacía contraste con la muy pequeña de su marido Velázquez. Esta señora murió en agosto de 1825, sentida unánimemente por todos los alumnos que recibíamos de ella alivios y agasajos maternales.

Sabía yo desde Achaguas que mi tío había enviado a tres de sus hijos a educarse a un país extranjero. Era, en efecto, a los Estados Unidos del norte, a donde fueron enviados. El mayor de ellos, Hermenegildo, murió, no sé si en el viaje o al llegar. Le sobrevivieron Manuel Antonio y Tomás, legítimo el primero, como Hermenegildo, y Tomás hijo natural, cuya madre nunca conocí ni he sabido quién era. Con ellos envió también mi tío con el mismo fin, al joven Juan Antonio Polanco, hijo de un amigo de él, que a poco de haber llegado a los Estados Unidos entró a la Escuela Militar de West-Point, donde recibía una esmerada educación del ramo, cuando llegué yo al Colegio de Washington.

En aquel Colegio encontré a los dos hijos de mi tío, Manuel y Tomás, que como he dicho me precedieron años antes en ir a aquel país. Yo los consideraba muy aprovechados y en buenas circunstancias, pero muy pronto me apercibí de su

atraso en todo, o en los pocos ramos que estudiaban en instrucción primaria, muy desaseados, casi sin ropa ni calzado y mal tratados. Sobre todo, estaban como acostumbrados a vivir en aquella incuria y abandono, despreciados por sus maestros, sus condiscípulos y su director. Hasta hoy ignoro quién era el encargado de ellos; pero supe desde entonces que los hijos de mi tío debían muchas pensiones vencidas de donde provenía, sin duda, la mala situación en que allí estaban. A una apariencia de huérfanos sucios, tenían un aspecto desfavorable por otro estilo. Manuel era muy prieto, y aunque Tomás era blanco, sus cabellos revelaban quién podría ser su madre. Me impuse el deber de estar amonestándolos, procurando atraerlos al aseo y a la dignidad, siquiera por ser hijos de mi tío; pero hallé en ellos hábitos tan arraigados en el abandono y el olvido de las buenas ideas, que casi desistí de procurarles una buena aceptación. Manuel era menor que Tomás: tendría en 1823 de 8 a 11 años, y Polanco, que solía visitarlos, tendría entonces de 15 a 18 años.

Había en aquel colegio una caterva de jóvenes cubanos, casi todos con título de *nobleza*. Estos jóvenes eran hijos de ciertos *nobles modernos* de la isla de Cuba, a quienes han solido llamar epigramáticamente *nobles de azúcar o de café*. Otros había de Puerto Rico, que si no eran *nobles*, gustaban mucho del *Don*, que precedía a su nombre. Había igualmente varios individuos de la antigua Colombia y de otras repúblicas hispano-americanas, a quienes se aplicaba el simple título de *Señor*. Estos tratamientos se oían todos los días a la hora de pasar lista, cuando cada alumno tenía que nombrar en alta voz al que se le seguía inmediatamente por el orden de antiguedad. Una época llegó (1825) en que la mala administración del Colegio produjo mucho descontento seguido de una especie de conspiración, en la cual no tuve parte ni aún conocimiento de ella, como tampoco mis compañeros Castillo y Machado; acaso por el abatimiento mismo en que estábamos desde fines de 1824, privados de muchas cosas muy necesarias a nuestra instrucción y subsistencia, pues la casa de Lander y Co. había quebrado en Caracas, quedando nosotros en Nueva York sin consignatario ni persona alguna que viese por nosotros. Dejaron, pues, de pagarse las pensiones vencidas, y eso fue

motivo para quedar limitados al alojamiento en el Colegio, a un mal alimento y a una reducida enseñanza. A mí se me ordenó que no asistiese a la clase de dibujo, como ramo de enseñanza que se pagaba aparte. Reproches y sarcasmos oíamos por la deuda que habíamos causado y aquel malestar duró hasta fines de 1826, en que resolví hablar con don Mariano, manifestándole que no éramos culpables los tres alumnos deudores de los atrasos y trastornos que nos habían conducido a aquella situación de sufrimientos. En los términos que pude le hice presente que yo tenía un tío rico y poderoso que me había entregado al señor Lander, y que era muy probable que mi tío nada debiese a aquél por cuenta de mis gastos. Sea el motivo que fuese, Velázquez oyó mi exposición y por mis ruegos accedió a enviarme a Colombia, lo cual se verificó a los dos meses, enviándome acompañado del joven Ignacio Castillo, dejando en el Colegio, como rehenes, a los jóvenes José María Machado, y Manuel Castro, hijo de don Matías, que estaba corriendo la misma suerte que los que dependíamos de Lander. En fin de diciembre de aquel año salimos de Nueva York para la Guaira en la pequeña goleta Lady Thomkins, dejando aquel Colegio muy decaído y desacreditado por muchas razones, siendo la principal el egreso cuantioso de alumnos que se habían retirado. A los dos días de viaje nos acometió un furioso temporal que duró cuatro días. Avistamos varias islas de las Antillas, y llegamos a La Guaira a principios de 1827. Diez días antes de arribar nosotros a Caracas, había llegado a ella el Libertador Simón Bolívar, y en aquellos días me llevó Lander a presentarme a mi tío, que a la sazón estaba alojado en la misma casa que Bolívar, esquina de las Gradillas. Ni mi tío me preguntó por sus hijos ni por la causa de mi venida intempestiva, ni yo tuve la resolución de hablarle en aquella visita sobre una y otra cosa. Algunos días después asistí a un gran baile que dio el comercio de Caracas al Libertador. A pesar de mi corta edad me condujo a ver aquel suntuoso acto, el señor Lander, que asistió a él con su señora esposa. Entre los brindis del banquete, expresó Páez en el suyo su satisfacción por haber recibido la espada que le regaló el Libertador, éste, entre otras cosas de que habló, brindó por el General de Brigada José Gregorio Monagas, que hasta aquel día fue Coronel

de Caballería. En aquel baile, donde no había otro niño que yo, pude ver a muchas notabilidades de Colombia, hombres civiles y militares. En enero y febrero de 1827 entraron a Caracas, procedentes del Perú, los batallones Callao y Junín, y un Escuadrón de Granaderos a caballo, guardia de Bolívar. En el mismo febrero de aquel año se fue el señor Lander a una de sus haciendas situada en los Valles de Aragua, llevándome consigo para que yo siguiese a Valencia, donde se hallaba mi madre, de quien nada sabía yo.

En esos días oí decir a Lander que *El General Páez estaba siempre corto.* Frase muy conocida en Venezuela para designar que una persona está escasa de dinero con las palabras *estar corto.* Esto me hizo creer que acaso Lander habría exigido de mi tío el pago de alguna cantidad que no pudo ser satisfecha.

Cuando llegué a Valencia con un criado que por orden de Lander me acompañó hasta dejarme con mi madre, llegué a la casa de mi tío que había seguido para Apure, y en aquella morada encontré a la señora B. N. y una hermana de ella, que me agasajaron en mi adolescencia. Había tenido mi tío en la primera, tres hijos, dos hembras y un varón que estaban entonces en la infancia. Por aquellas señoras supe que mi madre no vivía ya en Valencia sino en el vecino pueblo de Naguanagua, al cual me encaminé sin demora, y ese mismo día tuve el placer de ver y abrazar a mi amada madre separado de ella por tantos años. Vivía con mi madre mi hermano menor, Luis María, y al cabo de algunas horas de estar con mi madre, me llamó la atención una niña como de dos años que quise saber quién era. *"Es una hermanita tuya"* me contestó mi madre, por donde vine a saber, con sorpresa, que mi madre se había casado en segundas nupcias, ocultamente con un alemán nombrado Carlos Cristiano Hopner, marino experto y recomendable sujeto por sus buenos antecedentes, por su excelente carácter y por sus valiosas relaciones. El señor Hopner estaba entonces ausente por las rencillas que existían entre él y mi tío, que estaba entonces en el apogeo de su poder. Mi madre tuvo sus motivos para tener en reserva aquel matrimonio, que no tuvo publicidad hasta después de muerto Hopner. Aquel enlace hizo perder la buena armonía

entre mi madre y mi tío, cuya gracia perdió ella por muchos años, gracia que también perdí yo, aunque por muy distinto motivo.

En aquel tiempo el ejército libertador victorioso en Colombia y el Perú, ofrecía un prospecto halagüeño; y muchos jóvenes que podían aspirar a un lucido porvenir, abrazaron la carrera militar, a que también me incliné yo, contra la juiciosa opinión de mi tío, que se fundaba en que la guerra de la independencia había terminado, y en que yo debía dedicarme al comercio o a alguna industria con qué poder auxiliar a mi madre. Añadía mi tío, entre otras razones, la de que yo viviría siempre pobre si no tenía más que el sueldo, aun cuando llegase a obtener los más elevados grados de la jerarquía militar, y para desviar mi errada inclinación, dispuso que yo fuese a una casa de comercio de Puerto Cabello, en la que reservadamente se decía que él tenía parte. Era esta casa conocida con la firma de Ponce, Domínguez y Compañía, o bien, Hermanos Olavarría y Compañía. En los días que permanecí en esta casa fui muy bien recibido y tratado. Allí me suplían lo que yo necesitaba para mis pequeños gastos, ropa nueva y calzado. Yo vivía en casa del señor Domínguez y si asistía al almacén era para ir tomando gusto al comercio e instruirme en él. El aparato militar de aquella plaza misma me seducía cada día más y aunque yo hubiera prosperado en aquella colocación tan mansa y propicia, desatendí las sabias reflexiones de mi tío y sus benéficas disposiciones en proporcionarme un porvenir más feliz. Resolví, pues, representar en Valencia al Jefe civil y militar, por conducto de su Estado Mayor de que era jefe el General Francisco Carabaño, y se me admitió al servicio, decretando mi representación en estos términos: "Se admite a este individuo en el servicio, destinándole al 2º escuadrón de Granaderos Montados, con la obligación de estudiar matemáticas en la Comandancia de ingenieros de Puerto Cabello, dándole ascenso de cabo a sargento, según su aptitud". Con este decreto, amén de las órdenes que acaso dio el Estado Mayor, me presenté a la autoridad militar de aquel Puerto, General Diego Ibarra, y se me dio accidentalmente de alta en una compañía de artillería de aquella plaza, mientras me reunía a mi escuadrón. Empecé a servir en mayo de aquel año,

mayo de 1827, como simple soldado aspirante, pues aunque hacía ya muchos meses que yo estudiaba geometría con el viejo Comandante Casásares, no se me dio ascenso alguno. Dispuso, además, el Comandante de Armas que se me enseñase la instrucción del recluta y que asistiese yo a inspeccionar los trabajos de las oficinas de balas y cartuchos que se elaboraban en el castillo Libertador de Puerto Cabello. Los que escriban la historia de Venezuela, recordarán que en aquel tiempo se presentaron en estos mares un navío, una fragata y un bergantín españoles de guerra, que estuvieron a la vista en La Guaira y en Puerto Cabello, poniéndose casi a tiro de cañón de las baterías más avanzadas al mar. Se dijo poco después, que los movimientos de aquellos buques tenían por objeto el desembarco por la costa de Riochico de un jefe y de elementos de guerra que el decaído gobierno español enviaba a Cisneros, bandido que invocaba la defensa del gobierno colonial de Fernando VII.

En marzo de 1828 llegó a Puerto Cabello, procedente de Caracas, el 2° escuadrón de Granaderos Montados, mandados por el Coronel Orta, hombre valiente, de servicios; pero sin instrucción. Era 2° jefe de aquel cuerpo el Comandante Demetrio Chicherín, también sujeto de valor experimentado, muy instruido, no sólo en materias militares sino en otras muchas ajenas de su profesión. Era ruso, recién admitido al servicio de Colombia, y se conocía que pertenecía a familia distinguida, no sólo por su educación y su lujosa instrucción, sino por las sumas de dinero que le solían remitir desde Astrakán, atravesando la Rusia y la Europa para venir a los Estados Unidos y de allí con dificultades a Colombia. Contaba aquel benemérito hombre, que a la usanza de su país, como noble que era, había empezado sus servicios en la guardia imperial rusa, que hizo las campañas de 1812, 13 y 14 y que entró, por supuesto, a París, cuando los aliados ocuparon aquella capital. Continuando Chicherín en el servicio de su país, entró en aquella conjuración de 1825 que desconocía a Nicolás, entonces Gran Duque, como príncipe heredero. Venció Nicolás, y Chicherín, con otros pudieron salvarse con grandes sacrificios y dificultades, hasta refugiarse en los Estados Unidos, después en Méjico y finalmenfe en Colombia. Santander le desti-

nó a la marina y Páez le colocó, con más acierto, en la caballería. Fui recomendado yo al Comandante Chicherín, por el Coronel José Hilario Cistiaga, y viví con el 2º jefe de mi escuadrón y otros oficiales del cuerpo hasta fines de 1828. En 1831 se fue Chicherín para Europa, tomó servicio en Portugal a favor de la causa de Don Pedro, y en 1833 se supo que lo mataron en una acción de guerra que tuvo lugar en las islas Terceiras. Parece que desde que Chicherín dejó su patria, vivió atormentado por el *spleen* y la tristeza, con tendencias al suicidio, devorado por la nostalgia. Aquel viaje que emprendió Chicherín en 1830 para Europa, fue con la esperanza de volver a Rusia, su patria, con motivo de la revolución de Polonia que acaso le hubiera abierto las puertas de su país; pero es bien sabido que el Emperador Nicolás I nunca perdonó y que se remacharon los grillos de la Polonia. Poco antes que Chicherín tomase servicio en Colombia lo habían tomado otros extranjeros entre ellos un tal Rola, que se decía ser polaco, y que tuvo habilidad para que el General Páez lo hiciese uno de sus edecanes. Con motivo de la revolución de Polonia, en 1830, se marchó también a Europa, declarando antes que su verdadero nombre era *Skybisky*. Este caballero llegó a Francia cuando ya había sucumbido la Polonia, y como se permitió extraer del correo, en París, una suma que se enviaba a favor de otro polaco, el señor *Skybisky* fue acusado, juzgado y sentenciado a presidio, y no se volvió a saber de él acá en América.

Volviendo a 1828 diré que fue entonces que mi tío tomó igualmente interés en la educación primaria de mi hermano menor, Luis María, el cual permaneció un año en Caracas asistiendo a una escuela pública a costa de mi tío.

A principios de ese mismo año de 1828, regresaron Tomás y Manuel, habiéndoles precedido Juan Antonio Polanco, que volvió de los Estados Unidos, cuando todavía estaba Bolívar en Caracas. Polanco, que estuvo algunos años en la Escuela Militar de West-Point, fue admitido en clase de subteniente de ingenieros, destinado al Estado Mayor de Venezuela. Tomás se dedicó a ciertos trabajos materiales y Manuel siguió estudiando hasta que se graduó de abogado en 1837.

Seguía yo viviendo en Puerto Cabello, donde residía un sujeto nombrado José Tomás Martínez, conocido de mi madre, y conocido más bien por el seudónimo de *el indio Martínez,* hombre excelente, comerciante entonces en aquel Puerto. Mi buena madre me recomendó a él, para que me supliese los alimentos como así lo hizo.

Tocábamos al fin de 1828 cuando se presentó en Puerto Cabello el Coronel Pedro Celis, con orden superior para hacer marchar a Valencia todos los aspirantes que hubiese en los cuerpos para seguir a incorporarse al ejército que obraba en el Sur de Colombia contra el Perú, según una orden del Libertador, que así lo disponía, con el fin de llenar las vacantes que hubiese en los cuerpos existentes o por crear, con individuos naturales de Venezuela. Parece que aquella orden de Bolívar no se limitaba a pedir los aspirantes de los cuerpos sino a todos los jóvenes que quisiesen entrar al servicio en clase de subtenientes. De Puerto Cabello, salimos para Valencia unos seis u ocho aspirantes, que aunque estábamos todavía en los grados inferiores de cabos y sargentos, se nos dieron auxilios de oficiales para hacer una larga marcha; esto es, se nos dio bagaje y medio a cada aspirante, pero sin más raciones que las de una semana en el grado de subtenientes, y así continuamos en el largo viaje de Valencia hasta Tunja, a donde se nos destinó provisionalmente a una columna de infantería que de Venezuela iba para Bogotá a las órdenes del Coronel José Austria. Eran mis compañeros aspirantes los jóvenes Juan José Illas, Manuel Vicente Casas, Manuel María Martín, Víctor Rocha, Francisco Olmedilla, y dos hijos del ya difunto Coronel Mina. Además, dos paisanos, de cuyos nombres no me acuerdo: todos venezolanos, fuera de los que marcharon por otras vías, entre ellos varios maracaiberos que fueron destinados todos al batallón Callao tan luego como llegó aquel cuerpo a Bogotá.

Junto con la columna que mandaba el Coronel Austria, marchaba también el batallón Antioquia, que fue después refundido en un cuerpo de nueva creación. Días después de haber descansado en Tunja, siguió toda aquella fuerza a Bogotá, a donde se nos dio colocación efectiva en el batallón

Cazadores de Occidente, cuyo mando fue conferido al Coronel italiano Carlos Castelli, oficial antiguo desde la guerra de la independencia. El Callao, Granaderos y Boyacá nos habían precedido y poco después llegaron tres escuadrones de *llaneros* de Venezuela, a las órdenes del General Laurencio Silva, que en aquellos días tomó el mando de una división compuesta de los cuerpos nombrados y de otros que estaban escalonados en marcha para Quito.

Mas en esos días también (marzo de 1829) llegó a Bogotá la plausible noticia del triunfo de las tropas colombianas a las órdenes de Sucre, sobre el ejército peruano, superior en número a las órdenes del Mariscal Lamar, que fue vencido en Tarqui.

Aquel fausto suceso impidió la continuación de nuestra marcha hacia el Sur de Colombia, y yo, como subteniente 1º de la 3ª Compañía del batallón *Cazadores de Occidente* quedé en aquel cuerpo de guarnición con otras tropas, en Bogotá, donde fui acometido de una grave disentería, de la que me salvé, a favor de la asistencia esmerada que recibí en la casa de la señora Josefa Zabaleta de Arrubla, venezolana que gozaba de una posición respetable y distinguida en aquella capital, viuda que fue del Teniente Coronel Tinoco que murió en 1813 en el sitio de Puerto Cabello.

En obsequio de la justicia y de la gratitud, debo decir, que los servicios que recibí en la casa de la señora Zabaleta, los debo a la recomencación que de mí hizo el General Laurencio Silva, que en aquellos días pasó por Bogotá, en viaje para el cuartel general Libertador. No me conocían ni el expresado General ni la señora Zabaleta, y me inclino a creer que además del espíritu beneficente de aquellas personas, obraría también en su ánimo el ser yo *sobrino del General Páez.* A esto se puede agregar que yo fui condiscípulo de los dos hijos varones, Francisco y Gerónimo Tinoco, de la señora Zabaleta, que los tuvo, con otra hija, Teresa, de su primer matrimonio. La señora y sus tres hijos eran todos valencianos, y su segundo matrimonio provino de haber sido desterrado de Bogotá a Valencia el señor don Juan Manuel Arrubla, por orden de Morillo. La viuda Zabaleta de Tinoco, mujer hermosa y de

distinguida familia, inspiró acaso por sus méritos el afecto del señor Arrubla, que se aumentó, sin duda, por las atenciones y servicios que él recibía de la familia Zabaleta. Era el señor Arrubla natural de Antioquia, rico y de notable alcurnia. Sus creencias políticas le hicieron desterrar a Valencia, sin poder hacer uso de los recursos que poseía, siendo todavía joven. El matrimonio que contrajo con la señora Zabaleta le indujo a trasladarse con ésta a Bogotá en 1823. El señor Arrubla consideró a los dos hijos varones y a la niña del primer matrimonio, como si fuesen hijos suyos. Algo más tarde, desde 1827 empezó a dislocarse aquel matrimonio por razones ajenas de esta memoria privada, puramente de familia. Una sola hija, Heraclia, tuvo el señor Arrubla en la señora Zabaleta.

Era el año de 1829, como queda dicho, y cuando hube recobrado mi salud continué mis servicios en el batallón *Cazadores de Occidente*. Por agradecimiento, por espíritu de sociabilidad, continué visitando la casa de la señora Zabaleta, cuya hija, Teresa, de 18 años entonces, daba más importancia a aquella casa, visitada por muchos sujetos, algunos de alta categoría. La joven Teresa era linda de rostro, de muy afable trato, muy discreta y espiritual. La señora su madre era bella matrona de buen talento, muy servicial y bondadosa; pero de ideas aristocráticas muy exageradas, con pretensiones a dar a su hija un enlace de noble y rica alcurnia; por lo cual despreció muchas solicitudes, entre ellas las del inglés norteamericano, de nombre Bunker, que a la señora de Arrubla pareció de baja esfera, porque traficaba en víveres, fuente de la riqueza que él poseía en Bogotá.

Otro inglés colonial, Lewis Lewis, natural de Jamaica, dependiente bien acomodado en una casa de Bogotá, era también uno de los aficionados a Teresa. Lo fue también el General Miguel Figueredo. Dos años después supe por boca de la misma joven, que quien realmente poseía su corazón, era el joven entonces, Andrés Ibarra, Teniente del Estado Mayor Libertador, y después del 25 de setiembre de 1828, edecán del General Bolívar, ascendido a Capitán. La señora Zabaleta no podía rehusar a Ibarra por lo respectivo a su nacimiento ni a bienes de fortuna, teniendo, además, a su favor, el afecto de Bolívar. Sin embargo, alegaba la señora madre, después del 25 de

septiembre, que Ibarra no le convenía a su hija por *ser manco de la mano derecha.* Herida honorífica, que si bien le dejaba inválido de aquel miembro, no por eso le impedía el goce de otras conveniencias. En suma la señora Zabaleta no gustaba del enlace de su hija con A. Ibarra.

Conocí viviendo entonces en casa de la señora Zabaleta a la joven esposa del señor Nicolás Quevedo, teniente que fue del Escuadrón Granaderos a caballo de la Guardia. Se hallaba entonces este oficial, separado de su cuerpo por el reciente juicio que había sufrido por haber entregado malas cuentas al cesar en la habilitación, como era de uso entonces, con arreglo a ordenanza. Recién casados estaban el señor Quevedo y su consorte *Concha,* ambos muy pobres. En aquella época tuvieron su primer hijo, Julio, que nació con los pies defectuosos, defecto que llaman en aquel país, *chapín.* Decíase que había provenido aquel defecto por los largos ratos que pasaba la señora en una posición acurrucada que impedía acaso el desarrollo del feto. Parece que vivía dicha joven en casa de la señora Zabaleta, desde que murió su padre el doctor Cayetano Arvelo y por eso permanecía en casa de aquella señora Zabaleta, cuando Quevedo no tenía medios de mudarse a otra casa. Esta joven era hermana del célebre señor Rafael Arvelo, venezolano, poeta chistoso, y hombre de talento. Era usanza entonces vivir los oficiales de un mismo cuerpo reunidos en casas que llamaban *pabellones,* y yo me hallaba entonces viviendo de ese modo, comiendo en mesa común con los demás oficiales que eran más de treinta, con el Coronel del batallón a la testera de la mesa y a su izquierda el segundo jefe del cuerpo. Era el Coronel, Carlos Castelli, y el segundo, el Comandante Henrique Lutzen: el primero italiano y prusiano el segundo, cuyo nombre se españolizó, llamándolo *Luzon* en vez de *Lutzen.* Constaba el batallón de mil plazas, dividido en 8 compañías con 5 oficiales en cada una; fuera de dos ayudantes, un abanderado, un cirujano y los dos jefes, que tenían siete gastadores y un tambor mayor a sus órdenes, además de un sargento brigada.

Este cuerpo hacía ejercicios diarios: por la mañana, ejercicios sobre la instrucción de compañías y ejercicio de batallón ligero y de línea por la tarde. Se almorzaba a las nueve y media

y se comía a las dos y media: a las tres, poco más, salía el cuerpo entero a hacer ejercicio hasta después de las seis de la tarde, entrando con frecuencia, de noche, al cuartel de San Agustín. Sería el mes de junio de 1829 que fui nombrado para ir en comisión a Popayán acompañado del Subteniente entonces Manuel María Martín. Nuestra comisión era llevar varias cargas de pertrecho al Comandante General del Cauca, que era entonces el General José María Córdova, a quien lo entregamos, procurando nosotros despacharnos cuanto antes de aquella detención en Popayán que nos ponía a la vista del General Córdova, enemigo gratuito de todo oficial venezolano, a quien pudiera él hostilizar impunemente, prevalido de su elevada posición.

Supe después que aquel odio provenía de cuando quiso fusilarlo Páez en Apure, por desertor del ejército. Fue proveniente de esta circunstancia que aquel General recibió y despachó tan mal al Coronel Lindo, edecán que fue de Páez, cuando pasó Lindo por Popayán enviado por Páez en comisión cerca de Bolívar. No me detendré en referir los pormenores de este viaje que me hizo ver el volcán de Puracá, el mal camino y las dificultades de aquel trayecto de Bogotá a Popayán, y las particularidades de esta ciudad. De regreso a Bogotá fui enviado a Tocaima conduciendo enfermos ya convalecientes a tomar los baños de aquel pueblo; y algo más tarde me tocó ir de destacamento a la salina de Cipaquirá.

Aquí es el lugar en que debo confesar una debilidad de parte mía, en que sin reflexionar mejor sobre mi posición me apasioné de la joven Teresa, hija de la señora Zabaleta. He dicho que *sin reflexionar mejor sobre mi posición,* porque yo no poseía entonces más que mi *inocente espada;* mientras que ni por las ideas de la señora madre de Teresita ni por las de esta joven, podía yo aspirar a poseer el corazón de mi pretendida. Fuera de esto, yo era amigo de Andrés Ibarra, y le era desleal a esa amistad que databa desde que él y yo estábamos en el Colegio de Nueva York. Algo más tarde, en 1831, solía yo tener conversaciones indiferentes con la joven Teresa: ella acostada en su cama y yo en la mía en aquellas primeras horas al acostarse uno por la noche, divididos nuestros cuartos sólo por una débil mampara. Estas conversaciones

llegaron a ser hasta confidenciales en que ella me revelaba sus peripecias de amoríos con Andrés Ibarra, manifestándose siempre fiel con su pretendiente. Una noche, en una de esas conversaciones, hube de declararle mi *atrevido pensamiento,* y ella tuvo la franqueza de contestarme entre *amiga y compadecida,* que por su parte *no había simpatías para corresponder a mi pretensión* y se manifestó así mostrándose muy leal y consecuente con su ausente Andrés. Este supo en 1835, de boca de Teresa, mis solicitudes sobre su afecto, cosa que más tarde en 1872, me dijo el mismo Andrés en tono de queja y amenazante. Mas volviendo a mi desairada pretensión sobre Teresa, debo decir que la respuesta de ella me dejó tan corrido y tan impresionado, que resolví tomar un veneno con una buena dosis de opio, lo cual hice conocer en la casa de la señora Zabaleta. Fue llamado el doctor médico de la casa, Mr. N. Davoren, que antes, en 1829, me había curado de la grave disentería que sufrí en aquel año, cuando fui muy generosamente acogido por primera vez en casa de la señora Zabaleta. Yo dije rotundamente al médico que quería quitarme la vida; pero él como hombre de mundo, amigo de la casa, y dotado de sentimientos humanitarios me dio consejos oportunos y saludables. Pasó aquella malhadada época, y el tiempo me trajo reflexiones más conformes con la razón, y por muchos años después yo no pude olvidar a Teresa, tanto que en 1833, viniendo yo de Bogotá para Venezuela con el Coronel Antonio Jurado, llegando a sestear los dos a un lugar cerca de San José de Cúcuta, yo grabé sobre un árbol las dos letras iniciales del nombre y apellido de la joven Teresa Tinoco. Recuerdo que cuando acabé mi operación de poner aquellas letras, exclamó el Coronel Jurado: "*Resucitó el tiempo de los caballeros andantes*". Años después, en 1849, lastimó mis oídos una travesura de la esposa del señor Quevedo, repitiendo de memoria un papelito que yo había escrito a Teresa, manifestándole mi afecto.

Vuelvo al año de 1829. En aquella temporada que pasé yo en Bogotá se nos hacía votar entregándonos antes de ir a las asambleas parroquiales la lista de los hombres que debían venir al Congreso. Fue entonces también que una noche fue conducido a nuestro cuartel el ciudadano Marcelo Tenorio, sir-

viendo yo de secretario en el interrogatorio que le hizo el Coronel Silverio Abendaño, jefe del Estado Mayor departamental en aquel tiempo. En 1829, primer aniversario del 25 de setiembre, se celebró en Bogotá, como día aciago, publicando antes un bando solemne que así lo anunciaba. Trascurrieron pocos días después del 25 de setiembre de ese año cuando llegó la noticia de la sublevación del General José María Córdova en la provincia de Antioquia. Hallábame yo un domingo en la noche de visita en la casa de la señora Zabaleta, cuando oí que se tocaba llamada de oficiales con la señal de mi batallón. Prontamente salí de la casa y me presenté en mi cuartel. Supe allí la noticia de la sublevación de Córdova, y desde aquel momento luego que practiqué las diligencias que me exigían mis obligaciones en el servicio militar, me preparé para marchar, lo que efectuó el batallón y alguna caballería al día siguiente a las tres de la tarde, precediendo a nuestra marcha un fuerte aguacero con granizo. Salimos pues de la capital a la hora indicada y fuimos a pernoctar al pueblo de Funza. Al siguiente día, después de haber racionado la división se siguió marcha al pueblo de Villetas, situado en una hondonada de temperatura cálida. Ese día murieron de repente unos cuatro individuos de tropa. Iba yo de Comandante de la guardia de prevención, y llegué como a las ocho de la noche a Villetas. Al siguiente día fue nuestra segunda jornada a Guaduas, población de temperatura templada; ni tan fría como Bogotá ni tan cálida como Villetas. Ese día murieron tres individuos más, también de repente. Antes de llegar la división a Guaduas pasó el Ministro de la Guerra, General Rafael Urdaneta con su séquito, en dirección a Honda, donde debíamos embarcarnos. Reprobó aquel Ministro algo sobre la marcha que llevaba la división; pero nunca supimos sobre qué recayó su desaprobación. Estando la división en Guaduas, nos reunimos algunos oficiales en una esquina, esperando el almuerzo en una casa inmediata. Para los gastos de nuestros alimentos habíamos formado una bolsa que se depositó en mí. Sentados o acostados estábamos sobre el empedrado de la calle, y fue entonces que perdí la bolsa, que contenía algo más de catorce pesos. Al día siguiente llegó la división a Honda como a las tres de la tarde y ya estaban listos los *champanes*

y bogas que debían conducirnos al puerto de *Nare*. A esa hora nos embarcamos y seguimos a *Bodega de Conejo*. Al otro día llegamos a *Nare* antes del mediodía, y sin demora se embarcó toda la fuerza por un río muy torrentoso, de cuyo nombre no me acuerdo [1]; pero siendo tan fuerte la corriente una parte de la fuerza desembarcó y siguió por tierra hacia una *bodega* situada sobre el mismo río. La otra parte de la división prefirió retroceder a *Nare* siéndolo muy difícil dominar aquella corriente con las latas o varas y horquetas de las bogas, y siguió por tierra a alcanzar los que se habían adelantado. En la *bodega* se reunió toda la división, mandada por el General Daniel F. O'Leary. La división siguió su marcha hasta un punto que llaman el Balseadero, en que hay un río angosto, pero hondo. Desde allí se adelantaron los Comisionados que iban a persuadir al General Córdova que desistiese de aquella temeraria empresa, ofreciéndole, a nombre del Gobierno 30.000 pesos si accedía y se retiraba a Europa. Eran esos Comisionados el Coronel Montoya, el Ciudadano Miguel Santamaría y otro más que no recuerdo; todos sujetos muy respetables y de influencia, por varios respectos. Continuando nuestra marcha llegamos a un punto que llaman *Las Aguadas;* y allí estuvimos dos días; se decía que esperando la respuesta que debían traer los Comisionados. Desde la *bodega* se nos dieron a Oficiales y tropa, unas cantimploras con aguardiente alcanforado y una clase de galleta que emborrachaba. El General O'Leary, denacionalidad inglesa, que en medio de ser un buen soldado inglés, era un sabio complaciente y bondadoso, de los pocos oficiales que llamaba para darles algo de su rancho, fui yo uno de ellos, por lo cual, y por otros beneficios que después recibí de él, le estaré siempre muy agradecido y veneraré su memoria grata y gloriosa. Las lluvias fuertes y copiosas nos causaban enfermedades y un verdadero malestar. Esas lluvias empezaban al anochecer y terminaban al siguiente día por la mañana y las estuvimos sufriendo por una semana o más. Por fin regresaron los Comisionados trayendo la respuesta del General Córdova que se negaba a todo y con la firme resolución de batirse contra tropas superiores en número, en instrucción y disciplina. Nos esperaba Córdova por el páramo que

1. El río Nare.

había atrincherado para detener un grande ejército; pero sabiendo que lo podíamos atacar por su retaguardia, levantó su campamento y en una noche de marcha forzada vino a situarse al sitio o caserío que llaman el *Santuario*. Nuestra división marchó por San Caelos a salirle al encuentro. Por todas partes que pasábamos se iban recogiendo bestias para montar la caballería, el Estado Mayor y los oficiales de la infantería; a medida que nos acercábamos a Córdova íbamos hallando casas y poblaciones sin gente, como en los *Baos*, donde hubo que inspirar confianza a los moradores de aquel pueblo. Varios oficiales entramos a una casa en busca de algo que comer [2] o beber: uno de los soldados nos trajo una olla de guisado de *apio* [3] que halló en la cocina; y en pocos minutos devoramos todo su contenido. Se nos previno que aquella noche podíamos ser atacados y se tomaron todas las precauciones que nos aconsejaba la propia defensa; pero amaneció sin novedad el día 17 de octubre de 1829. Se juzgaba que estábamos cerca del enemigo y se hizo tocar la diana con los pífanos solamente. Incontinenti se puso en marcha la división, siempre en demanda de Córdova. Ibamos encontrando familias que emigraban de un punto a otro, huyendo, por supuesto, de los desastres de la guerra. Por las gentes que encontramos íbamos sabiendo todos que Córdova se hallaba no lejos de allí con sus tropas y que se ocupaban de matar ganado y preparar su almuerzo. De allí a poco se nos dio orden de cargar las armas, y se procedió a hacernos preparar para el combate. Se mandaron echar *morrales a tierra* y se dio orden a las mujeres que seguían nuestra tropa de quedarse todas allí, junto con los pocos enfermos que llevábamos. El Coronel Castelli se encargó de estos detalles y él en pocas palabras recomendó a que cada hombre cumpliese ese día con su deber. Varios oficiales hicimos traer un desayuno o fiambre que logramos conseguir la noche antes. A poco se oyó un tiro, dos en seguida y muchos y aun descargas después. Confieso que desde aquel momento yo no supe más de lo que se hicieron mis compañeros ni lo que comíamos. Yo me incorporé a mi compañía, y a pesar del atolondramiento, recordé que decía el rey Murat, que al oir él los primeros

2. Hacía dos días que no comíamos.
3. Arracache.

tiros, se enredaba buscando el estribo, cada vez que entraba en combate. El fuego que se oía, era el encuentro de la avanzada de Córdova con la descubierta de nosotros, o sea las tropas del Gobierno. Aquella avanzada la mandaba el Comandante 2º Benedicto González que salió gravemente herido y murió ese mismo día. La descubierta de nosotros la mandaba el Capitán Salvador Alzate, Jefe de la 2ª Compañía de flanqueadores. Ambos Comandantes eran antioqueños. Iba yo en el grueso de la tropa y a medida que avanzábamos íbamos encontrando muertos y heridos de ambas partes. De allí a poco hizo alto la columna de infantería en una meseta y también la de la caballería, que iba ya montada, mandada por el Coronel inglés Crofton y el Comandante Hand, también inglés. La infantería (el batallón *Cazadores de Occidente*) estaba mandada por el Coronel Carlos Castelli y el Comandante H. Luzon (o Lutzen). Ambos extranjeros, como se ha dicho. Hubo una corta suspensión de los fuegos y ese intermedio, Córdova que había ya formado su tropa en columna, desde su campo dijo en alta voz: "General O'Leary: convido a Ud. a salvar la República". Y O'Leary respondió también en alta voz, para que le oyese Córdova: "General Córdova: yo no trato de otra cosa". "Pues bien, dijo Córdova: viva la libertad". Y O'Leary repuso encarándose a los suyos, en alta voz: "Viva el Libertador". Señal fue ésta para que Córdova hiciese preparar armas y hacernos una descarga que partió de sus filas más cercanas a nosotros. Observé entonces a O'Leary y a Castelli, pálidos e inmutados, y a Hand que con aire marcial daba una carga con su caballería. Nuestra tropa, y sus oficiales se ocupaba de contestar los fuegos desplegados en guerrilla, por el centro, por la izquierda y por la derecha. Castelli, jefe avisado en los movimientos de guerra, notó que el enemigo hacía mover una fuerza que debía envolver nuestra derecha, y destacó una fuerza más numerosa para recibirla. Fue entonces que el Capitán de la 1ª Compañía de Cazadores ordenó a un subteniente de la suya, Manuel María Martín, que tomase con parte de su Compañía una altura ocupada por mayor fuerza enemiga, y aquel oficial subalterno, obedeciendo la orden de su Capitán, desalojó completamente de la altura aquella fuerza enemiga, no obstante la mala salud del Subtenien-

te Martín. La demás fuerza enemiga, que pretendía envolver nuestra derecha, fue derrotada por la que se le opuso. Me tocó, o tocó a mi compañía atacar con otras por la izquierda, siempre en guerrilla, como lo anunciaban las cornetas, de modo que se formó un vasto semicírculo, cuyos fuegos a manera de radios iban a convergir a un centro, que era donde tenía formada su tropa en columna el General Córdova; así es que muy pocos fueron los tiros que no pegaron en aquella columna. El Coronel Salvador Córdova, hermano del General de este nombre, hizo cara y atacó las compañías que se movieron por la izquierda, y logró rechazarnos por un instante, mientras nos hallábamos en la dificultad de pasar por un pantano, que era un *atolladero o temblador*. Así estuvimos en combate durante dos horas, de las diez a las doce. El General Córdova, montaba un caballo rucio mosqueado; y se batió con aquel valor desesperado de quien jugaba su suerte. Una bala le pasó un brazo y el cuerpo y fue totalmente derrotada su tropa, dejando el campo sembrado de cadáveres y de heridos. Terminado el combate oí decir que el General Córdova estaba prisionero y me mostraron la choza donde se hallaba. La curiosidad me llevó al sitio, donde estaba junto con otros oficiales suyos, igualmente prisioneros. Noté que yacía en el suelo el vencedor en tantos combates, y pude también notar que vestía un pantalón azul celeste con un rico galón por franja, un dolmán azul turquí bordado en seda negra. Para entonces ya estaba con otra herida de sable que le había penetrado el cráneo y le había cortado una mano, de modo que los dedos de la derecha le colgaban de aquella mano. Derramaba mucha sangre y pedía contínuamente agua para beber. El 2º Ayudante de nuestro batallón, Juan Gudiño, fue uno de los que le trajeron agua y reconocido a este servicio le regaló en aquel momento el General a nuestro ayudante una pistola de bolsillo. Los frecuentes aguaceros habían destruido mi morrión, que era una armazón de cartón forrado exteriormente en hule negro. Esto me indujo a tomar un sombrero de los muchos que allí había de los oficiales de Córdova heridos o prisioneros.

Interrumpo aquí mi relación para entrar en otras reflexiones muy hermanadas con mis asuntos.

Primeramente haré mención, de que en los días que escribo estos apuntes se imprimen y publican en Caracas las *Memorias del General O'Leary,* sobre las cuales no podemos ni queremos, ni debemos dar nuestra opinión. Basta decir, que las tales *Memorias* son enteramente opuestas a lo que Páez ha dicho en su *Autobiografía.* No podemos porque actualmente *no hay libertad de imprenta,* en días en que mandan los Guzmanes, no queremos dar a saber nuestro sentir, sin poder remediar cosa alguna; y no debemos salir al encuentro de las opiniones de otros, porque nos traería las antipatías del Gobernante principal A. Guzmán Blanco. Así lo sentimos y así lo afirmamos; sin embargo diré algo sobre la personalidad de Páez en asunto diferente de su política y sí de su conducta privada; porque empleemos tiempo y papel sin decir algo para acusar a este grande hombre ante el tribunal de la historia, para que ella sepa hacer apreciaciones más exactas, aunque sean tristes verdades. Si la historia no quisiere ocuparse de ellas, servirán estos apuntes a mis descendientes para que ellos sepan quién fue, en lo que voy a decir, el mismo gran General José Antonio Páez. Este sujeto en su elevación vio con desdén la familia de su padre y madre. Verdad es que Páez en su elevación favoreció a varios individuos de ella, si no con mucho fervor y gracia, al menos con desgano y desdén, en términos que a juzgar imparcialmente los hechos de Páez en este asunto, quedaban muy neutralizados sus favores con sus desdenes y esquiveces con sus pobres parientes que tantas pruebas le dieron en su menor edad, en la oscuridad y después en el cautiverio, de su afecto y consideraciones. Ninguno de ellos pretendía ni *chicaleos ni caricias* del gran General, pero era muy justo que Páez correspondiese al afecto y a las consideraciones que ellos habían tenido por él o siquiera para hacer comprender mejor su cordialidad para con ellos, como lo han hecho tantos hombres ilustres. ¡Bien pudiera el General Páez haber tenido la cordura de acordarse de los consejos que dio don Quijote a Sancho Panza, cuando fue éste al Gobierno de la ínsula Barataria! Si Páez se apercibía de la ignorancia y de la pobreza de muchos o de todos sus parientes, pudo haberlos visto con más indulgencia y caridad, acordándose que por sus venas corría la sangre de aquellos infelices. Con cierto desgaire

ha dicho algo Páez en su obra titulada *Autobiografía;* sobre todo hablando de su hermana Luisa que le fue muy útil cuando él (Páez) andaba errante y vivía ignorado de todos en el mundo. Fue esa hermana que en cierta ocasión le salvó la vida y fue ella quien también le sirvió en el cautiverio mientras Páez padecía víctima del poder español en Barinas. Quien escribe estas líneas es hijo de esa heroica hermana que después sufrió muchos desdenes de su hermano poderoso, ora siendo Jefe Superior Civil y Militar de Venezuela, ora siendo Presidente de la misma República. Por tanto despego de Páez con sus parientes de la familia en que nació, dijo sarcásticamente una señora de Valencia "que Páez era luz afuera y oscuridad de adentro". Andando el tiempo parece que desde 1818, manifestó Páez sus deferencias y predilecciones por una familia en que se exhibía una joven que era hermosa y atraía los miramientos de Páez, elevado ya a General, con la cual, a pesar de ser ya casado, compartió bienes y honores, bien que ella poseía alguna fortuna, según se dice. Extraño pareció aquel nuevo enlace a la sociedad y al ejército, y él continuó hasta la muerte de ambos : la de ella en 1847 y la de él en 1873. Ella en Venezuela y él en los Estados Unidos de la América del Norte. Y si alguna mención hace Páez en su *Autobiografía* es porque a ello le ha forzado el tomar su vida desde que nació.

A pesar de este reverso de la medalla, no por eso queremos manifestarnos irreverentes con la memoria del ilustre Páez a quien veremos siempre como un héroe y como fundador del poder civil en Venezuela. El autor de estas líneas protesta contra las Memorias de quien quiera que sean que se opongan a conceder a Páez los grandes servicios que hizo para merecer el bien de la Patria, como héroes y como Magistrado. No es extraño que este *ilustre prócer* haya sido calumniado, cuando no hay reputación, por sana y buena que sea, que en estos países de América no haya sufrido ultrajes y muy dañosas imposturas.

"Hablar mal de los muertos hace perder el derecho de juzgarlos" ha dicho Byron. Y otro ha dicho, "que en la América española la corrupción ha llegado a tal grado, que ni se pierde ni se gana honra".

Reanudo aquí mi relación, y continúo tratando de lo que dejé pendiente.

Dije que las lluvias habían destruido mi morrión, y tomé uno de los sombreros que estaban por el suelo. Noté que el sombrero que yo tomé estaba forrado en hule muy fino, como fino era también el jipijapa que tomé algo manchado de sangre, que no extrañé, considerando que aquellas manchas provenían de algún accidente de aquellos momentos. Un oficial prisionero de los de Córdova fue quien primero me dijo que aquel sombrero que yo me había puesto era el mismo que llevaba el General Córdova. Esta observación me la hicieron después otros individuos que estaban con el General Córdova, y confieso que me sentí azarado, llevando el tal sombrero. El Subteniente Víctor Rocha, de los nuestros hubo de conseguir una espada y una esclavina que se dijo también pertenecieron al General Córdova. Se pasó lista a las compañías, para averiguar las bajas que habíamos sufrido entre muertos y heridos, y recuerdo que hubo trece bajas en la mía. Serían las tres de la tarde cuando se puso en movimiento la 2ª Compañía de flanqueadores, encargada de conducir en hamaca al cercano pueblo de Marinilla al herido General Córdova que expiró en aquel tránsito y se le dio tristemente sepultura en Marinilla. Esa misma tarde siguió toda la fuerza a situarse en aquel pequeño pueblo. Estando en él, ocurrí esa tarde a un arroyo que pasa por el poblado y me convencí del mal estado de mi salud, en virtud de una fea enfermedad venérea que adquirí en Bogotá, y que por no atrasarme en el tránsito, y por el noble deseo de hallarme en el combate, no quise darme oportunamente de baja. Al siguiente día seguimos nuestra marcha a Río Negro, población más grande que Marinilla. Allí fui alojado con otro oficial en la casa de la señora María Antonia González, venezolana de Maracaibo, y tía del Comandante de este apellido que murió en el Santuario. El General O'Leary me hizo ofrecer una onza de oro por el sombrero de Córdova con el inglés Lewis Lewis, comisario de nuestra división, y amigo mío. Yo le contesté que en dándome alguna cosa con qué cubrirme la cabeza, que eso sería lo que yo le pediría al General O'Leary. En efecto, me llevaron a una tienda y allí me compró el mismo Lewis Lewis un sombrero negro de paisano. Infiero que le hicieron igual proposición al Subteniente Rocha por la espada y la esclavina, porque todas aquellas prendas pasaron al poder del General

inglés, nuestro jefe, que las poseía en Medellín, para donde marchamos el mismo día 19 en las primeras horas de la mañana; y llegamos a dicha ciudad como a las siete de la noche.

Ha quedado envuelta en un misterio la muerte del General Córdova. Unos han condenado al Coronel Hand, Comandante entonces, como asesino de Córdova, otros han atenuado las cosas, diciendo que él recibió orden superior de no darle cuartel y matarlo; otros han asegurado que la herida de bala que había recibido era una herida mortal y que por ella nunca habría vivido. Mil conjeturas se han formado sobre este delicado asunto. Diré en pocas palabras lo que supe entonces de boca del mismo Hand.

Practicada con arreglo a ordenanza la elección de habilitado en mi batallón, fui favorecido con el voto de mis compañeros para aquel empleo de honor y confianza.

Como tenía que mudarme donde yo creyese que estaban seguros los intereses del cuerpo, fuíme a vivir a la misma casa que habitaban los señores Coronel Crofton y Comandante Hand. Por dos o tres veces le oí decir a Hand "que sí era cierto que él infirió una herida al General Córdova, que acaso por ella murió; pero que lo hizo por precaución, en defensa propia, de este modo: que llegó Hand con una escolta de caballería a una choza donde le dijeron que allí estaba el General Córdova, que al preguntar por dicho General contestó éste que él era, y al mismo tiempo llevaba Córdova la mano al bolsillo del pecho; que esta acción la interpretó Hand como un acto o amenaza hostil de parte de Córdova que se disponía a sacar alguna pistola para hacer fuego a Hand", el cual no vaciló entonces en darle un sablazo que le derribó los dedos de la mano, terminando aquel golpe en la cabeza. Era, recuerdo, una espada-sable muy afilada marcada en la guarnición: P. I°

El Coronel, Comandante de mi batallón lo era Carlos Luis Castelli y el 2° Henrique Lutzen, apellido que se adulteró diciendo Luzon; ambos extranjeros, aquél italiano y éste prusiano, y ambos oficiales antiguos. Regido y gobernado mi batallón por semejantes jefes, era de creerse que aquel era un cuerpo modelo de instrucción y disciplina, como lo era en efecto.

El Comandante de armas de la provincia era el Coronel Francisco Urdaneta, antiguo servidor, natural de Buenos Aires, bien que pariente del General Rafael Urdaneta, venezolano, de Maracaibo.

Se alojó el Coronel Castelli en la misma casa del Comandante de armas, Coronel Francisco Urdaneta, donde permaneció hasta que nos fuimos de Medellín para embarcarnos en el Magdalena.

En aquellos días (era la pascua de navidad de 1829) se promovieron paseos militares nocturnos en que rotundamente decíamos "viva Simón 1º" y añadíamos "abajo los cordovistas, abajo los enemigos del Gobierno".

Días antes, sin haberme hecho cargo de la habilitación, me curó de mi enfermedad que traía yo desde Bogotá el señor Carrasquilla, anciano que ignoro si era empírico o médico titulado.

Poco antes de la pascua oí decir a personas varias que la hija mayor del Comandante de armas, la señorita Luisa, de 17 años, entonces estaba en amores con el Teniente mi tocayo Carmelo Asuaje, y confieso que me ocurrió la idea de rivalizarlo, porque tuve la inspiración de creer que aquella joven iba a corresponder a mi amor. En efecto, a los pocos días de insinuarme obtuve buena acogida y mi tocayo fue olvidado de Luisa, cuya madre llevaba el nombre de un héroe granadino. Nuestro amor crecía con furor. Diariamente nos escribíamos. Tenía Luisa una criada conductora de la correspondencia y la tal criada entró en amores con mi asistente, doble motivo que la hacía venir a mi alojamiento con alguna cartica de Luisa para mí. Mi poca habilidad de entonces, o mejor dicho, mi espíritu de *platonicismo* no me hicieron aprovechar mejor el tiempo de mis amores con Luisa, pues según supe después, no fue tan lerdo el que me sucedió, que fue un oficial del Callao, batallón que quedó haciendo la guarnición en Medellín. El nombre de este oficial era Francisco Iriarte. Es de advertir que esto pasaba en diciembre de 1829 y en enero de 1830. En noviembre anterior me encontré en la calle con el Coronel Castelli, el cual me preguntó que si yo no había recibido carta de mi tío el General Páez, y como

me dijo en seguida que había habido revolución en Venezuela, yo le contesté la verdad, diciéndole que ni había recibido carta de nadie ni sabía que hubiese habido revolución en Venezuela, bien que en el curso de mi conversación con aquel jefe, ponía yo en duda que Páez, mi tío, hubiese tomado parte en ella contra el Gobierno, que era lo que me aseguraba Castelli. Por fin en el mes de enero dejamos a Medellín. Al pasar por Río Negro, por civilidad y por gratitud volví a la casa de la señora María Antonia González, para darle las gracias por la buena acogida que ella me hubo de dar a la ida para Medellín. No recuerdo a donde fui alojado entonces, pues es de notarse que en aquellos tiempos nos alojábamos al estilo de los *expedicionarios;* es decir, en la plaza principal daban una boleta a cada oficial para ir a casa de algún vecino, y allí de grado o por fuerza se admitía al oficial, a quien se le daba casa, cama y mesa con otras comodidades a contento del oficial.

Siguiendo nuestro viaje oí discurrir una noche al Comandante Hand sobre L. y sus alicientes para ser amada; pero no me di por entendido de las relaciones amorosas que habían agitado mi espíritu aún en el viaje de regreso. Eran mis segundos amores, pues debo decir que en 1827, cuando yo vivía en Puerto Cabello, recibí una carta de la señorita R. D. residente entonces en el pueblo de Naguanagua, donde vivía mi madre. Estando, pues un día, como a las tres de la tarde, en el almacén, un peón de las recuas de mulas que transitaban entonces de Valencia a Puerto Cabello, me entregó la carta de la señorita R. D. vecina a quien yo conocí en el pueblo mencionado de Naguanagua. La tal señorita me proponía rotundamente casarme con ella, a quien nunca dije palabra de requiebro siquiera, y yo le contesté acogiendo sus sentimientos amorosos, sin hacer promesa alguna sobre matrimonio, pues de quien estaba yo verdaderamente enamorado entonces era de otras, entre ellas, la famosa B. G. que había sufrido una decepción de un sujeto que hoy es un viejo casado en Caracas. Nunca entré en amores clásicos con B. que era lo que yo pretendía con ella; pero la señorita R. D. los tuvo conmigo, a mi entera satisfacción, ora en el platanal de su casa, de madrugada, ora de día en casa de una amiga de ella nombrada Pepa Peroza, por apellido de su hombre, que prestaba su aquiescencia a las

condescendencias de su mujer con R. y yo. Lorencita M. fue también de mis pretendidas de entonces y como yo estaba joven y bien parecido me fue fácil entrar en amores clásicos con ella; pero la verdad sea dicha: yo amaba muy de veras, a R., y puedo asegurar que fueron mis primeros amores. Otros tuve en Puerto Cabello, muy fáciles unos, con una joven que murió al hacerse mujer, por haberse comido una guayaba, al momento de su primera regla. Otro amor era puramente platónico y tan elevado que por lo mismo desistí de él; así como desistí del otro, por ser muy material, y por la muerte de la joven. Mas volviendo a Luisa, declaro que si más duro en Medellín acaso incurro en el error de casarme con ella. Llegamos a los ríos grandes y mi categoría de habilitado me hizo embarcar en el único vapor que había entonces en aquellas aguas. Era el vapor "Libertador"; pero como iban bajando las aguas se varó varias veces, y aunque teníamos 21 champanes, embarcaciones menores del Magdalena, estos a pesar de la activa cooperación de sus tripulaciones no eran suficientes a sacar el vapor a flote, y fue necesario emplear muchas compañías que tiraban de un cable, y de ese modo salía el vapor a flotar, y seguíamos viaje. Tres veces se varó el vapor y a favor de tanta fuerza se le hacía salir a flotar. Ese vapor era norteamericano o de los Estados Unidos entonces, y entre sus tripulantes había un hombre de baja estatura pero de ancho pecho y espaldas dotado de tanta fuerza que en aquellas noches de luna, cuando fondeábamos para pernoctar en las vastas playas, aquel hombre invitado o provocado a luchas derribaba siempre a sus adversarios por más potentes que fuesen, entre ellos, los de estatura agigantada, mompocinos de gran nombradía por su fuerza.

Llegó la expedición al puerto de Ocaña, y los calores me indujeron a tomar una gran totuma llena de carato de maíz, en tal demasía, que a poco me atacó un resfriado y en seguida la fiebre.

Del puerto de Ocaña marchó al día siguiente toda la fuerza con dirección a la ciudad de Ocaña, marchando por los pueblos de Agua Chica, Río de Oro y la Cruz y por multitud de caseríos. Yo, como habilitado que era del batallón *Cazadores de Occidente,* fui transportado en hamaca por soldados de

mi compañía que con ese fin marché detrás del batallón. En dos horas de marcha del puerto mencionado a Agua Chica, me sentí mejor; de modo que me hallé con alientos para continuar el viaje montado, como así sucedió, gracias a la pureza del aire. A los dos días llegué a Ocaña con el resto de mi compañía, que llevaba su capitán y demás oficiales, incluso yo mismo, que era el Subteniente 1º de ella. Todavía llegué en un estado algo delicado en mi salud, y así me hallaba, cuando se me comunicó la orden de entregar a otro la habilitación, es decir, los caudales y documentos que estaban en mi poder, lo cual hice en obedecimiento a dicha orden. El Capitán Sosa, antioqueño, murió en Ocaña en esos días. Creí al principio que aquel cambio provenía por el mal estado de mi salud; pero en breve supe que era por mis relaciones de parentesco con el General Páez, que aparecía como caudillo de la revolución de Venezuela, injustamente calificado así; pues, si por una parte, había engendrado Bolívar algunos mal-contentos en Caracas, por algunos actos despóticos, como fue la bofetada que dio al señor Lazo en una conferencia que tuvo lugar entre dicho Lazo y Bolívar, se terminó ésta con la bofetada que recibió Lazo del Grande Hombre, en un asunto litigioso por las Minas de Aroa. Además, Bolívar dio un manifiesto en que hacía responsable a los jefes de departamento, como era Páez, si en algo estorbaban el libre voto de los pueblos, sobre las próximas elecciones. Era Páez entonces jefe civil y militar, del Departamento de Venezuela y obró conforme al citado manifiesto, dejando obrar libremente a los caraqueños que se reunieron en el Convento de San Francisco en noviembre de 1829. De aquí provino la separación de Venezuela del resto de la antigua Colombia. De aquí provino la convocatoria de un Congreso en Valencia, congreso que entre otras cosas dio el célebre decreto expulsando a Bolívar de Venezuela. Desde el año anterior 1828, debió conocer Bolívar que tenía enemigos en Venezuela. Formáronse dos bandos políticos en el Congreso de aquel año celebrado en la ciudad de Ocaña. Martín Tovar, Narvarte, Espinal, Romero eran enemigos de Bolívar, unidos a la mala causa de Santander que era el jefe de aquel partido antiboliviano. Los diputados venezolanos que dejo nombrados eran todos hombres de luces y de influencia

y así es que ellos unidos a los Quintero, los Ayala, y otros formaron en San Francisco una mayoría que resolvió, entre otras cosas, separarse de Colombia desde noviembre de 1829. He aquí pues la causa de mi injusta separación del cuerpo en que yo servía, siendo entonces yo muy adicto a Bolívar, porque no tenía las reflexiones que tengo hoy, a los 70 años de edad, muy distintas de las reflexiones indigestas de los 20 años, no cumplidos, que yo tenía entonces. Pues aunque me precio de ser un admirador de las glorias de Bolívar, Libertador de cinco Repúblicas, no por eso dejo de conocer hoy sus defectos y algunas faltas que cometió en su vida pública de entonces. La imprudente mansión que hizo Bolívar en Bucaramanga, en 1828, fue vista por sus enemigos en el Congreso de Ocaña, como una amenaza, fuera de esta conducta se sabe de varias renuncias que hizo Bolívar de mala fe, sólo por asegurarse del voto de algunos diputados. En suma, diré que algunos de sus favoritos y miembros de su séquito lo perjudicaron mucho en sus últimos tiempos. Dígalo aquel acto de entrar Luque con otros a una imprenta de Bogotá de donde salía un impreso en que se atacaba a Bolívar. Los papeles y tipos de la imprenta fueron sacados a la calle y allí fueron destruidos, después de haber cometido grandes desacatos contra los que estaban empleados en la imprenta; y este hecho se pasó en silencio, aunque algunos amigos de Bolívar hayan dicho que él reconvino a los ejecutores de aquellos excesos, puesto que ellos lo hacían sólo por lisonjearlo. Dígalo también aquel atropellamiento del Coronel Bolívar contra el doctor Azuero, lo cual hizo lanzar al joven Celestino Azuero, hijo del mencionado, en la ominosa y deplorable conspiración del 25 de setiembre. Bolívar en sus últimos años se hizo intolerante y regañón, hasta en aquellas minuciosidades que sólo son del dominio de los padres de familia y de los preceptores. Bolívar murió en Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Corren algunas proclamas de Bolívar que en concepto de algunos son apócrifas. De cualquier modo que sea, si un escritor extranjero, General del Perú, ha dicho que Bolívar estaba viciado por la adulación, defecto de casi todos los hombres elevados al poder, necesario es admirarlo como fiel a la causa de la independencia, pues sin su constancia y sin su influencia y sus talentos no habría habido quizás eman-

cipación del poder español. Mucho deben Venezuela, la moderna Colombia, el Ecuador, el Perú y Bolivia a este hombre ilustre, de un desprendimiento ejemplar para aumentar o conservar sus caudales. Enemigo de la ebriedad, del crimen y de la mentira, siempre fue sobrio y no disimuló en otros ni los fraudes ni la falsía en materia de intereses, ni en la moral particular sirvió de apoyo a los ajenos atentados.

Hasta hoy, (noviembre de 1880), deseo no tener la persuasión de haber sido adoptado por Bolívar aquel decreto que creó en 1828 la policía que rigió en Venezuela, que hizo muchos beneficios entonces, policía que los revolucionarios de 1829 vieron como tiránica, y que en estos tiempos (1880) se le atribuye a mi tío el General José Antonio Páez, porque *del árbol caído todos hacen leña.* Yo creo que el reglamento de policía, citado, fue un trasunto de la policía francesa del tiempo de los Borbones, aprobado y recomendado por el Libertador para que Páez lo pusiese en observancia en Venezuela al siguiente año de 1828; habiendo dejado Bolívar a Caracas en 1827 y embarcándose por La Guaira a bordo de una fragata de guerra inglesa que le condujo a Cartagena.

A fines de 1828 se erigieron algunos patíbulos en Bogotá y se ejecutaron algunas sentencias de muerte con motivo de la conspiración del 25 de septiembre.[4]

Se ha dicho que las ejecuciones que hubo entonces no fueron promovidas por el Libertador que, según algunos, se inclinó a la clemencia en favor de los acusados y que algunos de sus tenientes, entre ellos Urdaneta, le exigieron que se usase de la severidad de las leyes, so pena de abandonarlo sus principales generales si así no se procedía, que Bolívar entonces les permitió obrar como quisiesen ellos. Padilla, Guerra, el joven Celestino Azuero, el francés Horment, Parada, Inestrosa, Zulaivar y otros, sufrieron la pena de muerte. Carujo se acogió al indulto que dio la clemencia del Libertador con tal que le salvasen la vida, y fue desterrado a Venezuela, donde fue hostil más tarde a Bolívar y a Páez y recibió cargos y fue llamado al servicio, para morir después en 1836 en Valencia

4. Por ella murieron el Edecán de Bolívar Ferguson, el Coronel Bolívar y dos centinelas de los del E. G. M. Mal herido el Teniente Andrés Ibarra.

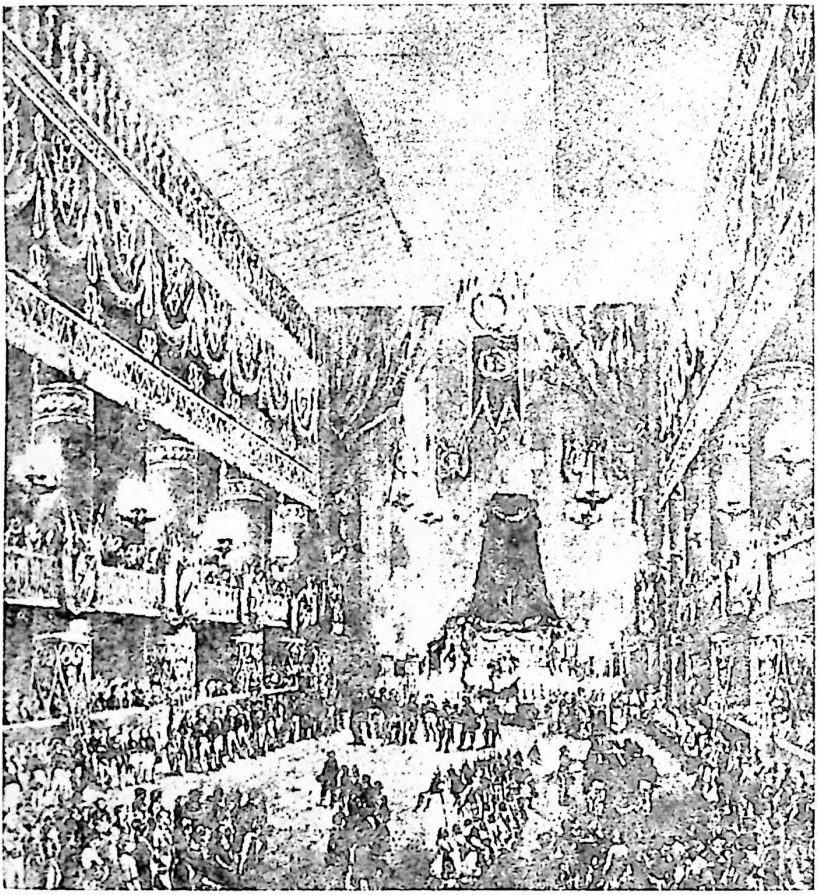
de resultas de una herida grave que recibió por la espalda, de un sargento, en el río de Puerto Cabello, en una salida que hizo Carujo, por su desgracia en la pascua de navidad de 1835. El malogrado joven Vargas-Tejada acusado en la citada conspiración, murió en 1829, al pasar un río, donde se ahogó. Gaitán, Florentino González y otros fueron igualmente desterrados a Venezuela y Santander mismo fue puesto allí bajo la vigilancia y órdenes de Páez, bien que muy en breve siguió viaje a Europa, de donde regresó en 1832, para ser Presidente Constitucional de la República de la Nueva Granada, que lo eligió como tal en aquel año y murió en 1840, después de un acalorado debate en el Congreso granadino de aquel año. Es digno de mencionarse el hecho de haber sacado muy buen partido el señor Santos Michelena de la repartición de la deuda entre los tres Estados, Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador, cuando era Presidente de Nueva Granada el General Santander, encargado del Ejecutivo de Colombia cuando se distribuyeron los 30 millones del empréstito de Colombia. Y fue precisamente en Bogotá que se reunieron en 1833 los Ministros encargados de aquella repartición de la deuda, nombrados por sus respectivos gobiernos. Se ha dicho que los más aprovechados de aquel empréstito fueron los señores Arrubla, Montoya y el mismo Santander, acusado también según algunos, de haber regresado en 1832, de Europa, pidiendo a la escuálida y pobre República, *dónde, cuándo, y cómo se le pagaban* sus haberes. ¡Contraste maravilloso con el desprendimiento proverbial de Bolívar, que despreció siempre las riquezas y un millón de pesos en el Perú!

En febrero de 1830 llegué a Ocaña, como he dicho antes, y después de entregar la habilitación, como se me ordenaba, vi partir mi cuerpo que marchó por la vía de los famosos *Callejones de Ocaña* para salir a Salazar de las Palmas y de allí a estacionarse en Pamplona. Yo quedé en Ocaña, acompañado de un antiguo Comandante Hernández, hombre ya muy viejo, y del Teniente Machado, hombre de color a quien faltaba la nariz; él y Hernández agregados a la división. Hernández a la Caballería y Machado a mi batallón. Solíamos, en el corto tiempo que permanecimos en Ocaña, ir a pedir raciones a un Tesorero, encargado de las rentas, de apellido

Quintana, hombre adusto y mezquino de lo ajeno, que tenía, además, el tesoro de una linda hija, muy joven.

Frecuentaba yo la casa de un señor Quintero, casado en Ocaña con una señora de apellido Jácome, en cuya casa se solía bailar. El señor Quintero tenía encanto en su único hijo, Ramón, que tenía por madre a la señora de Quintero. Había también en aquella familia una hermana de la señora citada, soltera, que bailando conmigo una noche me apretaba la mano, de una manera muy expresiva, apretones que yo no contestaba entonces, porque mis ideas estaban en otras ocañeras. Recuerdo que unas buenas mujeres, de la plebe de Ocaña, nos hacían de comer a los tres oficiales, Hernández, Machado y yo. Un día con buen sol vinieron despavoridas a pedirnos auxilio contra *un duende,* que no dejaba reposar a una hermana menor. Salimos a la casa habitada por las mujeres y hallamos afligida a la hermana susodicha y a sus lados algún estiércol o *cagajones* frescos con que acababa de regalarla el duende. Estuvimos allí un rato comentando lo que habíamos presenciado. Aquella noche tuvimos que dormir en casa de la *enduendada,* acostándonos, de modo que la joven, con la luz toda la noche quedaba entre el chingo Machado y yo, que teníamos nuestras espadas al costado. Para entonces yo tenía ya cierta incredulidad respecto a *duendes;* pero confieso hoy, con rubor, que me dejé fascinar en aquella ocasión. Poco antes de amanecer volvió el duende con el mismo estiércol, y nos despertaron con el ruido que hizo entonces la demás familia que permanecía en vela. Si hoy me sucediera lo mismo, seguro estoy de que con rigor o sin él, se descubriría el duende. Ocaña era entonces una población, pobre, de víveres baratos y atrasada, más que hoy.

Salimos de Ocaña en marzo de 1830 y pasamos bien los Callejones, porque nos precedía una o dos jornadas, el ministro que venía del Brasil, cerca de Bolívar, a Bogotá. Luego que salimos de la Serranía, me adelanté yo para preparar bagajes y una acémila para los oficiales que venían detrás, al llegar al pueblo llamado, creo que Susa, situado en una espaciosa y fría llanura. Llegué allí en un buen bagaje, que galopaba por tierra seca y por aguas superficiales a medida de mis deseos. Teniendo que pasar allí la noche, el alcalde me



Recepción de los restos del Libertador en la iglesia de San Francisco.

hizo alojar en una casa bien provista de víveres y de familia, que me asistió bien; particularmente por las recomendaciones que hizo sobre mí la patrona, mujer gorda y bondadosa, a una moza bien parecida que ella llamaba *ahijada Cruz,* que me asistió hasta dejarme en la cama. Dormí bien toda la noche, y al día siguiente por la mañana, me trajeron un buen caballo, mejor que el que yo había traído. Seguí viaje por unos pueblos en que se celebraban entonces los días clásicos de la Semana Santa; donde, en aquel tiempo estaban todavía muy atrasados, con *penitentes y fantasmas* en las procesiones; de lo cual sabían aprovecharse los curas y clérigos de aquellos lugares y tiempos. En Cipaquirá me detuve a esperar los compañeros; pero viendo que no llegaban, seguí solo a Bogotá. Allí me detuve también, a la entrada, y fui alcanzado, por fin, por los compañeros Hernández y Machado. Mi intención fue irme a alojar en casa del señor Quevedo de quien hice mención en la pág. . . .; porque, en fin, era compatriota y yo esperaba de él un espíritu de hospitalidad que no hallaría en aquella gran ciudad, en que tampoco conocía yo otra familia donde poder llegar. Al entrar a Bogotá oí voces que me decían *Señor Oficial,* y al examinar quién las daba, noté que era un sujeto vestido de paisano, que supe después que era el General Silva, que esperaba le diese noticias de Venezuela. Llegué todavía a caballo a la casa de la señora Zabaleta, vi a Teresa, y yo con el habla embargado y torpe, le pregunté, después de saludarla, por Concha y su marido. Ella me contestó con su acostumbrada urbanidad y me dio las señas de la casa de Quevedo, ofreciéndome que me desmontase a descansar un rato. Partí de allí a poco en busca de la casa de Quevedo. Fui bien acogido por éste y su esposa que sólo tenían entonces a Julio, su primer hijo. Hallábase entonces reunido el *Congreso Admirable* compuesto de los diputados elegidos al querer de Bolívar y sus Tenientes. Bolívar también estaba en Bogotá. Conocí a ciertos personajes del Congreso Admirable, como Sucre, García del Río, Canaval, Trelles y otros. Fui presentado, días después, por el Coronel Wilson, edecán, al Libertador, el cual me preguntó *que cómo venía yo a ser sobrino de Páez.* Yo le contesté *que por ser hijo de una hermana de él. ¿Cómo se llamaba esa hermana?* —repuso Bolívar con viveza. —*Lui-*

sa, le contesté yo. —Ah, la conocí en Achaguas en 1820. Estaban a la sazón de visita algunos señores de primera categoría, y Bolívar refirió que en la Saboya había también cotos o paperas, cosa que después he visto en 1874. Dijo algo Bolívar sobre el modo de clarificar las aguas turbias, como las del río Sube, usando de carbón y arena. Abrevié mi visita, y me despidió el Libertador con su política usual. Todavía estaba en el mando, y como Presidente y Jefe Supremo se le daba guardia con las formalidades del caso. En aquellos días pasé a continuar mis servicios, dado de alta en un Escuadrón de Húsares, que manda el Comandante Forero, y después de él Corser, que alternaba con el batallón Granaderos en dar guardia al Libertador, y tuve ocasión, por dos veces, de entrar con toda mi compañía en dar guardia al Gran Bolívar. Era costumbre que el Capitán con el Teniente primero subiese a la primera mesa, presidida por el Libertador; después de la primera mesa subían los demás oficiales, presidiendo un edecán de Bolívar. Fue entonces que se dijo de un desaire que hizo Bolívar a cierto Capitán, que solía tomar aguardiente, y fue que el Libertador notando que el Capitán comía con buen apetito los dulces de los postres, le dijo en presencia de los demás, *que era él el primer borracho que veía aficionado a dulces.* Era necesario medirse mucho y ser sobrio en la mesa, cuando Bolívar estaba presente, rasgo de su carácter que se hizo muy notable en los últimos años de su vida.

Dejó Bolívar el mando de que fue investido en el General Caicedo, Vice-Presidente electo, mientras venía el Presidente don Joaquín Mosquera. En esos días fui ascendido a 2° Teniente de caballería con destino al Escuadrón Húsares.

El 8 de mayo de 1830, día lunes, salió Bolívar de Bogotá acompañado de un gran séquito, con dirección a Honda, a la costa Norte de la Nueva Granada para de allí seguir a Europa.

Bogotá continuaba en una fermentación política que debía hacer explosión. Vimos en aquellos días al Gran Mariscal Sucre, cuando el artista Espinosa hizo su último retrato, en vida de aquel Grande Hombre. Le vimos, sí, pero no se podía prever la catástrofe de Berruecos porque Sucre mismo ignoraba que allí iba a terminar su vida preciosa.

Días después se marchó el batallón granaderos con dirección al Norte acompañado del Escuadrón Húsares, el primero con 700 plazas y el segundo con 200. Ibamos con mucho orden pasando por los pueblos que median entre Bogotá y Tunja. En el de Chocontá se puso el General Silva a nuestra cabeza, y recuerdo que aquel General, dijo en alta voz, *Señor alcalde, diga U. si estas tropas deben algo en el pueblo para pagarlo ahora mismo.* El silencio reinaba en contestación a aquellas palabras. Las tropas siguieron su marcha y así fue hasta llegar a Pamplona. Efectuóse allí la reunión de las fuerzas que llegaron con Silva y la división compuesta de Cazadores de Occidente, batallón Rifles y Húsares de Ayacucho. ¡Dos mil hombres! Estas fuerzas aguerridas, disciplinadas, bien equipadas y pagadas iban opuestas a las que estaban al mando de Piñango y de Mariño después compuestas del desmoralizado batallón Boyacá, en cuadro de un mal cuerpo de Milicias y de algunos soldados de caballería irregular, cuando más, por todo, 600 hombres. La división estacionada en Pamplona y las fuerzas de Silva, mandadas por generales como O'Leary, Silva, Castelli y Jiménez, (el de caballería). Ya se ha dicho qué generales mandaban las tropas de Venezuela.

A los pocos días de estar en Pamplona, pasaron pacíficamente al Táchira todas las tropas que estaban en Pamplona. Se decía que iban los venezolanos a ser retirados a sus casas y que continuarían sirviendo voluntariamente los que quisiesen, y en el Rosario de Cúcuta quedaron todos los granadinos que debían regresar a su país, para ser allí licenciados. En Venezuela se cumplió parte de lo ofrecido. Fue desarmado y licenciado el batallón Granaderos en Barquisimeto y allí también lo fue Occidente. El escuadrón Húsares en San Carlos y Rifles en Valencia fue refundido en Boyacá, batallón que estando en Río de Hacha, cometió meses antes la deslealtad de pasarse a Maracaibo por la Goajira, siendo sus jefes un Coronel Vargas, y un Comandante Bustamante. Los Húsares rehusaron someterse a las autoridades de Venezuela. Eran más de 200. Restos del tercer Escuadrón que quedó en el Perú, restos de la caballería que salió de Antoquia y el 2º escuadrón todo entero.

Debo a la cortesía del General Mariño el recado afectuoso que recibí de boca de él de parte de mi tío el General Páez, diciéndome que si yo llegaba a estar cerca de aquel general (Mariño) que no vacilase en hacer confianza de él y que me deseaba mucha felicidad. Y el General Mariño me ofreció sus servicios a nombre y por consideración a Páez. Confieso que oí el recado de Páez como una invitación a ser infiel, y mis ideas no estaban entonces sino por ser leal a Bolívar. En cuanto a los ofrecimientos de Mariño yo los escuché como meros cumplidos, y no más.

En el pueblo de Ospino me bañé acabando de almorzar. Sufrí un resfriado y fueron fiebres que me duraron seis meses. En el tránsito de allí a Guanare tuvimos la noticia del asesinato de Sucre, acaecido en junio de 1830 en Berruecos. Vuelvo a Bogotá, antes de salir de aquella Capital. Sobre una ventana del cuarto que ocupé en casa de Quevedo se me quedaron olvidadas todas las cartas de Luisa, contenidas en un paquete que eché de menos cuando yo estaba en territorio venezolano. Estas cartas escritas de Luisa para mí con tanta decisión y claridad, indujeron, sin duda a Quevedo a cortejar a Luisa, que ya estaba en Bogotá con otra hermana menor, nombrada Adelaida. Había diferencia entre ambas hermanas, porque, no hay duda, Adelaida era más modesta que Luisa. Resultó pues, que los requerimientos de Quevedo se hicieron muy trascendentales y por esto, siendo Quevedo un hombre casado, fue apaleado junto con su esposa al salir del teatro, de modo que su esposa misma recibió algunos golpes en la cabeza. Así lo escribió en 1837 a Valencia a la señora Josefa Zabaleta, anunciándole que tal vez quedaba inútil de una mano para tocar el violín, que era el instrumento músico en que sobresalía Quevedo. Años después pude verlo en Bogotá, útil de la mano, y siempre entusiasta por Bolívar.

Llegué a Valencia en hamaca, por mi enfermedad de fiebre, y de allí pasé al pueblo de Naguanagua, donde fui asistido por mi madre. Pasaba esto en el mes de agosto de 1830. El 15 de ese mes es el día en que se celebra en aquel pueblo una fiesta a la virgen que atrae mucha gente notable de Valencia. Recuerdo que algunas personas de distinción entraron al cuarto donde estaba yo enfermo, en cama, que me vio y me recetó el

doctor Cabrera; pero mi tío que se hospedó en casa de mi madre, no quiso entrar a saludarme, ni se ocupó de preguntar por mí a nadie. Esta indiferencia no la olvido nunca, y por ella fui sabiendo que mi tío, el General José Antonio Páez, había dado mucha importancia a mis creencias políticas; sobre lo cual fui denunciado por el General Mariño y otros en sus conferencias con mi tío José Antonio. Fundábase mi tío en atribuir a ingratitud hacia él, lo que no era más que mi decisión por Bolívar. Puede que no le faltara razón, cuando hay quien sacrifique su conciencia política a los favores que reciben de otros modos. Así conocí a muchos en aquella época: hombres a quienes dejé muy adictos a Bolívar y después hacían gala de ser sus enemigos implacables. Cuando me sentí algo más alentado de mis calenturas, siempre perennes, me fui a Valencia, hospedándome en casa del Coronel Cistiaga, casado con una parienta mía, también sobrina de Páez, hombre aquel de muy grata memoria, digno de ser recordado por la bondad de su carácter y por su espíritu hospitalario; pues a la sazón habíamos muchos huéspedes en su casa. En aquel tiempo vivía en Valencia el Comandante de ingenieros José Manuel Casares, que conocí en Puerto Cabello desde 1827, siendo él Jefe de dicho cuerpo en aquella plaza, donde también conocí al capitán de ingenieros, entonces, señor Andrés Alva y al recomendable anciano Maestro Mayor de Obras, Subteniente Alberto Royo, todos muy recomendables por su carácter y conducta. El anciano Comandante Casares, me recetó un purgante de Le Roy, y con él cesaron las calenturas que yo sufría hacía seis meses. Es al Comandante Casares a quien debo algunos conocimientos militares que me trasmitió él, de suyo hombre severo y adusto, por ser vizcaíno; bien que de carácter bondadoso. Anciano de ciencia y peso, que sirvió a la antigua monarquía española y fue fiel a la antigua República de Colombia.

Continuaron las esquiveces del General Páez conmigo, y quizá eso fue causa de no habérseme pagado un ajustamiento que en octubre de 1830 me dieron en el Escuadrón Húsares, por el cual yo era acreedor a una pequeña suma de pesos. Este documento fue presentado primero al señor Antonio Viso, anciano muy versado en el arte de vivir bien en todos los gobiernos, y al Administrador Municipal señor Pedro Tinoco,

que me dijo que mi documento carecía de formalidades para poder ser pagado. Aquel auxilio me habría sido entonces muy útil.

En una desavenencia acaecida entre el Coronel Cistiaga y su esposa, oí especies que lastimaron mi delicadeza y resolví en enero de 1831 tomar mi pasaporte para Guayaquil, porque en ese tiempo que se anunció en Valencia la muerte de Bolívar, gobernaba Urdaneta en la Nueva Granada, y de seguro que para allá no me habrían dado pasaporte. Era precisamente para la Nueva Granada que yo quería irme. He dicho que Urdaneta gobernaba en la Nueva Granada y esto sucedió desde la acción del Santuario acaecida en agosto de 1830 cerca de Bogotá, derribando el Gobierno legítimo del señor Joaquín Mosquera. Salí de Valencia muy disgustado con las cosas públicas y las de familia, estuve algunos días en Puerto Cabello, y en un bote me fui a Curazao, bote que salió para aquella isla, en el que sufrí mucho del mareo y de la poca comodidad. En esa pequeña embarcación llegué felizmente a Curazao y después de presentarme al Gobernador Van Raden me fui a alojar a casa de algunos bolivianos connotados como los Generales Ibarra y Pedro Briceño Méndez, en cuya casa estuve hasta el siguiente día, que me embarqué para Cartagena en una goleta que condujo a un comisionado, Otero Guerra, que enviaba el jefe de Oriente a Montilla que mandaba todavía el departamento del Magdalena. La goleta en que partí de Curazao saliendo de dicha isla, llegó a Santa Marta de donde salió al siguiente día a las siete de la noche, corrimos un temporal que se formó en las Bocas del Magdalena, y después de un gran peligro, llegamos por fin a Cartagena a las tres de la tarde. Estando enfrente de la plaza desembarcó el comisionado de Oriente; entramos como a las cuatro por Boca Chica. Fondeó la goleta en la bahía sin llegar al puerto de Cartagena, adonde arribamos al siguiente día por la mañana, febrero de 1831. Debo decir que el día que pasé en Santa Marta estuve con los Generales Silva y Portocarrero y con mi amigo Andrés Ibarra, todos compadecidos de verme, según creían ellos, expulsado de Venezuela.

Cuando desembarqué en Cartagena mi caudal eran dos reales, de tres que saqué de Puerto Cabello. Fui en derechura a

presentarme al General Montilla, jefe del Departamento, y al llegar a su palacio me encontré con el General O'Leary, que me presentó y me recomendó al General Montilla; recomendación valiosa que fue bastante para que el jefe del departamento me colocase en las fuerzas que obraban contra la partida de sublevados mandados por un tal Policarpo González, que tomaron el título de *liberales*. Me dieron pues, la orden de pasar a un cuartel a hacerme cargo de un piquete de caballería, poniendo en mis manos el correspondiente pasaporte y pliego de instrucciones para marchar a incorporarme al jefe encargado de batir los liberales, General Ignacio Luque.[5] Hasta el siguiente día a las ocho de la noche no salí de la plaza con un piquete de húsares montados. Marché toda la noche y al siguiente día llegué al pueblo de San Benito, como a las once de la mañana. Allí recibí un pliego del General Luque, ordenándome que marchase velozmente a incorporarme a él; pero a la vez me encargaba que no fatigase los caballos. Como yo estaba joven entonces marché a galope, prefiriendo fatigar los caballos a llegar tarde, después de incorporar al piquete el soldado de caballería que me trajo el pliego. Oíase el fuego y el ardor de mis soldados y el mío nos hizo llegar a tiempo. La caballería enemiga, luego que reconoció que el piquete se componía de antiguos húsares de Ayacucho, huyó sin esperarnos luego que por los uniformes y las gorras de piel nos conocieron, no obstante ser superiores en número bien que mandados por el español Peláez, jefe veterano y previsivo que no confiaba en los suyos. Dos compañías de Pichincha fueron bastante para poner en derrota toda la infantería de P. González, compuesta de gente allegadiza, milicia incompatible para batirse con tropas como aquellas, aunque en número inferior éstas, como se ha dicho. De la hacienda Sans Souci, donde tuvo lugar aquella escaramuza, febrero de 1831, seguimos marcha, esperando siempre alguna emboscada del enemigo. Llegamos con buena luna al pueblo de Sabana Larga, donde pernoctamos, y seguimos marcha al día siguiente muy temprano, pasando por

5. Este general traicionó groseramente al General Montilla adhiriéndose a los liberales, en una comida que se le dio por Marcelino Núñez, preso a la sazón y otros. Después fue ignominiosamente perseguido por el Gobierno de los liberales por haber sido Luque complicado en el robo de un correo que venía de Bogotá a Cartagena.

los pueblos Malumbo y Boronoa. Como a la una p. m. llegamos al pueblo de Soledad, donde encontré a un señor Rosales, venezolano, oriundo de mi pueblo, yerno Rosales del señor don Pedro Juan Visval, sujeto muy connotado en Soledad y otros puntos.

Esa noche seguimos a Barranquilla, y de allí al puerto que llaman Sabanilla con el fin de capturar una goleta en que iban expulsados Marcelino Núñez y otros notables de Cartagena, que se aproximaron a Sabanilla, con el fin de unirse a los sublevados; mas para entonces se había reunido conmigo el Coronel Alemán Rush, oficial superior de caballería que había hecho recientemente la campaña del Perú. Este jefe me ordenó que forzase la puerta del polvorín que había entonces en Sabanilla, que con los húsares hicieron cargar una pieza sin bala y la disparase hacia el mar previniendo al capitán que conducía a los expulsos que viniese a tierra; lo cual se hizo todo conforme a las órdenes del Coronel. Tardaba el Capitán y la goleta María, que él mandaba, hacía ruidos y movimiento como para irse. Mas el Coronel Rush me ordenó entonces que le hiciese un tiro con bala, sin apuntar a la goleta, requiriendo siempre la venida del Capitán a tierra, febrero de 1831. Entonces contestaron muchas voces *que ya vendría.* Vino en efecto y reconocí ser el mismo Capitán y buque en que yo vine a Cartagena. Se le ordenó por el Coronel Rush, que echase a tierra a todos los expulsos lo cual se efectuó en la madrugada. Era jefe de aquel punto,[6] un Teniente de artillería de nombre Dientes, y recuerdo que los húsares mataron aun sin necesidad todas las gallinas que poseía Dientes. Al siguiente día me ordenó el Coronel que en un bongo, y con la escolta de húsares necesaria, condujese yo aquellos Señores expulsos a Barranquilla, lo cual hice pasando por un caño con mucha plaga y temiendo se me sublevasen los expulsos, quienes nada atentaron para recobrar su libertad. Sucedió que en el río estaba fondeado otro bongo de guerra poco antes de llegar nosotros a Barranquilla. Por algún rato nos tuvimos por enemigos, y en ese conflicto me rogaban los expulsos que los echase en tierra antes de entrar yo en combate con el mencionado bongo.

6. Sabanilla era entonces un fortín con una casa al lado.

Por fin un hombre descubrió que el centinela de dicho bongo era un soldado del batallón Yaguachi y al mismo tiempo nos reconocieron ellos a nosotros, lo cual permitió que llegásemos felizmente esa noche temprano a Barranquilla, donde entregué al jefe de E. M. Coronel Rodríguez, a los mencionados expulsos, quienes dos días después sedujeron a Luque y éste los puso en libertad, después de una orgía en que se embriagó Luque, como de costumbre en él. Me hallaba en Soledad, y a esa hora, las nueve de la noche, rehusé decididamente seguir el movimiento de Luque, favoreciendo a los liberales. A esa hora se fueron para Cartagena el Coronel Rodríguez, jefe de E. M., el Coronel Rush, un señor Tati, otro señor Cepeda y otros sujetos más o menos notables. Se fueron con el sargento de mis húsares y se fueron sin decírmelo, pues me habría ido con ellos, por gratitud a O'Leary y a Montilla. Pasó el siguiente día sin novedad. Por debilidad o por inclinación tomaron parte en aquella contra-revolución muchos de los oficiales de las fuerzas que mandaba Luque. Dos oficiales y yo permanecíamos leales a Montilla. Ellos al fin se sometieron a aquel orden de cosas. Por la noche oí decir yo mismo a Luque, todavía ebrio, que me fusilaría si yo no fuese sobrino de Páez, contando con las simpatías de este General.

No era a Luque que le correspondía contar con esas simpatías porque siempre se le vio en el partido contrario a Páez. Luque, acompañado de otros, hizo quemar y romper tipos y papeles en una hoguera que formaron al medio día en la calle real de Bogotá, sólo porque en aquel establecimiento tipográfico se imprimían y publicaban papeles de la oposición de entonces. Sus afecciones por Bolívar se manifestaron de otros modos; y repetimos que por estos antecedentes no era a él a quien tocaba expresarse así en favor del General mi tío.

Al siguiente día el Coronel Vezga [7] que había reemplazado a Rodríguez, vino a interrogarme sobre si yo quería continuar en el servicio de aquel nuevo orden de cosas; y oyendo mis frases negativas, me arrestó en la casa de don Pedro Juan Visval.

7. El Coronel Vezga fue años después fusilado por Mosquera.

Desde entonces perdí mi sable y mi cartuchera de lujo que entregué al Coronel Vezga al ser arrestado. Al tercer día de arresto me retiraron el centinela de vista que me había puesto Vezga, y aquella división se marchó de madrugada, dejándome abandonado u olvidado. Yo quedé en aquel pueblo sin otro recurso para vivir que mi habilidad en hacer algunos retratos, lo cual me ha servido después en circunstancias muy críticas, como me sirvió entonces cuando me dejaron en Soledad. Días después de haberse marchado aquella fuerza a poner sitio con otros a Cartagena, pedí y se me concedió pasaporte para presentarme en la línea, pretextando que iba yo a tomar allí servicio, de lo que estaba muy lejos mi intención. Un señor Coronel Uzcátegui, oficial que fue de Granaderos, me preguntó, como Jefe de E. M. que era él, si yo venía a tomar o no servicio y comprendió por mis respuestas que yo no tenía tal intención de servir. Me volvió las espaldas y volví a quedar sin ración siquiera.

A los dos días se abrieron a aquella turba las puertas de la plaza, en virtud de una capitulación.

Debo decir aquí que antes de entrar a Cartagena oí expresarse al Comandante Acevedo (Pepe) muy mal contra el honor de la señora Josefa Zabaleta de Arrubla, nativa de Valencia, porque decía él delante de varios venezolanos que en la casa de ella se fraguaban las revoluciones. Fui el único que volvió, por la honra de aquella señora, a pesar de mi humilde situación. El señor Acevedo nada me contestó.

Entré solo y a pie a la plaza, y lo primero que hice fue ir a la casa del General Montilla a protestarle que yo no supe cuándo se vinieron los demás; y que le era siempre leal y fiel. Pero el General Montilla temiendo ser calumniado por mi entrevista con él, me contestó muy lacónicamente y casi me dio a entender que me retirase, lo cual hice a pesar de mis sentimientos como amigo de él.

No recuerdo de qué medios me valí entonces para comer en Cartagena durante aquellos días tan adversos, y logré que Luque me diera pasaporte para Bogotá.

Lo cierto es que a los pocos días (abril de 1831) salí yo de Cartagena con un jovencito Triana, subteniente de arti-

llería, que se unió a mí no sé si por ser de la misma opinión política, o por otro motivo, ello es que ambos marchábamos para Bogotá. Hallábase aquel país en fermentación contra el gobierno de Urdaneta y el de Montilla en el Magdalena, así fue que nos hallamos con muchas oposiciones y pocas simpatías en los diversos pueblos. En Mompox, nos trató muy mal un Coronel Piñeres, y las mismas antipatías hallamos en el Banco, donde estuve, a riesgo de ser devuelto, preso por aquel alcalde. A Ocaña volví a llegar enfermo; pero hallé algunas simpatías en un señor Torres. De allí seguí con mi compañero de viaje hallando siempre estorbos y antipatías en los pueblos donde tenían que darnos alojamiento, raciones y bagajes. Después de una larga y penosa peregrinación llegamos por fin a Bogotá y nos separamos Triana y yo. Aquél para presentarse a la autoridad militar, y aunque a ella debía yo también presentarme, busqué la casa de mi antiguo amigo Quevedo y allí me alojé, contando con la protección del Coronel Lindo, antiguo edecán de mi tío Páez, que era hombre de aquella situación. En efecto, al día siguiente me fui a casa de Lindo y él no sólo me presentó a varios de los jefes de su amistad sino que me hizo colocar en el E. M. General, como uno de tantos escribientes. A los pocos días salí de allí y fui dado de alta en el Escuadrón Húsares de Ayacucho; pero antes debo hacer mención de un robo que sufrí mientras estuve en el E. M. General, y fue que al recibir un día una buena cuenta del Comandante don Cayo Arjona, dejé 30 pesos sobre una mesa y allí no había sino jefes de quienes yo no debía sospechar ninguna acción torpe. Desapareciéronse los 30 pesos, y allí mismo me repusieron una parte de aquella suma; y probablemente se cotizó el mismo que se la había robado. Lo demás lo puse yo en tiempo que los segundos tenientes sólo teníamos 32 pesos de sueldo. Al pasar a Húsares por influencia de mi amigo el Coronel Lindo, fui presentado al Comandante Ureña, primer jefe o Comandante del cuerpo, y puedo decir, que fue allí donde aprendí mejor el servicio de caballería, porque el cuerpo estaba entonces montado, en buenos caballos, y aprendí el servicio de guarnición y de campaña en el tiempo que serví en aquel cuerpo. En setiembre de 1831 se recibió la orden de marchar al Sur, y al Ecuador donde mandaba

Flores, íbamos a hacer la guerra a un país hermano y amigo. Marcharon fuerzas de infantería y caballería. Al llegar al pueblo de La Plata pasamos el Magdalena por un puente de bejuco muy azaroso por lo que temblaba. Camino muy pedregoso para los caballos que iban herrados de las cuatro patas. Después de multitud de peripecias, que no refiero, pisamos, por fin el suelo del Ecuador, y llegamos a la villa de Ibarra y a Tulcán. Allí no sé si por influencias diplomáticas o por carecer nuestro ejército de elementos necesarios para hacer la guerra, recibimos orden de contramarchar. Las infanterías adelante, y las caballerías detrás. Fue entonces (1832) que se corrieron rumores entre oficiales y tropa, que el autor del asesinato del ilustre Mariscal Sucre había sido el General Obando (José María). Pues había otro General Obando (Antonio) que no debemos confundir con el tal José María, que desde luego calificamos de asesino del Gran Mariscal Sucre; entidad éste colombiana y peruana, a la vez. Justo es hacer mención de otras cosas, antes de tratar de otros hombres, tal es la regularidad que observaba el Coronel Ureña, que mandaba hacer alto al Escuadrón cada dos horas, para que orinasen los caballos. Era yo teniente 1º de la 1ª Compañía y al llegar al puente del Cauca me mandó el mencionado Coronel a despejar el puente con una mitad al frente en tiradores. Aquel jefe me tomó cierta afición y quiso hacerme distinguir para proponerme con el ascenso a Capitán, como lo hizo en efecto, al regresar a Bogotá, grado que no reconoció Venezuela, como todos los que dio el General Urdaneta, mientras él mandó como 1º Jefe de la República.

Hoy en mi vejez, recuerdo con emoción y gratitud al Coronel Ureña, digno jefe de Colombia y del Perú. Debo hacer mención de algunos personajes de los que más figuraban entonces.

Obando, José María

Era alto de cuerpo y de gallarda figura. Vestía como los antiguos jefes españoles de su tiempo. Cuando no llevaba un pantalón ceñido junto al pie por un cordón, era pantalón de punto con bota alta, capa sobre el uniforme que era sencillo de General de brigada. Cabeza pequeña, escasa de masa cere-

bral, según parecía, gesto amargo, bigotes cerdosos, apuntando hacia adelante, algo calvo y de facciones vulgares. Usaba el sombrero apuntado. Manchado con el crimen de Berruecos, donde murió asesinado el Gran Mariscal Sucre, siempre fue Obando un guerrillero entre los realistas mismos, a los cuales abandonó el año de 1822 para pasarse a los colombianos. A estos fue adverso guerrillero en 1828 y parte de 1829, y el Libertador Bolívar se vio obligado a tratar con él como jefe beligerante, cuando Obando y López impedían el paso a las tropas que marchaban contra las del Perú que habían amenazado e invadido las provincias del Sur de Colombia, y urgía irlas a contener. Entre los seis últimos Generales que fueron otros tantos Coroneles, que ascendió Bolívar, estaban Obando y López.

General Francisco de Paula Santander

Santander (Francisco de Paula). Desde su juventud prestó servicios a la patria, y a ella le fue muy útil en 1819, antes de la batalla de Boyacá, y acaso en la batalla misma. Siendo Vice-Presidente de Colombia, encargado del Ejecutivo, hizo fusilar a multitud de oficiales prisoneros, entre ellos al General Barreiro, que también lo fue de los realistas en la batalla de Boyacá; este hecho cruel sin utilidad, empezó a desacreditar al General Santander, quien años después cuando regresó Bolívar del Perú, se hizo enemigo de este hombre porque presentó planes anti-republicanos sobre los poderes públicos. Así fue que en el Congreso de Ocaña se formaron dos partidos: uno que sostuvo a Bolívar y otro que pretendió ser el de los republicanos o *liberales*, que así se llamaron, o *santanderistas*, sostenedores de su jefe. El otro partido se denominó de los *persas*, que a estos quisieron zaherir con decirles *esclavos* o *serviles*. Bolívar se situó en Bucaramanga, lo cual no se juzgó prudente, siendo ya Jefe Supremo de Colombia. El ejército todo, y sus Generales sostenían a Bolívar, véanse si no, las actas de aquellos tiempos. Santander formó en Bogotá una escuela, a la cual perteneció el doctor Azuero, Lleras, Murillo y otros. Esa escuela duró muchos años, el tiempo en que se hacía alarde de haber sido de los enemigos de Bolívar el 25

de setiembre de 1828. Conspiración inícua que tuvo por objeto asesinar al General Bolívar, Libertador de Colombia, en la que tuvo parte Santander; pero como hombre hábil en manejos políticos, él mismo hizo su defensa, en términos que en otro orden de cosas habría quedado airoso, pero el Libertador trocó o conmutó la sentencia de muerte que dictó el Coronel don Tomás Barriga y Brito, en destierro. En efecto, salió el General Santander para Venezuela, a donde estuvo a las órdenes de Páez, su antiguo competidor; fue trasbordado de la fragata de guerra Cundinamarca a un buque mercante, y entonces se marchó a Europa, donde dio algunas noticias sobre la historia y geografía de Colombia, la antigua. Años después, fue electo Presidente de la Nueva Granada, cuando se formó aquel Congreso de enemigos de Bolívar, acaudillados por el señor Soto. La misión de irlo a buscar le tocó al Comandante de caballería Honorato Rodríguez, a quien vimos muy humilde y arruinado en Venezuela, su país natal. En aquellos tiempos, 1833, nombraron las tres secciones de Colombia, Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador sus respectivos ministros plenipotenciarios para distribuir la deuda pública de los acreedores británicos entre los tres Estados. El muy experto, sabio y hábil señor Santos Michelena, de honrosa y grata memoria, era el Ministro de Venezuela, y aunque se reunieron en Bogotá, bajo los auspicios del General Santander, logró aquel Ministro sacar buen partido para su país, no obstante las influencias del General Santander, Vice-Presidente, encargado del Ejecutivo cuando Colombia recibió los 30 millones del empréstito, celebrado en Calais (Francia). Motivo ha sido éste para que los enemigos de Santander sus compatriotas le echen en cara su poca habilidad en este asunto. Esto mismo dio lugar a increpar la conducta de Santander en el Congreso granadino de 1840, cuando tomó la palabra el Coronel Borrero y reprobó con palabras muy sangrientas la conducta de Santander, quien al no poder contestar, como deseaba él, a Borrero, cayó con una fiebre de la cual murió en aquel año. Cuando Santander regresó a su patria, manifestó el deseo de que se le pagase lo que se le debía, según las cosas de entonces, y eso mismo dio lugar a aquella caricatura contra el personaje de quien se trata. Decía el papel que la contenía aquellas palabras de que se sirvió Santander,

cuando ofició al Gobierno diciéndole: ¿Cómo, dónde y cuándo se me paga? En suma diremos que Bolívar dijo, que Santander *tenía cuerpo de fraile y alma de escribano;* y un gato que penetró en la pieza donde habían dejado el corazón del difunto General Santander, se lo comió una noche, y una señora que no nombraré hacía el ridículo de sus parsimonias y del mal olor de aceite de tártago que con frecuencia se sentía en el General, a causa de un emplasto o cataplasma interior, de que se servía para aliviarse de sus males.

Coronel José Briceño

El Coronel Josesito Briceño era cuñado de Santander, por matrimonio del expresado coronel con hermana de éste. Hombre muy gordo, corpulento y glotón, que había errado su vocación en la carrera de las armas; pues como muchos, sirvió a la patria en días muy luctuosos, circunstancia que le dio derechos que nunca mereció. El Coronel Briceño mandaba los Húsares de la guardia de Santander.

General Carlos Soublette

Otra entidad de aquellos tiempos era el General Carlos Soublette. Hombre de talento, sagaz, astuto, muy hábil en el arte de saber vivir, sin comprometerse en nada. Se unió a Santander mientras creyó sacar partido de él. Lo abandonó cuando creyó que no le convenía a sus miras. Soublette era hombre de pasiones fuertes, como la venganza y el amor por las mujeres ajenas. Muy fresca está la memoria de aquel hecho que siendo Soublette Ministro de Guerra y Marina, dispuso que partiese a Maracaibo un joven subalterno, el cual o pretextó o realmente estaba enfermo para eximirse de salir con la precipitación que exigía el Ministro, pero como Soublette tenía miras en cierta dama que gustaba del joven, el Ministro ordenó que saliese de Caracas a La Guaira, con el consabido subalterno en hamaca y con escolta hasta embarcarlo para Maracaibo y así sucedió al pie de la letra. En cuanto a gustar Soublette de la mujer del prójimo, dígalo cierta dama de un señorote que casó en tiempo hábil con ella, y las mujeres de un cubano y

de un maestro de música, amén de otras que le manifestaron firmeza en no admitir sus requiebros y promesas. Refieren las gentes que hubo una casa de comercio a la que encargó Soublette un buen piano para regalarlo a la esposa del señorote; llegado a esta capital el instrumento, la casa se lo envió al Señor Presidente que lo era entonces Soublette de la República, calculando que el tal piano sería para la familia Soublette, en que había personas muy jóvenes, que aprendían entonces. La legítima esposa no tuvo dificultad en admitir en su casa aquel piano que venía de una casa de comercio; así fue que la esposa de Soublette, no tuvo inconveniente alguno para decir a su esposo que ella estaba muy contenta con el piano que iba a servir para las niñas que recibían lecciones de música. Como militar, tenía muy mala reputación, porque si era buen jefe de un E. M. era muy mal militar en el campo de batalla, mandando solo. Dígalo Dabajuro, en Coro, donde a su imprevisión se unió su ineptitud como militar táctico. Siendo Soublette Presidente ocurrió la asonada del 9 de febrero de 1846, en que al darle parte del compromiso del Jurado por los excesos del populacho, aconsejaba Soublette que le tocaran la campanilla a ese exaltado populacho para contenerlo. Siendo también Presidente hizo fusilar a Calvareño, inútilmente, pero no se atrevió a hacerlo con otros que estaban bien relacionados y tenían séquito. En 1848 se unió a Páez en Apure y siguió con él hasta aproximarse a Bogotá, y puede decirse que fue amigo de Páez hasta entonces. Hase dicho que en la Presidencia de Soublette estuvo éste influido por Páez, lo cual es incierto porque además de no coincidir en ideas, tenía Soublette mucho amor propio para dejarse influir por otro. Recuérdese que siendo Soublette Presidente, ocurrió aquello del centinela del parque, en que se abatió la dignidad de la República de Venezuela, lo mismo que cuando se dio indebidamente una satisfacción al Ministro del Brasil, y en ambos casos quedó humillada Venezuela, porque así lo quisieron sus gobernantes de entonces. Hemos dicho que Soublette se separó de Páez al acercarse a Bogotá, donde era Ministro el General O'Leary cuñado de Soublette. Por las influencias del Ministro, el Congreso Granadino señaló una pensión a Soublette mientras permaneciese éste en el territorio de aquella

República, donde se llamó a buen vivir el tal General Soublette, que más tarde volvió a Venezuela, y en Caracas a pesar de sus actos de devoción en los templos murió siendo un rezandero muy beato y devoto; pero siempre vengativo, y como su regreso fue en tiempo que José Tadeo, mandaba la República por segunda vez, resultó que en tiempo de la Dictadura del General Páez, se manifestó Soublette siempre desdeñoso con su ilustre amigo el General Páez. Se suprime aquí hacer mención del proceso del General Piar, en que fue fiscal el señor General Soublette.

Doctor Miguel Peña

El doctor Miguel Peña, a quien conocí de cerca en Valencia es un hombre notable de quien debo hacer mención. Como se sabe, era hijo de Valencia, y sufrió mucho tiempo de encierro en su pueblo natal, junto con Escalona y Espejo. Furtivamente pudo escapar de la cuchilla española, y siempre consecuente con la causa de la independencia, le vemos en la isla inglesa de Trinidad, viviendo de su profesión, después de estudiar las leyes españolas que dejó el Gobierno inglés en dicha isla, y regresó el doctor Peña a la Costa Firme, en Venezuela, a donde se unió con los patriotas. Figuró en sus Congresos y permaneció por algún tiempo en Bogotá. Allí recibió doscientos mil pesos para traerlos a Venezuela, en onzas de oro, a razón de 16 pesos la onza, de modo que desde entonces data la fortuna del doctor Peña, porque ganó, se dice, dos pesos en cada onza de oro, y el resto fue entregado fielmente. La mujer que vivió con él hasta la muerte de él, era de baja estirpe esclava, que él libertó en Bogotá. Llamábala el mismo doctor Peña *Juaca,* (Joaquina), y en ella tuvo dos hijos, que yo recuerde. Parece que la entrega de las onzas de oro con tanta ganancia para el portador, fue reprobada por Bolívar, cuando vino él a Caracas en 1827, y esa reprobación atrajo la secreta enemistad de Peña con Bolívar. Por eso le vemos siempre tan indiferente en la defensa del Libertador, unido Peña a los enemigos de aquél. Poseía el doctor Peña una buena casa en Valencia. Ignoro si tenía otras; pero vivía con su Juaca en la que le conocí como de él. Posteriormente en 1831 se divorció de la amistad con Páez mismo,

de quien fue consejero íntimo, porque se dice que Páez le ofreció que emplearía su influjo en llevar la capital de la República a Valencia, y eso fue al revés, por lo cual Peña quedó desagradado, en términos que le echó a Gabante encima a Páez, procurando destruir su prestigio con hechos de vandalaje y con el alzamiento que de hecho hizo Gabante, metiéndose en las selvas, donde fue asesinado en 1833 por uno de los que le acompañaban. En ese mismo año murió el doctor Peña, enemigo de Páez, de Bolívar y de Santander. En estos días se le ha erigido una estatua en Valencia, merecida en cuanto sea Peña considerado como prócer de la independencia, porque en lo demás es egoista, vengativo y con algo de mal venezolano. Se refieren muchas anécdotas que acreditan su talento y su viveza. Cuando murió en Valencia, muchas señoras, que lo estimaban, tuvieron ciertos escrúpulos de llegar a sus habitaciones.

General Hilario López

El General Hilario López, fue subalterno cuado servía en Valencia y Maracay el año de 1822, a las órdenes del General Páez. Ignoro su historia en el transcurso de los años de 1822 a 1853 cuando fue electo Presidente de la Nueva Granada en 1850. Recordó una vez, que yo le oía, que sirvió en Venezuela y una que otra manifestación de lo que hizo en mi favor, acordándose de lo que Páez había hecho en su servicio del mismo López; pero entonces había decaído el prestigio de Páez, y poco fue lo que López hizo para favorecerme. A fines de 1849 entró López a Bogotá junto con el General José María Obando. Estaba yo en la plaza de San Victorino cuando un grueso rollo o masa de caballos montados por los notables de Bogotá entraron a las once del día, en aquel año, formando acompañamiento a aquellos dos personajes. Díjose entonces que López no estaba manchado con el asesinato de Berruecos, asesinato que se imputaba a Obando solamente. Entre los ministros que nombró López, luego que tomó el mando de la República, fue Manuel Murillo Toro, para la Hacienda; hombre de la escuela de Santander, enemigo gratuito de Páez y sus partidarios. Ese fue el mismo Murillo que el gobierno de Colombia nombró de Ministro Plenipotenciario para venir a

arreglar con el Ministro Plenipotenciario de Venezuela los límites entre ambas repúblicas, y cuando llegaron a cuestiones importantes para ambos gobiernos, se fue el señor Ministro Murillo, dejando pendiente la cuestión límites.

General Simón Bolívar

El General Simón Bolívar. Muy breve seré en hablar de este sujeto que es uno de los grandes hombres de América, aunque mi voz quede apagada en el cúmulo de elogios y de la larga historia de este personaje. Hoy libre de las preocupaciones que me cegaban en mi juventud y más que todo, en mi condición militar que tenía yo entonces. Conocí al Libertador en Achaguas en 1820. No le volví a ver hasta 1827 cuando vine yo de los Estados Unidos de Norte América. No pretendo hacer una relación biográfica o histórica de este hombre ilustre, y tan sólo me referiré a lo que toca a mí, respecto de tan encumbrada personalidad. La primera vez que le volví a ver fue en Cali en 1829. Desde entonces tomó el Libertador cierta deferencia por el Escuadrón Húsares, llevándolo consigo, como escolta de honor hasta Tocaima. Permanecimos tres días en aquel pueblo, y seguimos después a Bogotá. Allí alternamos con la infantería en montarle la guardia. En ese tiempo tuve la honra de entrar de guardia al palacio con mi capitán, los demás oficiales, y el resto de tropa de la compañía. (Compañía con estandarte eran los honores del Presidente, y su guardia sólo hacía honores al Santísimo). Fue una mala noticia para el ejército, y algunos amigos civiles, que cesase en el mando el Libertador, que renunció esa vez ante aquel Congreso, que se llamó Admirable. Como dejo dicho, fue en esa época que fui presentado al Libertador por el Coronel Wilson, edecán que fue de aquel General, junto con otros que eran también sus edecanes, Andrés Ibarra, desde el 26 de setiembre de 1828; Iturbide, el Príncipe, como lo llamaba Bolívar, y *ad honorem,* O'Leary y Diego Ibarra, sus primeros edecanes; esto es primero D. Ibarra y en ausencia de éste O'Leary. A pesar de mi ascenso en esos días, que pasé al Escuadrón Húsares, confieso que fui uno de los inconformes, por haber dejado el mando Bolívar, y lo ví salir con dolor el día que se fue de Bogotá; decíase entonces que con

el fin de embarcarse para Europa. No volví a ver a Bolívar desde ese día, y en Venezuela supe su muerte en la quinta de San Pedro Alejandrino a tres leguas de Santa Marta, en 1830.

He llegado a una edad avanzada, y la experiencia que he adquirido me permite juzgar hoy a ciertos hombres públicos con más acierto que en mi juventud. He leído en Montenegro Colón, el juicio que él forma sobre Bolívar. Según el señor Montenegro, Bolívar renunció varias veces el mando de la República; pero era para afianzarse más en él. Varios republicanos se apercibieron de esta mala fe del General Bolívar, y de aquí las prisiones y los destierros de algunos de ellos. Dijo Peña (el doctor Miguel) en el decreto que se puso entonces a una representación de don Martín Tovar, al Jefe Superior Civil y Militar de Venezuela, que algunos varones ilustres de la antigüedad fueron también expulsados o sufrieron el ostracismo, sin otro delito que su influencia peligrosa en la República. Vióse entonces que los edecanes de los Tenientes de Bolívar, salían en busca de algunos ciudadanos republicanos, dábanles el brazo, les manifestaban el objeto de su misión, y los conducían al buque o la prisión a que estaban destinados o para el destierro o para sufrir una detención. Para entonces había presentado Bolívar su proyecto de Constitución que llamaban *boliviana,* porque parece que esa le fue impuesta a Bolivia. Para ese tiempo se reunió en Ocaña aquel Congreso que trajo al Libertador a situarse en Bucaramanga, sin tropas. Todos esos elementos se fueron aglomerando junto con el consabido proyecto de monarquía y eso produjo el 25 de setiembre de 1828, día aciago, en que por la noche fue asaltado el palacio de Bolívar por algunos conjurados que se propusieron asesinar al Gran Bolívar en su alcoba. De ese atentado se salvó, mediante la interposición del edecán Andrés Ibarra, que impedía la entrada a la alcoba del Libertador, que si bien gozaba de la confianza del General Bolívar, hasta aquel día, era un oficial del Estado Mayor Libertador. Al siguiente 26 fue elevado al rango de edecán, por la muerte del Coronel Ferguson, asesinado esa noche por el Comandante Pedro Carujo. Debí decir antes que la constitución boliviana hacía vitalicios al Presidente y Vice-Presidente de la República y a los Senadores de ella, lo cual alarmó a los republicanos. Andrés Ibarra ascendió a Ca-

pitán y recibió del Libertador una espada de honor, cuya vaina sufrió un balazo de las hordas liberales de Policarpo Martínez, en Cartagena. En la noche del 25 de setiembre, se abocaron cañones contra el cuartel del batallón Vargas, en San Agustín. Aquel cuerpo permaneció fiel al Libertador. La artillería fue uno de los cuerpos infieles. Los Granaderos Montados, guardia de Bolívar, como Vargas, permanecieron leales al General Bolívar. El Coronel Bolívar fue asesinado dormido por el Coronel Rafael Mendoza, que estaba (el Coronel Bolívar) a la sazón de vigilante del General Padilla, preso, por revolución que tendía a sublevar las castas en Cartagena. Pedro Carujo asesinó también al centinela de Granaderos de la esquina y al del descanso de la escalera. La Guardia del palacio, mandada por el Capitán Martínez, fue sorprendida con su Comandante. El Libertador escapó milagrosamente, a favor de una faja que con algo más le sirvió para descolgarse por la ventana o balcón, por donde fue en paños menores, mientras Ibarra entretenía a los conjurados, y se escondió en un pequeño puente, hasta que oyó, sin equivocarse, que le vitoreaban y hubo de irse con una de esas partidas que estaban a su favor. El Comandante Torrealba, preso por la conspiración de Cartagena con Padilla, puso al Libertador sobre sus hombros, a pesar de su pequeña estatura, y así lo condujo hasta ponerlo en seguridad. Se dice que deseando el Libertador que no se castigase a nadie con pena capital, díjole entonces el General Urdaneta, que si tal era su resolución, que él (Urdaneta), y otros Generales y demás amigos de Bolívar, tomarían sus pasaportes, y se irían de Colombia, dejando solo al Libertador. Que éste entonces se resignó a que hiciesen sus Generales y amigos fieles, lo que quisiesen. En consecuencia, todos los delicuentes que se capturaron fueron juzgados militarmente, de donde resultó que fueron fusilados Horment, francés, Parada, sastre criollo, Inestroza, granadino, Celestino Azuero y Padilla granadinos, Guerra maracaibero, varios artilleros. Y fueron víctimas de los conjurados, Ferguson, edecán de Bolívar, el Coronel Bolívar, del E. M. L., dos centinelas de Granaderos Montados y herido el oficial Ibarra, que se condujo esa noche como siempre con mucha lealtad y valor. Un hecho aislado retiró muchas simpatías a Bolívar, mientras permaneció en Caracas. Estaba el Libertador pasándose

algunos días en la quinta o casa de campo de la hacienda, propiedad del señor Echezuría, (ignoro cuál de ellos) y allí se iba por todos los asuntos administrativos. Tenía un litis Bolívar con un señor Lazo, sobre las Minas de Aroa, y sucedió que el contendor de Bolívar, señor Lazo, fue a hablar con él a la enunciada quinta. En cierto acaloramiento de ellos, sobre su asunto, hubo de darle Bolívar una bofetada al señor Lazo. La guardia de Granaderos Montados se puso sobre las armas, y hubo una especie de alboroto en la quinta. Lazo salió vejado y aturdido con lo que pasaba, y hasta se dice, que pasó el río Guaire a pie metiéndose al agua con botas y pantalones. Debía en aquel tiempo reunirse en Ocaña el Congreso de 1828, en que se iban a ventilar asuntos muy importantes, y el Libertador se fue de Caracas, entre fines de junio y principios de julio de aquel año en una fragata de guerra inglesa que le condujo de la Guaira a Cartagena, donde desembarcó y subió el Magdalena. Llegó a Bogotá y allí estuvo hasta que resolvió situarse en Bucaramanga, viendo que aquel Congreso tan sólo se ocupaba de hostilizarlo y de seguir las doctrinas de Santander. Regresó Bolívar a Bogotá y allí se vieron escenas, unas en contra y otras en pro del Libertador. Entre las que fueron en contra fue la publicación de muchos periódicos que eran verdaderos libelos contra aquel grande hombre, y entre otras que se hicieron en favor de él cuéntase el apretón de manos que dio el Coronel Bolívar al doctor Azuero y haber formado una hoguera en pleno día, en medio de la calle, los Coroneles Luque, Ferguson y otros para quemar los números que se habían impreso de un periódico, los tipos y otros efectos de la imprenta, donde fueron vejados de palabra y de hecho varios impresores y sus dependientes. Semejantes hechos fueron acumulándose como razones que causaron el 25 de setiembre, día aciago que será siempre deplorado en la historia. En efecto llegó ese día. Algunos detalles quedan, y se referirán aquí.

Por la noche, se debieron reunir los conjurados ignoro dónde; los principales eran Carujo, Florentino González, Lorenzo Lleras, Celestino Azuero, Horment, Guerra, Zulaivar, Parada, Inestrosa, varios oficiales de artillería y otros. Llevaban linternas de las que se usan o se usaban entonces en Bogotá. El General o Coronel Rafael Mendoza, teniente Coronel en-

tonces de acuerdo con los nombrados y otros, penetró en la prisión del General Padilla y sin despertar al Coronel Bolívar, que a la sazón dormía en la misma pieza que aquel General, le asesinó con un tiro de pistola por parte noble. Carujo mató con otro tiro al Coronel Ferguson, edecán del Libertador. Fue así: situado Carujo en la esquina del palacio que ocupaba Bolívar, dio él mismo el *quién vive* a persona que vio venir hacia el palacio, y Ferguson contestó: *edecán de S. E.* Al decir esto Carujo se preparó y cuando tuvo cerca al Coronel Ferguson, le disparó un tiro de pistola a *quema ropa;* ya antes había el mismo Carujo asesinado con puñal al centinela que estaba en el descanso de la escalera y al que estaba en la puerta, también con puñal, que fue el primero al entrar los conjurados nombrados. Estos subieron con avidez al cuarto donde dormía el Libertador, que entonces (de las once y media a las doce) se hallaba con él la señora Manuela Sáenz, que le sugirió al Libertador el modo de escaparse por una ventana-balcón, que daba a la calle; donde el suelo es inclinado, y allí se aproxima al balcón, facilitando su descenso. Una faja fue suficiente para lograr la evasión del Libertador, por allí. Mientras tanto esta Señora fue vilipendiada de palabra y de obra por los conjurados que consiguieron entrar hasta el cuarto o alcoba del Libertador, luego que hirieron gravemente al Teniente Andrés Ibarra, quien derramaba mucha sangre por la herida que le hizo un oficial de artillería en la mano derecha, herida que más tarde fue motivo de dar Bolívar una espada de honor al expresado Ibarra, quien por esto y por la vacante que dejaba el Coronel Ferguson, fue desde el siguiente día nombrado edecán del Libertador. Entre tanto fue la tropa de artillería con cañones y abocándolos contra el cuartel del batallón Vargas, disparó algunos tiros contra dicho edificio, lo cual sirvió de alarma a aquel cuerpo que casi sin oficiales salió de su cuartel, y fue restableciendo el orden por las calles de la ciudad. Hacía luna, y eso facilitaba las operaciones de Vargas, cuyos jefes y oficiales se le habían reunido, cuando el Libertador luego que saltó por la ventana a la calle hubo de acogerse debajo de uno de los puentes del riachuelo o arroyo que pasa cerca del cuartel de infantería, que era entonces el de Vargas. Este cuerpo en su restablecimiento del orden se mantuvo fiel a Bolívar y lo

proclamaba mientras hacía fuego a las partidas de artillería que se le presentaban hostilizándolo. El Comandante segundo Torrealba, que estaba preso por la conspiración de Padilla en Cartagena, iba en una partida de Vargas vitoreando al Libertador Bolívar, y cuando éste escuchó que se le vitoreaba, a no dejar duda, salió de su escondite y en paños menores se presentó a los de Vargas y Torrealba, a pesar de su pequeña estatura, lo tomó sobre sus hombros, y soltó cuando lo consideró en seguridad, proclamándolo y vitoreándolo en todo el trayecto. Dicen que el Escuadrón de Granaderos Montados, que estaba alojado en el cuartel de San Francisco, acudió tarde a combatir la artillería rebelada. Después de aquellos acontecimientos, seguro ya Bolívar en su palacio, tenía éste un aspecto de mucha alteración, proveniente de la mala noche que había pasado. La guardia de palacio compuesta de tropa del Escuadrón Granaderos, casi todos peruanos, fue sorprendida incluso el oficial que la mandaba, que era el Capitán Martínez. Se deja ver que al siguiente día, muy de mañana, fue Bolívar objeto de muchas felicitaciones. Entre los que entraron a felicitarlo fue uno de ellos el Comandante Guerra, que en aquellos momentos fue denunciado como conspirador de hecho y fue reducido allí mismo a prisión. Quiso Bolívar echarla de generoso y magnánimo, perdonando de la pena capital a todos los comprometidos en aquella conspiración, pero le dijo el General Urdaneta que si tal cosa sucedía, él (Urdaneta) y todos los demás Generales y amigos de Bolívar; tomarían sus pasaportes y se irían del país; lo cual hizo que Bolívar desistiese de aquel proyecto, y dicen que en tal conflicto dijo a Urdaneta que hiciesen lo que les pareciese justo. Siguiéronse muchos juicios, que trajeron muchos patíbulos, entre ellos, el de Padilla que no debió ser fusilado, atendiendo a sus esforzados servicios, Horment, Celestino Azuero, Parada, Inestrosa, Zulaivar y otros. Corujo se acogió a un indulto que dio Bolívar, y se dice que en esa conspiración estaban Córdoba y Santander, que siendo entidades de mucha capacidad, no sufrieron ni ser acusados, bien que Satander lo fue, y el Coronel Barriga y Brito lo condenó a muerte, siendo fiscal de su causa; pero Santander se defendió maravillosamente bien; y fue desterrado a Europa, de donde regresó electo Presidente de la Nueva Granada. Los

demás comprometidos en la conspiración del 25 de setiembre que no sufrieron la pena capital o el destierro, se escaparon huyendo o se acogieron al indulto citado.

Fue en 1829 que llegó a Bogotá la noticia de la victoria de Tarqui. En esos días también fue organizado mi batallón y fui destinado a él por un error.

Pasó entonces por Bogotá el Duque de Montebello, acompañado del señor Bresson y del Comandante Clemente Zárraga, edecán del General Montilla, que mandaba en Cartagena.

El 8 de mayo de 1830 salió de Bogotá el Libertador con el fin de embarcarse por Cartagena con dirección a Europa. Días antes de su salida de Bogotá, se le vio hacer algunas visitas de cumplimiento, y fue entonces que le vi de uniforme de gala, sin ninguna condecoración. En esos días fui presentado a este personaje en los términos que dejo dicho en la pág. . . . de este cuaderno. En ese tiempo fue también que conocí al Mariscal Sucre, que solía visitar a la señora de Arrubla, donde concurrían otros miembros de alta sociedad. Llevóse consigo el Libertador la primera compañía de los Cazadores de Occidente, mandada entonces por el Capitán Lucas Meléndez, hasta que vieron morir al Libertador en la quinta de San Pedro Alejandrino. Allí fue donde rindió su último suspiro este hombre ilustre, siendo Comandante del Departamento del Magdalena el General de División Mariano Montilla.

General José Antonio Páez

El General en Jefe José Antonio Páez y Herrera, ha dicho mucho en su obra titulada *Autobiografía,* para conocer su nacimiento, su juventud y sus servicios. Se ha publicado recientemente la *Venezuela Heroica,* obra en que están igualmente consignados algunos de los servicios y proezas del Ciudadano Esclarecido de Venezuela, título que le dio con una espada el Congreso de Venezuela de 1836. Me limito a muy poco de lo que me concierne con este ilustre pariente.

Era en efecto hermano de mi madre, la señora Luisa Páez, y ambos hermanos se amaron mucho, mientras él permaneció en la oscuridad. Forzado por los acontecimientos, hace Páez,

ligera mención de su obra citada de su hermana Luisa, que tanto le sirvió en aquellos días adversos de su juventud. También le fueron muy útiles algunos parientes que vivían en Guama y el Aserradero (a) San Pablo cuando penetró por allí en los días que entró a Coro que fueron aquellos en que le vejaron los Monagas.

Páez me conoció en Maracay, y comprendió mi afición al dibujo. A instancias de mi madre, se hizo cargo de mi educación y me envió a Caracas, aprovechando la ocasión de ir para aquella ciudad el Coronel Gabriel Lugo, quien después de haber hablado con el señor Tomás Lander me entregó a este sujeto, en cuya esposa la señora Manuela Machado, viuda que fue el señor Blas Paz del Castillo, oficial de la primera patria que murió en Urica, hallé una segunda madre, pues no hacía en su trato ninguna diferencia entre sus hijos y yo. Yo recibía lecciones de dibujo de un francés M. Lassabe, que decían ser oficial de artillería de Napoleón I; iba además a la escuela de primeras letras; es decir, primero a la de don Felipe Limardo, después a la del tirano Aguilar y en últimas a la de don Juan Mecerón, sujeto muy idóneo para dirigir un plantel como el que le formaron varios notables de Caracas, pues aunque Mecerón fue muy inclinado a los principios del Gobierno colonial, ese plantel lo formaron, como he dicho, algunos de los notables de Caracas, entre ellos los señores Tomás Lander, Manuel María Casas, Nicolás Ascanio, Matías Castro, N. Vega, suegro del General Latorre, y otros. De la escuela del señor Mecerón, de grata memoria, salí para los Estados Unidos de la América del Norte, donde estuve cuatro años, en el Colegio de don Mariano Velázquez de la Cadena, de quien he dicho algo en las páginas anteriores.

Lo demás que puedo decir de este personaje, toca a su vida privada; de él he dicho lo bastante en esa parte, en las páginas anteriores, con relación a mí mismo y con relación a mis parientes.

Los servicios de este ilustre pariente, sus glorias y peripecias están bien descritas en la obra que él publicó con el título de *Autobiografía,* obra que se vio obligado a publicar, porque le dio duros ataques el favorito que fue de él, señor doctor Felipe

Larrazábal, hombre ingrato que para elogiar a Bolívar y a Sucre, nunca le fue necesario denigrar a Páez; ¡así murió el dicho Doctor! Aquí dejo, pues, la vida pública y la privada de Páez.

General Antonio José Sucre

Nada puedo decir en contra de este ilustre Militar. Ni aún en favor de él, porque plumas más aventajadas que la mía han hecho elogios de él. Decíase en el ejército que poco antes de llegar Bolívar al Perú, le había encargado de organizar un hospital, siendo Sucre Jefe de E. M. General. Esta orden del Libertador fue obedecida por Sucre, a quien hizo presente uno de sus edecanes (de Sucre) que le parecía irregular, y a quien impuso silencio el General Sucre, conformándose con obedecer la orden del Superior. Luego que Sucre dio cumplimiento a la expresada orden, pidió su pasaporte al Libertador, con el fin de continuar sus servicios en Colombia si allí fuesen necesarios. Sorprendióse Bolívar con la solicitud de Sucre e inquiriendo la causa supo que emanaba de la orden que mandó a Sucre a organizar un hospital, comisión que correspondía, no a su jefe de E. M. G. sino a un empleado inferior. Esto hizo conocer a Bolívar que siendo él menos conocedor del servicio le dio satisfacciones diversas al General Sucre, el cual desistió de pedir el pasaporte para serle más útil a Bolívar en lo futuro; pues sin Sucre, tal vez no hay Ayacucho. Era Sucre de figura esbelta y delgada. Cuando reía se le veían hasta las muelas. No usaba uniformes y sus maneras eran caballerosas y finas. Siempre usaba guantes, y atendía las solicitudes aun de los sargentos y presidiarios. Circunspecto, aficionado a todos los hombres de algún mérito. Nunca se le vio usar bigote en sus últimos años. Aunque era hombre de buen gusto, rehusaba las más veces las comodidades que le proporcionaba su elevada categoría. Político y afable, nunca salió por su boca palabra que ofendiese el pudor. En suma era un dechado de circunspección y finura.

Las influencias de este elevado jefe hicieron, sin duda, impedir que él y sus colegas pasasen de Mérida cuando fue comisionado para tratar con el Gobierno que se había dado entonces Venezuela.

Lo demás de la vida pública de Sucre existe en diversos documentos de esclarecidos escritores.

Aquí es el lugar de decir que el asesinato perpetrado en la persona del Gran Mariscal Sucre, en Berruecos, nos hizo ver siempre con horror a José María Obando.

Vuelvo a tomar el hilo de mi relación referente a mí mismo. Estando en Bogotá el año de 1833 fue allí el Coronel Antonio Jurado. Tomé con él algunas relaciones de amistad y a pocos días pedí mi separación del cuerpo y mis ajustamientos para regresar a Venezuela. Hice viaje con el Coronel Jurado hasta poco antes de llegar a Valencia, en el pueblo de Naguanagua, a donde encontré y abracé a mi querida madre. Tuve entonces la idea de irme a Méjico y por no tener dinero con qué efectuar mi viaje, no lo hice. El viaje de Bogotá a Valencia lo hice por tierra, menos en el lago de Maracaibo, a donde tenía yo amigos desde el Colegio y compañeros militares; pero mi colega de viaje temía a sus acreedores en aquel punto y la navegación se hizo directa a los Puertos de Altagracia, de donde seguimos por tierra, como he dicho, hasta Valencia. Viví en aquel tiempo de los retratos que hacía yo en miniaturas, bien que tenía con mi madre recursos para la comida y otros gastos.

Así estuve por algún tiempo, cuando se me nombró oficial del relator de la Corte Superior del Centro con 34 pesos de sueldo. En ese empleillo estuve hasta 1835 que fui llamado a Caracas con otros oficiales de ejército que vivían en Valencia, todo a consecuencia de la revolución de las Reformas. Segunda sublevación de Puerto Cabello, siendo Comandante de aquella plaza el General Francisco Carabaño. Pero el Gobierno temió, sin duda, que nos adhiriésemos a ella. Salí de Valencia la noche del 18 o del 19 de agosto junto con los Coroneles Escuté y el Comandante Marturet. Escuté se quedó en Maracay y seguimos Marturet y yo. En las Adjuntas, bajando el cerro que separa aquel punto de San Pedro, oímos la salva que se hacía en La Guaira por la llegada a aquel puerto del Presidente y Vice Presidente de la República, señores Vargas y Narvarte. En las Adjuntas también nos encontramos con el General José Antonio Páez y su séquito. Aquel General le dijo a Marturet que siguiese con él, como su antiguo edecán

que había sido. Yo solo seguí a Caracas conduciendo el pliego en que se daba parte de la sublevación de Puerto Cabello, el 17 de aquel mes de agosto. Es justo que yo haga mención de un acontecimiento que como un año antes me acaeció. Solicité, antes de ser llamado a la corte del Centro, se me diese alguna colocación en el Escuadrón a que había pertenecido, cuando era yo aspirante a la Comisión corográfica, y Soublette y Páez pusieron un inícuo decreto de mi solicitud, que después influyó mucho en mi suerte. El decreto o resolución estaba concebido, poco más o menos en estos términos: "No puede el Gobierno destinar al que pide en esta solicitud colocación en el Escuadrón Granaderos Montados, ni puede aumentar la comisión corográfica con otro individuo, ni el que representa es oficial del ejército de Venezuela". Continuando con mi relación diré que a los momentos de entregar el pliego al señor Hernais, oficial mayor que ejercía las funciones de Ministro de Guerra y Marina, me encargó que a nadie comunicase yo lo que había pasado en Puerto Cabello; y yo guardé sigilosamente aquel secreto; pero en la calle y en la casa donde me alojé, acudieron varias personas a preguntarme aquel mismo día y al siguiente sobre lo acaecido en Puerto Cabello. Estuve, pues, guardando mi secreto por dos días, pero viendo que ya no era un secreto sino una noticia al alcance de muchos, hube de decir lo que yo oí.

Tomado de un libro francés

Amigas jóvenes, solteras o casadas, rubias o morenas, viudas, viejas, doncellas: lo que diga yo en estas páginas tenedlo por cierto. Primero fui joven, soltero, cortejante y parrandero, casado sin hijos, clérigo en últimas, y siempre médico, puedo aseguraros que con estos elementos, con el confesonario y experimentando tantas aventuras, os hablaré la verdad, disfrazando los nombres de muchas, aunque no de todas. Yo no he nacido, ni he sido educado para ofenderos, ni desagradaros.

Soy y seré siempre vuestro amigo y Capellán.

Severo Recio

ANEXO

RECUERDOS DE SANTA MARTA 1842

POR SIMON CAMACHO

Al Benémerito General Bartolomé Salom, modelo de amistad por El Libertador, como una prueba de la admiración que le profesa.

SIMON CAMACHO

Refiero lo que vi. Si falta mucho a mi cuaderno, cierto que no será por mi culpa. Si algún lector encontrare que sientan mal en mi boca los títulos de *Padre* y *Libertador* con que nombro a Bolívar, me anticipo desde ahora a pedirle mil perdones por este mi orgullo; porque en ello no digo más que lo que siento: yo no sé ni puedo sentir de otro modo.

En cuanto a los hechos, no refiero sino la verdad. Muchas personas hay en Venezuela que presenciaron lo mismo que relato. Ellas podrán juzgar si soy veraz.

Sea vista mi publicación como una ofrenda a los manes de Bolívar y quedarán satisfechos mis deseos.

Caracas, octubre de 1844

RECUERDOS DE SANTA MARTA

La Guaira, 13 de noviembre de 1842

Ya la nave desplegó una y otra vela, y remecida sobre el ancla se apresta a partir.

Oyese la confusa grita de la gente marina, alegre porque va a dejar la tierra. El marinero siempre se alegra con la orden de salir del puerto, porque sus ojos acostumbrados al infinito horizonte de la mar, se fastidian pronto con la vista de la tierra: la mar es su

querida, y la luna de sus ensueños es la luna que nace y muere en la mar.

—¡Silencio! gritó el Comandante. ¡Silencio! repitieron los agudos silbatos de los cabos de la marinería.

—Todos al cabrestante. Izad, muchachos, izad el ancla.

Al que no conoce más que la tierra, todo lo del mar le presta un encanto indecible. Yo no conocía la mar. Niño aún, apenas había visto nuestros plantíos de caña o de café a orillas del Aragua o del Tuy, y los algodoneros con sus flores de oro en las márgenes de la Laguna. Por eso miraba con ojos llenos de gozo aquellos hombres robustos girando alegres en torno del cabrestante al son de un pífano y de un tambor. Me parecían las Esperanzas girando en torno de la Fortuna.

—Basta, gritó de nuevo el Comandante desde su castillo de popa. ¡Alto!

El ancla estaba ya colgada en la proa y nuestra embarcación se deslizaba mansamente alejándose de la tierra, como si un Dios marino la arrebatase del puerto para sujetarla a sus imperios de las aguas.

—Adiós, patria, adiós. Abandono la cabaña de mis padres "para ver el humo de las fiestas del extranjero". ¡Sol de Caracas! tú serás mi estrella polar cuando pise las playas lejanas. En mi ausencia sé el compañero de mi madre y ¡por piedad! no hagas morir las enredaderas de flores de pascua que dan sombra a la tumba de mi padre.

¡Adiós, patria, adiós!

EL CANTO DE LOS MARINOS

Los recuerdos de mi patria no me habían abandonado un solo instante. Aún sentía la suave impresión del último beso de mi madre. Pensaba en ella con aquel sentimiento de apacible melancolía con que se piensa en los ausentes.

"La Constitución", nuestra nave capitana, con sus velas blanquísimas, alumbradas por la luna, iba delante, ligera como una garza. Luego seguía nuestra embarcación la hermosa corbeta "Circé" al mando del cariñoso Sr. Jules Ricard, rompiendo las ondas, majes-

tuosa como un cisne; y a su popa navegaba el velero bergantín "El Caracas" a las órdenes de Mr. Wheeler.

Todavía se distinguían allá a lo lejos, bien lejos, casi perdidos, los picos más elevados de los montes del Avila. *La Silla,* como un centinela avanzado sobre las costas de Venezuela, nos miraba partir a nuestra grande embajada.

Ibamos en busca de *Bolívar.* Ibamos a la tumba del Grande a expiar el ingrato olvido de doce largos años. Ibamos a nombre de un pueblo a cumplir un último deseo pronunciado por el amor a la patria.

"Es mi voluntad, que después de mi fallecimiento mis restos sean depositados en la ciudad de Caracas, mi país natal".

Era suave la brisa y estaba todavía embalsamada con los olores de las mil flores que nacen en las faldas del Avila. La mar tranquila y serena auguraba un viaje feliz.

El Comandante Ricard desde la popa contemplaba sus marineros sentados sobre cubierta. Era el jefe de una colonia flotante.

Largo tiempo bogamos sin otro ruido que el que hacía la proa rompiendo las aguas, y el susurro de la brisa que gemía en las velas. Momento de terrible contemplación aquel en que por vez primera observa el hombre en su derredor y sólo ve un cielo inmenso y un mar sin límites, del que sólo está separado por la frágil tablazón de una nave. ¡Cuántas ideas espantosas y cuántas de amarga tristeza! ¡Cuánta debilidad ante las obras del Creador!

Todo esto pasaba por mi mente, como una sombra oscura sin color ni contornos, volcando mi razón y apretándome el pecho. Estaba sentado sobre la cureña de un obús tolonés, construido por orden de Bonaparte, y a mi frente veía las flores de lis pintadas en los cristales de la cámara del Comandante y mandadas borrar por Luis Felipe cuando la flor de lis fue tronchada del árbol de Francia por el hacha del pueblo. Los grandes acontecimientos históricos vinieron con sus memorias a aumentar el estado de anonadamiento en que estaba mi alma.

Entonces, y cuando yo repasaba en mi imaginación los sucesos que habían precedido a la ocupación del trono de los Borbones por

el Rey-ciudadano, salió del grupo de marineros una voz que entonaba una trova.

Un canto en la mar es otra cosa que el canto de tierra. Un canto en la mar es como la plegaria de un moribundo, es el *Miserere* de los vivos, que conjura la tormenta e implora la amistad del buen tiempo.

Un canto en aquel momento fue para mí el adiós a Venezuela y el saludo al Dios de los mares.

Parisiense era el cantor, y de Carlos Nodier, no lo recuerdo bien, la canción que entonaba, coreado por toda la tripulación que a aquella hora montaba la guardia.

Creo que le oí cantar estas palabras:

"Tierra de los libres, Francia, patria mía, a nombre tuyo surco los mares y arrostro las tempestades. Patria, mucho te amo. No me olvides.

Patria, acuérdate de mí.

Patria, cuando yo dejé mis hogares, mi hija estaba pequeñuela y no lloró al decirme adiós. Cuando yo vuelva a mis hogares, mi hija le preguntará a mi esposa: —¿Quién es este extranjero? Le pareceré extranjero, porque ausente ha mucho tiempo por tu causa, Patria, ella no me conocerá.

Patria, acuérdate de mí.

Patria, si combatiendo por tu causa me hieren tus enemigos en el abordaje, yo iré a mi Rey y le pediré pan para mi familia. El me contestará: —No te conozco.

Patria, acuérdate de mí.

Entonces yo le diré a mi Capitán: —Jefe, tómame de la mano y di al Rey quién soy yo. Y el Rey me dirá: —Toma el pan de tu familia. Te lo da la Patria. Porque la familia de los valientes caídos en el combate, es hija de la Patria".

El sonido de una trompeta que señalaba la hora de retirarse, dio término al canto que sin eco alguno iba a perderse en la inmensidad del océano.

Desde ese momento todo fue silencio a bordo de la corbeta. Los mesurados pasos del oficial de guardia que resonaban sobre la cubierta, el ruido que hacía la proa rompiendo las aguas, el susurro de la brisa que gemía en las velas, o el crujido de las cuerdas que gobiernan el timón eran los únicos sonidos que a veces y a largos intervalos se dejaban oír.

BAHIA DE SANTA MARTA

El 15 por la tarde se descubría la tierra. Estaríamos a más de cien millas de distancia.

Pero la noche se acercaba, y era esta la segunda vez que el Comandante navegaba los mares costaneros al continente Sudamericano. Resolvió en consecuencia virar de bordo, navegando con pocas velas, para evitar la aproximación a la tierra durante la noche: lo que pudiera presentar algún peligro.

Al amanecer del día 16 estábamos casi en el mismo lugar que ocupábamos el 15 por la noche. El Comandante había calculado perfectamente la hora de entrar sin riesgos.

Ya se veía la tierra como una mancha parda en el azul verdoso de la mar, como un lunar sobre una espalda tersa.

—¡Tierra! gritó el vigía de la gavia al rayar la aurora.

—¡Tierra! repitió el oficial de guardia.

—¡Tierra al S.O.! repitió el vigía.

A esa voz de consuelo, que reasumía todos mis pensamientos, saltamos todos los pasajeros de las hamacas y subimos al puente. Allí presencié por primera vez el cuadro más animado que pueda ofrecerse. La tripulación estaba lavando la cubierta, limpiando los cañones y cuantos enseres hay a bordo. Era un pueblo ocupado en sus quehaceres.

Es admirable el escrupuloso cuidado que se tiene a bordo de un buque de guerra para que nada quede desaseado ni mal puesto. Todo se lava, se limpia, se friega, se frota hasta darle el aspecto brillante de un mueble salido de la fábrica. Todos los marineros aparecen limpios, sin una mancha. El menor descuido en la limpieza es

bastante causa para una detención. Cuando los guardia-marinas han concluido de asear el buque, el Comandante en persona o su segundo, en caso de que aquél no pueda hacerlo, todo lo examina, todo lo registra hasta las más pequeñas menudencias para convencerse por sí mismo de que todo ha sido hecho en regla.

Tengo muy presente un castigo aplicado a un marinero por falta muy leve, a lo que pensaba yo. En la revista que pasó el segundo, notó una mancha de vino en los pantalones de un marinero: y sin decirle palabra, dio orden al Comisario de policía para que en tres días hiciese guardar abstinencia al culpado: en tres días bebió sólo agua, el que se apresuró tanto en beber vino, que manchó el vestido.

Los comisionados por Venezuela para recibir de la Nueva Granada los restos mortales del Libertador, los apreciables señores doctor José María Vargas, general José María Carreño y Mariano Uztáriz se hallaban sobre cubierta esperando llegar al fondeadero, para, a bordo de "La Constitución", que probablemente ya estaría en la bahía, pasar sus comunicaciones a la gobernación de Santa Marta.

Un viento fuerte nos impelía, y a proporción que avanzábamos, iba la costa saliendo de bajo las aguas. Disminuía la distancia y la vista se hacía más clara. Dos marineros echaban la sonda y todavía no se encontraba fondo. El comandante estaba a la popa guiando por sí mismo la maniobra. El oficial de guardia hacía poner la cadena del ancla, que se enroscaba en el cabrestante como una serpiente en el tronco de una ceiba. El segundo estaba en la proa y a intervalos cortos preguntaba con voz recia el número de brazas que tenía el fondo.

—Ciento veinte, gritó un marinero.

Estábamos ya en la bahía, mansa como una laguna y formada en semicírculo. El Morro, gran peñón que se eleva en su centro y a distancia corta de la tierra, es el primero que llama la atención del que llega. La figura semicircular de la bahía y el Morro, situado a la mitad de su extensión, se me figuraron, la primera un teatro gigante que tuviese por cúpula el cielo y por único espectador al segundo coronado con su castillo y asentado sobre su base de piedra.

—¿Cuántas brazas? preguntó el Comandante.

—Ciento diez, contestó el de la sonda.

—Prepárense a virar, gritó de nuevo el Comandante. Cada cual a su puesto.

Todos obedecieron en silencio. No era bueno el lugar para el anclaje por su mucha profundidad y era preciso buscar otro. Giramos alrededor del Morro y no a mucha distancia.

Entonces descubrimos a "La Constitución" y "El Caracas" tranquilamente posados a la derecha del Morro y cerca de tierra. A su costado se balanceaban el bergantín "Albatros" de S.M.B. y "La Venus", bergantín de guerra holandés, de hermosa perspectiva. Ambos habían venido por orden de sus Gobiernos a solemnizar con su presencia el tributo de gratitud que pagaba Venezuela a la memoria de su Libertador, a convoyar la embarcación que debía conducir a La Guaira los restos de Bolívar. Eran los Embajadores que las naciones europeas enviaban a la República de 1830 para manifestarle el gozo que les causara el decreto de 30 de abril de 1842 y para tributar su admiración al Fundador de las Repúblicas de Sudamérica.

Un recio golpe nos anunció que la "Circé" estaba fondeada. Cayó pesadamente el ancla, buscando la arena en que aferrar su diente y la corbeta guardando su última vela, se deslizó hacia atrás, como un caballo detenido en la mitad de su carrera. Arregló su interior, recogiendo cables y arrollando velas, como se compone el peinado y vestido una muchacha para dejarse ver hermosa. Hizo un saludo al puerto y otro a "La Constitución", y echó sus botes al agua.

Inmediatamente se presentó a bordo un elegante militar (Capitán del puerto, según supe después) con el Secretario de la Gobernación, encargados ambos de felicitar a los Comisionados de Venezuela. Ofrecieron gentilmente sus casas para que sirviesen de habitación a los Comisionados, mientras permanecieran en Santa Marta.

Pocos momentos después tuve el disgusto de ver partir a los venezolanos que habían sido pasajeros conmigo en la corbeta francesa. Como Comisionados de Venezuela se trasladaron a "La Constitución" para que sus comunicaciones fuesen dirigidas al Gobernador de Santa Marta desde un buque de la Nación que representaban. La corbeta se despidió de ellos con quince cañonazos.

Dos berlinas bien montadas los condujeron, algunas horas después, del muelle a la ciudad.

Yo los veía partir con sentimiento, porque echaba de menos su agradable presencia. Y es que en la tierra extranjera, un paisano, aunque no lo hayamos conocido nunca, es como un amigo, casi un hermano.

Santa Marta desplegaba a mis ojos su larga fila de casas blancas, simétricas, iguales casi: vista poco agradable por su ninguna variedad; pero hechicera para el que no había visto en tres días sino agua y cielo por todas partes.

La batería de Santa Bárbara es el edificio que más se avanza al mar. Sembrado en la arena como los demás de la población, muestra la boca de sus cañones dirigidos a todos los puntos de la bahía. Pero me parece que no resistiría mucho en caso de ataque, porque la playa no es corta y en toda ella se puede hacer un desembarco sin temor a dificultades por parte del mar, que apenas forma olas muy pequeñas en la orilla arenosa.

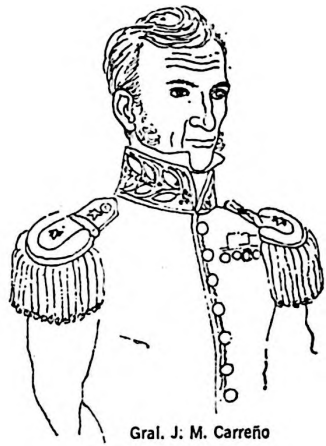
Los edificios que elevan la frente más alta que la línea de techos que forma la generalidad, son la iglesia Catedral, el templo de S. Francisco y la casa destinada a la Aduana.

Era domingo el día de nuestra entrada a la bahía, y los marineros aprovechaban el permiso que les concede la ordenanza en tales días, jugando la insulsa lotería, acuclillados o sentados a la oriental sobre la cubierta. Un centavo era el precio fijado por cada cartón, y es el máximum permitido a bordo.

Por la tarde salté con los oficiales a la tierra favorecida que oyó el adiós del Libertador, compañera de la isla de Santa Elena en la suerte que le cupo de ser tumba de un grande hombre; por más que no encerrase como ésta las reliquias de un Cónsul, Emperador y Rey, guardaba las cenizas de un Coloso, Caudillo de la Independencia de Sudamérica, Padre del pueblo y Libertador de medio mundo.

Paseamos bien poco por las calles de la ciudad de los recuerdos de Bolívar, porque pasear mucho en Santa Marta es imposible para el extranjero que no ha hecho conocimientos amistosos con su piso; formado de arena movediza, donde si no se hunde el pie, al menos experimenta el que no está acostumbrado a él, mucha dificultad para marchar. Una playa no corta, como ya he dicho, introduce sus penínsulas de arena por todas las calles, haciéndolas partícipes de sus inconvenientes. Y mal es éste irremediable, porque

Dr. José M. Vargas



Gral. J. M. Carreño

Prbdo. M. C. Sanches

Mariano Uztáriz

S. Boguier

J. B. Baptista

mientras exista la playa, habrá en las calles arena que les lleva el brisote constante que sopla la mayor parte del día. El mejor remedio, el único, sería quitar el brisote, lo que ya se deja ver que no está muy al alcance de la policía samaria.

Buscamos una posada y nadie nos dio razón de que existiese. Pero todos nos mandaron al Café: todos lo conocían. Posada o café estaba bien situado, junto a la Plaza de la Constitución, y no mal servido del todo. En él buscamos colocación mi compañero de viaje y yo, y obtenida por algunas monedas, nos volvimos a la corbeta, esperando tomar posesión en tierra el siguiente día.

SANTA MARTA Y LOS SAMARIOS

La ciudad de Santa Marta no tiene lo que se llama un lindo aspecto. Calles rectas y angostas encuadradas por dos hileras de casas pintadas, la mayor parte, de blanco; sin una plaza bonita, sin un templo elegante, sin una fuente pública. *

Santa Marta o Santamarta, como suelen escribir muchos de sus habitantes, se halla a la altura de la mayor parte de los pueblos que sufrieron la dominación española. La Península, más atenta a sí propia que al bienestar y adelanto de sus colonias, se cuidaba poco de ellas. Es por esto que los pueblos de nuestra América, con marcadas excepciones, no son más que reducidos caseríos construidos *a la diabla,* como tan expresivamente decimos los caraqueños, y nuestras ciudades pueblos de poco más o menos, en los que no debe buscarse ni arquitectura ni gusto ni nada más que almacenes en que se guardaban las riquezas que los españoles iban acumulando hasta que eran bastantes, para, llevadas a España, comprar con ellas un *Don,* un *De* y un título, y gozar una renta que hiciese decir a los amigos del ya noble: —El Marqués o el Conde D. Fulano es un ricacho que vino de las Indias.

Santa Marta, como Caracas, si bien que ésta le aventaje en muchas otras cosas, no tiene absolutamente nada que enseñar de curioso, rico o bonito. Las miradas del viajero no encuentran en qué detenerse, si no es una piedra blanca y sin nombre que ostenta con orgullo en la nave céntrica de su iglesia Catedral.

* Existe en la plaza de la Constitución una que era fuente, pero que no da agua de muchos años atrás.

Pero en cambio, tiene habitantes bondadosos, si no ricos, y muchachas amables, cuando no hermosas, de quienes el extranjero puede estar seguro de recibir una acogida hospitalaria, franca y amistosa, con todo el desinterés que es peculiar a los pueblos que fueron de Colombia.

El aspecto de la ciudad es de ordinario triste y poco animado durante el día. Por la mañana las sirvientas que van al mercado por las provisiones diarias, alguna muchacha acarreando un caballo cargado con sabrosas naranjas, o caballera en un asno que además de la carga mujeril lleva otra de malojo; un soldado fumando descuidadamente su cigarro de Girón o de Ambalema, o picarescamente entretenido con la conversación de una salada *vivandera;* el asiento de una carreta, llena de barriles para traer a la ciudad el agua del río; es todo lo que se ofrece a la curiosidad. Y eso por todas las calles, todos los días, siempre lo mismo.

En la noche las calles están desiertas, porque a esta hora la brisa es insoportable. Si un sombrero llegase a desprenderse de la cabeza que lo llevaba, tendría su dueño que perseguirlo dos o más cuadras para alcanzarlo; a no ser que diese por dicha suya contra algún cañón de los muchos que están clavados en la arena para defensa de las esquinas, que serían rotas de otra manera por las carretas de los aguadores.

La brisa constante es la causa de que los samarios se acojan al interior de sus casas, huyéndole al polvo que se levanta a sus ráfagas. La brisa fuerte comienza de las cuatro a las cinco de la tarde en adelante, sin que falte nunca, bien que más suave en las demás horas del día.

Las tertulias se forman generalmente en los corredores de las casas para librarse del calor que es intolerable cuando no se siente la brisa. En general son animadas y bulliciosas. Las señoritas tocan la guitarra y cantan esas letras, que antes de la buena venida de la Opera, hacían el gasto de nuestras cantatrices. Sin embargo observé, y no sé a qué atribuya semejante falta, que no hay muchos jóvenes en Santa Marta. Será la guerra, serán otras las causas, pero siempre noté ese vacío.

Una cosa muy original me llamó en gran manera la atención. Nosotros los venezolanos tenemos malojeros, leñateros, etc. Los sa-

marios no; ellos tienen más gusto. Les agrada mucho hacer sus negocios con las mujeres y tienen por eso naranjeras, malojeras y leñateras. Sólo el ramo de agua es servido por hombres.

Las samarias usan trajes de talle alto y mangas anchas: flores de oro prendidas en la cabeza; y muchas sortijas en las manos. A la iglesia llevan pequeños asientos que usan para descansar de la incómoda genuflexión. Sería sin duda un adelanto que se introdujese esta costumbre en nuestras señoras caraqueñas.

Al pasar por una calle, que se denomina La Mayor, observé colgada a la pared una tablilla con la inscripción siguiente: *ya vino el correo.*

Hasta aquí mis apuntaciones sobre la idea que formé de Santa Marta y sus habitantes. Tal vez no sean muy exactas atendido el poco tiempo que pasé allí.

EL SEÑOR JOAQUIN MIER

El Doctor Próspero Reverend. El Señor Manuel Ujueta

Mi viaje a Santa Marta había sido exclusivamente por Bolívar. Así mi primer cuidado fue visitar los lugares en que él estuvo y conocer las personas que estuvieron a su lado en los últimos días de su vida. Mas, antes quise ir donde éstas que ver aquéllos, deseoso de saber cuánto dijo e hizo el Libertador en sus momentos de adiós, para visitar luego con más interés los sitios, recordar en ellos todo lo que me hubieran contado y verlos y reverlos con más placer.

Por eso fui a la casa del Sr. Joaquín Mier y Benites, de nación español, domiciliado en Santa Marta, el mejor amigo de Bolívar, porque lo fue en la desgracia.

Me hice anunciar y fui admitido.

Tendióme la mano el franco español, lleno de bondad, y se la apreté con toda la efusión de mi corazón. Miréle el rostro con aquella admiración respetuosa con que se contempla un hombre que vale, porque el Sr. Mier vale mucho para mí. Con un alma

generosa y rebosando en desprendimiento, ofreció su casa, su dinero, su persona, su noble amistad al Libertador proscrito, al Padre maldecido, al Fundador de la libertad de Sudamérica herido en el alma por la ingratitud.

El Sr. Mier, el español, dando asilo a Bolívar en 1830, es a mis ojos un hombre de mucho aprecio, es un grande hombre. No de esos a quienes la Fortuna llevó en sus alas al soplo de las auras protectoras, sino grande como Iturbe, con su solo corazón generoso y magnánimo.

¡Cuántas cosas hubiera yo preguntado al Sr. Mier! Pero mi posición no me lo permitía. Demasiado joven, no me era dado cuestionar a un respetable anciano, para mí rodeado de una atmósfera de veneración que no podía traspasar. Por eso me contenté con las noticias que él quiso darme de suyo.

Hablaba con los Comisionados de Venezuela, a quienes dio franca y noble hospitalidad, sobre asuntos relativos a la ceremonia fúnebre que debía tener lugar dentro de pocos días.

Y no se cómo recayó la conversación sobre la llegada de Bolívar a la Quinta de San Pedro en 1830. Con este motivo nos refirió que el Libertador examinó cuanto le estaba preparado, y que llegando a la librería colocada expresamente para él, le dijo: —¡Hombre! Sr. Mier, Ud. ha tirado su dinero comprando estos libros. Apenas se puede leer este, y le señaló el Quijote.

Una hora estuve con el Sr. Mier: de las más felices de mi vida, de aquellas completas en que no se siente ningún vacío. Despedíme de él ofreciendo volver, si me lo permitía, y rogándole tuviese la bondad de admitirme en su Quinta de San Pedro Alejandrino. Excusado es decir que me contestó tan caballerosamente como lo tiene de costumbre.

De la casa del Sr. Mier fui a la del Sr. Dr. Próspero Reverend, actual Cónsul de S. M. el Rey de los franceses.

Este es un amable señor de agradable apariencia y maneras muy insinuantes. Me recibió con aquel porte de benevolencia amistosa que parece dar a nacionales y extranjeros el cielo de Santa Marta. El Sr. Reverend fue el médico de cabecera del Libertador en su

postrera y única enfermedad, y por eso me pareció un recuerdo andando *.

Mucho habló sobre el Libertador y su carácter durante sus últimos días. Me mostró una secreción hallada en sus pulmones cuando se hizo el examen del cadáver. Es de figura casi oblonga, porosa y un poco parecida a esos huesecitos que se hallan en el espinazo de los peces. El conserva esta memoria con sumo aprecio y por ningún respecto se desprendería de ella. La mantiene envuelta en el mismo papel en que la puso cuando la autopsia. Sobre el papel se leen estas dos palabras: DE BOLIVAR.

Algo dijo de sus proyectos de enviarla a Francia, en caso que él muriese lejos de su familia.

Así, todos los deseos de poseer una memoria puramente nacional, deben morir ante esa voluntad decidida. La Francia poseerá una reliquia de Bolívar, y la América, si quiere conocerla, tendrá que ir al Museo, al Louvre o al Conservatorio.

Rogué al Sr. Reverend me indicase el camino que debería seguir para llegar a la Quinta de San Pedro, y lleno de amabilidad se ofreció a conducirme al día siguiente: lo que le agradecí infinito, contando con saber de su boca muchas cosas que hasta entonces no había podido preguntarle.

El Sr. Manuel Ujueta no fue el postrero en probarme que los samarios son los hombres más bondadosos posible para los extranjeros.

El Sr. Manuel Ujueta, boliviano exaltado, fue el que a su costa edificó una bóveda para colocar las cenizas del Libertador, cuando un terremoto destruyó la que los Sres. Granados franquearon para enterrar el cadáver en 1830.

Sobre esto le oí una interesante relación que ojalá pudiese repetir aquí íntegra y con todo el colorido que le dio el Sr. Ujueta. Trataré de repetir lo más que tengo presente.

—"Cuando murió el Liberador, me dijo, los samarios creímos que no debían ser inhumados sus restos en un cementerio, como los

* He oído referir muchas veces que el Sr. Dr. José María Vargas, cuando supo la enfermedad que padecía el Libertador, salió de Venezuela con el objeto de asistirlo en su calidad de Doctor médico. Pero que hallándose en San Thomas, supo la muerte de Bolívar.

de un particular cualquiera. Pensamos en un sitio propio, y los Sres. Granados ofrecieron empeñadamente una bóveda de su propiedad, que verá Ud. al pie del altar de San José en la nave derecha de la iglesia Catedral. Allí le depositaron los restos del Vencedor en Boyacá, San Mateo y Carabobo en una bóveda que la admiración les ofrecía.

"Allí debían permanecer para siempre, según era el aspecto que las cosas tenían entonces, cuando era un delito ser boliviano, y cuando los retratos del Genio Libertador de la América sólo podían tenerse ocultos al respaldo de algún cuadro... cuando me vi forzado a pasar a Jamaica temeroso de que si permanecía en mi país, podía ser asaltado de un instante a otro, solamente porque tenía el honroso timbre de amigo de Bolívar, sólo porque mis manos cerraron sus párpados ya helados. En esa bóveda estuvieron hasta que el terremoto la arruinó.

"Entonces mal intencionados, corazones de poco prez, hicieron arrojar tierra sobre el ataúd que por entre las ruinas se veía, entapizando todo el interior con escombros y pedazos de ladrillos. Y aún concibieron el proyecto de posesionarse del cadáver para arrojarlo al mar, junto al Morro, para que la profundidad que allí tienen las aguas, hiciese imposible el extraerlo en ningún tiempo.

"Indignado por tal infamia, solicité y obtuve permiso para construir la bóveda que hoy ocupan los restos de ese Grande Hombre: con alguna dificultad se destruyó la obra de los Sres.*** y del C***, porque la tierra había sido apretada fuertemente; mas destruida que fue, conduje a mi casa las venerables cenizas, conservándolas en mi poder tres días que se emplearon en la construcción de la nueva bóveda.

"El Capitán Joaquín Anastacio Márquez encargó a los Estados Unidos la losa de mármol que muchos años señaló el lugar de la sepultura, y que hoy *podrá ver Ud. en la sacristía de la iglesia...*".

Curioso quedé por saber la causa que tenía en una sacristía la losa que había cubierto la tumba de Bolívar. Pero ¿cómo satisfacer mi curiosidad cuando el Sr. Ujueta, que me había comunicado otros particulares, no había querido añadirme nada más sobre éste?

Omito muchas otras cosas que me refirió sobre los sucesos posteriores al 17 de diciembre de 1830; porque las juzgo extrañas a mi propósito.

Su amabilísima y hermosa señora estaba con su hija formando unos cojines que debían servir para la conducción de los restos.

EL CAPITAN JOAQUIN A. MARQUEZ

A los imparciales

Cuando en circunstancias notorias a todos los hombres, aquellos que merecieron privilegiados servicios y honores de S. E. el Libertador Simón Bolívar guardaron silencio y nada hicieron, siquiera respecto a la lápida que debiera cubrir sus cenizas, hoy despertados de su indiferente letargo a consecuencia del honroso aparato con que se van a exhumar, tratan de relegar al olvido el humilde tributo de una losa de mármol que mi esposo Joaquín A. Márquez, a sus expensas, y sólo a impulsos de su gratitud, hizo traer de los Estados Unidos, no advierten que al arrebatar esa lápida, realzan el nombre de mi esposo y ponen en claro la indiferencia con que ellos se marcaron desde entonces.

Mi esposo se encuentra en desgracia, fuera del país y han tratado de despreciar su obsequio, como se acostumbra en tales casos con los abatidos por almas innobles, sin duda porque se avergüenzan de lo mal que le pagaron al Héroe de Colombia, y como si quisiesen borrar un testimonio de su ingratitud, han arrancado aquella lápida sustituyéndola con otra que vino acaso destinada para una mesa. ¡Pero qué chasco! En Venezuela, en las demás Repúblicas de América, y si no me equivoco, en el orbe entero es muy sabido el leal procedimiento de mi marido, y esta verdad la comprueba la carta que desde su residencia se dignó dirigir a mi esposo la señora Juana Bolívar, hermana del Libertador, en la que le da las gracias por haber sido el único que recordó a su hermano.

Los que con miras conocidas inventaron quitar la lápida, debieron reflexionar que desde que Márquez la dedicó a la memoria de S. E. el General Simón Bolívar, dejó de ser de Márquez y que la quiten o hagan de ella lo que quieran, lo hacen a una prenda que corresponde exclusivamente al sepulcro venerado del Libertador, y como tal, creo la reclamarán los Sres. Comisionados que han venido por sus restos.

Rita Herrera de Márquez

Santa Marta.
Imprenta de Locarno y Guerrero
Noviembre 18 de 1842.

Los Comisionados venezolanos llevaron "la muy especial recomendación de presentar a nombre del Gobierno de Venezuela, las más solemnes gracias a los Sres. Joaquín Mier, Manuel Ujueta y Joaquín Anastacio Márquez, por sus servicios al Libertador en sus últimos días y por el respeto y celo que mostraron a sus preciosos restos".

El Capitán Joaquín Anastacio Márquez, el Oficial agradecido que hizo labrar esta piedra, se halla hoy fuera de su país, por consecuencias de la última guerra de hermanos que ha ensangrentado a la Nueva Granada.

QUINTA DE SAN PEDRO ALEJANDRINO

El Dr. Reverend vino a anunciarnos que el sol estaba en el horizonte y que debíamos ir a la Quinta de San Pedro.

A las seis de la mañana montamos a caballo, tomando al Este de la ciudad por un camino llano y cubierto de arena que va cruzando el valle de Santa Marta, entre árboles pequeños y frondosos arbustos a pesar de estar sembrados en piso arenoso. Siempre al Este una legua anduvimos, que me pareció corta por lo entretenido que iba con la conversación del Cónsul y los comentarios siempre a propósito que a todo hacía. Bastante anchura me dio bondadoso para hacerle cuantas preguntas quise sobre el Libertador y su muerte.

—Era imposible salvarlo, me dijo. Cuando llegó a Santa Marta el 1º de diciembre de 1830 *, su mal estaba muy avanzado y su espíritu extremadamente decaído.

El Libertador con su carácter de fuego y su alma colosal (estas son sus palabras) se tornó en un niño cuando supo los sucesos de Valencia. No porque le hubiesen desconocido, sino porque le habían calumniado, porque en la necesidad de combatir, serían sus herma-

* Procedente de Sabanilla en el bergantín nacional *Manuel*, entró a Santa Marta a las siete de la noche.

nos los enemigos, serían sus hijos, la mayor parte criaturas suyas, y su alma generosa fue herida vivamente.

Su enfermedad, es cierto, era grande y muy grave: se presentaba con caracteres de sepulcro: nunca se hubiera salvado; pero al menos hubiera vivido mucho más tiempo. Mas, aquel pesar que nunca le abandonaba, aquel suplicio horroroso en que lo ponía el recuerdo de los venezolanos. Los venezolanos, su pueblo predilecto, enemigos suyos!...

El nunca habló de asuntos políticos durante su enfermedad. Pero su frente llena de sombras, su boca contraída con fuerza, sus involuntarios movimientos de desagrado, su mirada, todo nos decía lo que ya todos sabíamos: —que sus padecimientos eran reagravados por su malestar moral. Así lo creí yo desde el primer día que lo vi, y así lo apunté en los boletines que pasé de su enfermedad *.

—Y los papeles que el Libertador mandó quemar y que estaban en poder del Sr. Pabajeau ¿qué se hicieron?

—No lo sé a punto fijo. Oí decir que no se habían encontrado. Grande interés deben presentar cuando tan cuidadosamente se han perdido.

Estábamos ya en la Quinta, separada algunas sesenta varas del camino público. A la entrada corre un arroyo muy pintoresco y agradable que sirve para el regadío de la caña de azúcar y árboles frutales que cultiva el Sr. Mier.

---

* En el boletín número 1º fechado el 1º de Diciembre a las ocho de la noche, se lee: "El pulso igual; pero comprimido... Las frecuentes impresiones del paciente indican padecimientos morales".

Y en relación con la autopsia del cadáver: "También debe confesarse que afecciones vivas y punzantes como debían ser las que afligían continuamente el alma del General, contribuyeron poderosamente a imprimir en la enfermedad un carácter de rapidez en su desenvolvimiento, y de gravedad en las complicaciones, que hicieron infructuosos los socorros del arte. Debe observarse en favor de esta aserción, que el Libertador, cuando el mal estaba en su principio, se mostró muy indiferente a su estado y se denegó a admitir los cuidados de un médico. S. E. mismo lo ha confesado: era precisamente en el tiempo en que sus enemigos lo hartaban de disgustos, y en el que estaba más expuesto a los ultrajes de aquellos que sus beneficios habían hecho ingratos. Cuando S. E. llegó a Santa Marta, bajo auspicios mucho más favorables, con la esperanza de un porvenir más dichoso para la patria, de quien veía brillantes defensores entre los que le rodeaban, la naturaleza conservadora recobró sus derechos; entonces pidió con ansia los socorros de la medicina. ¡Ah! ¡ya no era tiempo! El sepulcro estaba abierto esperando la ilustre víctima, y hubiera sido necesario hacer un milagro para impedirle descender a él. — San Pedro, Diciembre 17 de 1830. — A las 8 de la noche. — ALEJ. P. REVEREND. &.ª".

Este con otros señores, la mayor parte venezolanos, se paseaba en el corredor de la casa.

En un rincón del gran patio, bajo un toldo improvisado, estaba el primer Teniente de caballería Carmelo Fernández, enviado por el Gobierno de Venezuela para tomar las vistas de los lugares en que murió y fue sepultado el Libertador. En aquel momento sacaba la vista de la Quinta.

Mudo y sobrecogido en profunda meditación pisé los sitios, testigos de la muerte del Angel de la Libertad Sudamericana. En un cuartito de siete varas terminó su gloriosa carrera el Genio de Colombia. Henchido el pecho de dolor y queriendo reventar mis ojos en lágrimas, recorría con paso lento aquella última habitación del Grande en la que repitieron los ecos la voz del moribundo expatriado que encomendaba en su despedida la unión de sus hermanos que le habían retirado su confianza, juzgándole perjudicial a la misma causa a que consagró su existencia entera!

A nombre de esos hermanos, ingratos un día, estábamos en aquel lugar favorecido, y cumpliríamos presto su postrer deseo, para que el mismo eco que repitió su última palabra, resonase con los nombres de *Padre y Libertador,* al par de ese himno funeral de la América que "tiene del mundo el llanto y del cielo la armonía".

Aquellas paredes oyeron de la propia boca de Bolívar, estas palabras:

"Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria; si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro".

Ellas las repetirán a las nuevas generaciones, que mejor que nosotros podrán valorarlas.

El Dr. Reverend nos indicó el lugar donde estaba su lecho, donde estuvo su hamaca, donde se paseó alguna vez.

Ni el lecho existe ni la hamaca. *Mesa,* un asistente del Libertador, los quemó el día después de su muerte, "para que los enemigos del Viejo, según su propia expresión, no encontrasen nada que le hubiese pertenecido".

Un hermoso busto de mármol blanco está colocado en el mismo lugar en que expiró y a su derecha existe la librería que para uso del Libertador compró el Sr. Mier.

Recorrí el jardín y todos los alrededores de la casa: el primero, formado con mucho gusto, está a la sombra de cocos y otros árboles, de los cuales me hicieron notar un caprichoso caimito que fue predilecto de Bolívar.

Los alumnos de la Academia de Matemáticas que fueron con el objeto de hacer la guardia de honor a los restos, levantaron el plano de la Quinta. Ahora lo posee nuestro Gobierno, y de él hemos sacado una copia reducida a la mitad de la escala del original, la que presentamos a nuestros lectores.

El Libertador fue llevado en una berlina, de la ciudad a esta Quinta de San Pedro en la tarde del 6 de diciembre de 1830, en ella murió a la una de la tarde del día 17, y fue trasladado el cadáver a la ciudad el mismo día por la noche. La inhumación se hizo el 20 a las 5 de la tarde. A un lado de la casa está un trapiche de vapor con sus correspondientes oficinas para la elaboración de la caña de azúcar.

Salimos de aquella mansión postrera del Libertador, abandonándola quizá para siempre, con el alma llena de recuerdos que vivirán con ella hasta morir, porque la llenan agradablemente, formando parte de su existencia.

El doctor Reverend nos propuso, a mi tío y a mí, le acompañásemos a Mamatoco, donde él iba para encargar provisiones frescas para la "Circé". Admitimos la propuesta con la mejor voluntad, tanto porque era una súplica suya, como porque su conversación, que versaba siempre sobre Bolívar, nos era muy interesante.

Refirió muchas cosas de las que sucedieron en la muerte del General Bolívar; pero fueron de esas desagradables, que importa más silenciar y que sólo cuadran bien en las novelas de la época en que vivimos; cuadros desnudos, inmisericordiosos, en los que la memoria del vivo desaparece ante el cadáver del que fue, y el mezquino interés con su oro sonante, sus riquezas y pasiones apaga las últimas voces del corazón piadoso. Mueran esas escenas, si es posible, perdidas en el olvido. No seré yo el que trate de describirlas por más verdaderas que hayan sido.

Variando de tema, nos dijo (con estas palabras).

—En toda su penosa enfermedad no se escapó de sus labios un solo acento que manifestase odio, ni siquiera mala voluntad hacia ninguna de las personas que, por decirlo así, lo impelían precipitadamente al sepulcro. Lo más que dijo con referencia a este particular, y eso en un momento en que tenía una gran fiebre, fue: "Vámonos, vámonos. Esta gente ya no nos quiere en su tierra. Lleven mi equipaje a bordo".

Y en otra ocasión en que estaba yo leyendo una gaceta, me preguntó ¿qué leía?. —Unas noticias de Francia, le contesté. —¿La revolución de julio? —Sí señor. —¿Y no piensa Ud. ir a Francia? —Sí. —Pues póngame Ud. bueno, doctor, y nos iremos juntos. Francia es un bello país, que además de la tranquilidad de mi espíritu, que tanto necesito, puede ofrecerme muchas comodidades que me hagan descansar de esta vida de soldado que llevo hace veinte años. En Francia o Inglaterra viviría muy contento como un particular. Ya me hubiera ido si hubiese recibido cartas de mi familia".

---

* Escribió el Libertador la siguiente carta, que ya ha publicado antes que yo el colector de las *Proclamas*.

Guasduas, Mayo 11 de 1830.

Sr. Gabriel Camacho. — Mi querido amigo. Al fin he salido de la Presidencia y de Bogotá, encontrándome ya en marcha para Cartagena, con la mira de salir de Colombia y vivir donde pueda: pero como no es fácil mantenerse uno en Europa con poco dinero, cuando habrá muchos de los sujetos más distinguidos de aquel país, que querrán obligarme a que entre en la sociedad de alta clase, y después que he sido el primer magistrado de tres Repúblicas, parecerá indecente que vaya a existir como un miserable. Por mi parte le digo a U. que no necesito de nada, o de muy poco, acostumbrado como estoy a la vida militar. Mas el honor de mi país y el de mi carácter, me obligan imperiosamente a presentarme con decoro delante de los demás hombres, mucho más cuando se sabe que yo he nacido con algunos bienes de fortuna, y que tengo pendiente todavía la venta de las minas heredadas de mis padres, y cuyos títulos son los más auténticos y solemnes. Yo no quiero nada del Gobierno de Venezuela; sin embargo, no es justo, por la misma razón, que este Gobierno permita que me priven de mis propiedades, sea por confiscación o por injusticia de parte de los tribunales. Me creo con derecho para exigir del jefe de ese Estado, que ya que he dejado el mando de mi país sólo por no hacerle la guerra, se me proteja a lo menos como el más humilde ciudadano. Mucho he servido a Venezuela, mucho me deben todos sus hijos, y mucho más todavía el jefe de su gobierno; por consiguiente, sería la más solemne y escandalosa maldad que se me hubiese de perseguir como a un enemigo público. No lo creo, sin embargo, y por lo tanto le ruego a U. se sirva hacer presente todo lo que llevo dicho y todo lo que U. sabe en mi favor al General Páez y al Dr. Yanes, porque éstos deben ser los que más influyan, sea directa o indirectamente en este negocio. Se sabe que tengo justicia y que estoy desvalido. Con estos títulos solos me creo ya en seguridad contra los tiros de mis enemigos.

Muchas veces sucedió que se resistía a tomar las medicinas que yo le recetaba y como yo me esforzase para hacérselas tomar, me decía con tono bondadoso:

—"Ud. se encabrita, *doctor*", marcando mucho esta última palabra.

Con frecuencia lo encontré quejándose: le preguntaba si sentía algún dolor. —"No, me contestaba, es una manía este quejido".

—¿Y qué siente V. E.? —"Nada. Me va muy bien".

Su olfato estaba sumamente delicado y no toleraba que se le acercase nadie que hubiese fumado. Al mismo general Sardat, su idólatra fiel hasta la muerte, lo mandó que se retirase un poco para hablarle, porque le olía a Girón o a *cachimbo*, como le dijo él mismo.

El Libertador no fumó en su vida y de ahí la antipatía que tenía al tabaco.

Y a tal punto llegaba la delicadeza de su olfato, que no me acerqué a su cama una sola vez, sin que me pidiese su frasco de agua de colonia, diciéndome: —Ud. huele a hospital. Parece que trae Ud. una botica a cuestas.

No sé todavía a donde me iré, por las razones dichas; no me iré a Europa hasta no saber en qué para mi pleito, y quizá me iré a Curazao a esperar su resultado, y si no a Jamaica; pues estoy decidido a salir de Colombia, sea lo que fuere en adelante. También estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas. La desesperación sola puede hacerme variar de resolución. Digo la desesperación, al verme renegado, perseguido y robado por los mismos a quienes he consagrado veinte años de sacrificios y peligros. Diré, no obstante, que no los aborrezco; que estoy muy distante de sentir el deseo de la venganza, y que ya mi corazón los ha perdonado, porque son mis queridos compatriotas, y sobre todo, Caraqueños...

Tenga U. la bondad, mi querido amigo, de escribirme a Londres por medio de Sir Robert Wilson, y a Jamaica por el Sr. Heilop. Ambas cartas deben ser duplicadas, para que me llegue alguna aunque se pierda otra. Escriba U. además al Sr. Madrid sobre todo lo que ocurra en el pleito.

En el correo anterior escribí a U. diciéndole que había aprobado la transacción propuesta por el Sr. Ackers, debiendo yo pagar por ella las cuatro mil libras esterlinas, pues quiero terminar el negocio de cualquier modo, y sobre esto he escrito ya también al Sr. Madrid.

El Congreso ha mandado que se me pague fielmente la pensión y me ha dado las gracias por mis servicios; a pesar de todo, no puedo contar con esta gracia, porque nadie sabe los acontecimientos que sobrevendrán y las personas que tomen el mando. Por lo mismo, lo más seguro es mi propiedad, que reclamo una y mil veces, para vivir independiente de todo el mundo.

Salude U. a su mujer y a mis hermanas. — De U. de corazón. — BOLÍVAR.

Tantas anécdotas recuerdo, añadió el Sr. Reverend, que si las apuntase, formaría un volumen; lo que es muy probable que suceda.

—¿Y cree Ud., doctor, que encontraremos conservado su cadáver?

—Tal vez no; porque absolutamente carecíamos de ingredientes para embalsamarlo bien. No los tenía yo ni los había en la población.

Llegamos a Mamatoco, miserable caserío de paja, habitado por indios en su mayor parte. Alcanzábamos con la cabeza el techo de las casas y a caballo estábamos tan altos como cualquiera de ellas.

Mamatoco, a lo que parece, es como un almacencito de Santa Marta, donde se proveen los samarios de hermosas gallinas y pavos envidiables para la mesa de un gastrónomo.

Un vecino tiene un trapiche para la caña de azúcar, plantado al descubierto en el suelo de un patio y movido por animales. Nos ofreció un sabroso vaso de *guarapo* que nos recordó mucho a Caracas con su delicioso valle por donde corre el Guaire, regando las cañas de sus bonitas haciendas. El indio, amo de la casa, nos preguntó bonazo, si éramos *colombianos* y si habíamos venido a buscar a *el viejo,* título afectuoso con que la tropa llamaba al Libertador. —*Sí,* le contestamos afectuosamente a sus dos preguntas y nos despedimos *hasta más ver,* como solemos decir por acá.

CATEDRAL DE SANTA MARTA

En la plaza mayor, y un poco lejos del centro de la ciudad, se ve la Catedral sencilla y bonita como una religiosa novicia, de aspecto agradable y risueño que inspira respeto cariñoso por el culto a que está consagrada; y orgullosa con una blanca piedra de mármol que guarda en su nave céntrica, así como la monja enseña un fragmento del *Lignum-crucis* prendido en su seno: una piedra blanca y sin nombre alguno, como si un nombre fuese inútil cuando un mundo repite con millones de voces ese nombre que ella revelaría tal vez incompleto; así la profesa conserva su cruz sin nombre, porque el del Salvador parece eternamente unido a la santa reliquia.

En la nave derecha se ve el altar consagrado al esposo de la Madre de Dios y a sus pies la bóveda de la familia Granados, que guardó la primera los restos de Bolívar.

El templo está embaldosado con cuadros de mármol, alternativamente blancos y negros, y en sus paredes están colocadas las efigies de los canonizados de la iglesia romana, exactamente como en los templos de Caracas.

La tumba de Bolívar está en la nave del centro, como antes dije, y hacia la parte superior de la nave.

En este santo lugar, y sentado en un confesonario, conocí al Sr. Pbro. Dr. Santiago Mazenet, Canónigo penitenciario del Cabildo de aquella Catedral, persona íntimamente ligada al gran difunto, según voz general en Santa Marta, por sus proyectos de 1830 que formarán un día, si llega a escribirse, un episodio de la biografía de Bolívar.

Después de la vista de este venerable sacerdote, ninguna otra curiosidad me llamó la atención en el templo santo.

Sólo sí una que me faltaba por ver y que me presentaba mucho interés para dejar de buscarla. Era la piedra del Capitán Joaquín Anastacio Márquez.

Estaba en la sacristía con el lado escrito vuelto hacia la pared y apoyada en ella por el costado más largo. Tengo el placer de presentar al público esta curiosidad histórica exactísimamente copiada del original, que está hoy en poder del Sr. Mariano Uztáriz.

La Catedral de Santa Marta es de fundación española; mas ignoro la fecha de su fundación y ni pude averiguarla en aquellos días dedicados a asuntos de mucho mayor interés.

EXHUMACION

A las cuatro y tres cuartos de la tarde del 20 de noviembre se hallaban reunidos en la Iglesia Catedral, con el objeto de presenciar el acto de la exhumación de los restos venerables del Libertador:

El general Joaquín Posada Gutiérrez, Gobernador de Santa Marta, Presidente de la comisión nombrada por la Nueva Granada para la entrega de los restos.

El Ilustrísimo Sr. Obispo de la Diócesis, Dr. Luis J. Serrano, miembro de la comisión.

El Sr. Joaquín Mier y Benites, miembro también de la comisión, actual dueño de la quinta de San Pedro. Llevaba al ojal de la casaca un busto del Libertador.

El Sr. Dr. J. M. Vargas, Presidente de la comisión nombrada por el Gobierno de Venezuela, Albacea testamentario del Libertador, Ex-presidente de la República de Venezuela.

El Sr. General José María Carreño, comisionado por Venezuela, ilustre soldado de la guerra de la Independencia, que hizo toda la campaña con un brazo menos que perdió en la batalla de Los Cerritos Blancos el año de 1813. Estaba de gran uniforme con todas sus condecoraciones y cruces, y tenía puestas unas charreteras y una banda que fueron del Libertador.

El Sr. Mariano Uztáriz, hijo del Ilustre Francisco J. Uztáriz, mártir de nuestra Independencia.

El Prebendado Sr. Manuel Cipriano Sánchez, gran Capellán de la comisión.

Los señores Pablo S. Clemente y Simón Camacho, deudos del Libertador.

El Sr. Teniente-coronel José María Contreras.

El Comandante de la "Constitución", Sr. Sebastián Boguier, Comandante del apostadero de Puerto Cabello, Jefe marítimo de la expedición.

Los Comandantes de los buques de guerra extranjeros que convoyarán a la "Constitución" en su viaje a La Guaira:

Mr. Jules Ricard, Comandante de la corbeta "Circé".

Mr. J. A. Jöhr, del bergantín "Venus", Mr. Reynold York del bergantín "Albatros" y el Estado Mayor de los tres buques, colocados por el orden de graduación militar.

Todos estos señores ocupaban el ala derecha de la nave central, colocados en el mismo orden con que han sido nombrados, dispuesto por el programa de la función mortuoria, que dio el señor Gobernador.

En el ala izquierda de la nave estaban:

El Ilustre Concejo Municipal.

El Estado Mayor del batallón número 9 acantonado en la plaza.

Los Cónsules inglés, norteamericano y francés.

Y gran número de particulares que asistieron al acto.

La guardia de honor estaba al lado derecho, detrás de las comisiones.

Se echaba de menos la ecuatoriana, que no pudo llegar a causa del mal tiempo.

El Sol de las Américas lanzaba sus rayos oblicuos sobre el rostro ansioso de los espectadores, brillando esplendente sobre los mármoles del templo.

Un silencio profundo reinaba en la concurrencia que oía sobrecogida de sentimiento religioso el cántico que la Religión eleva entre nubes de incienso pidiendo al cielo el Paraíso eterno para los que fueron en la tierra.

Todas las miradas estaban fijas en un objeto, y todos los corazones latían impulsados por un mismo sentimiento.

Grandioso cuadro aquel en que la sombra de los Héroes es invocada, en que las generaciones que viven, sellan con el renombre de inmortal la historia de él que al darles un adiós último, les legó un nombre que vivirá eternamente con la memoria de los siglos!

El corazón latía precipitado a los golpes del trabajador que desunía la piedra del suelo que la oprimía, e involuntariamente seguían los ojos sus movimientos compasados y silenciosos; porque detrás de aquella piedra veríamos los niños al Redentor de nuestros padres: encontraría el pueblo a su Libertador y el ejército a su Viejo, a su jefe y compañero de armas, con el que dividieron más de un peligro y a cuyas órdenes ganaron más de una victoria y ciñeron cien coronas.

Nuestros ojos esperaban al caudillo de la Independencia, a Bolívar.

La barra del operario había ya deshecho la trabazón de las losas pequeñas que cubrían los costados y ya la piedra sepulcral se removía. Los golpes continuaron y la piedra quedó separada...

Veíamos la caja de madera hecha polvos, y tras ella la urna de plomo...

Fue también levantada y Bolívar apareció... Bolívar el Grande, el Libertador... El Genio de Colombia.

El Sr. Gobernador preguntó en voz alta al Sr. Reverend, médico del Libertador, y al Sr. Manuel Ujueta, Jefe político el año de 1830, si en aquel cadáver reconocían el del Libertador de Colombia.

—Sí, contestaron ambos señores con voz conmovida. El señor Ujueta tenía los ojos llenos de lágrimas.

Yo miraba con santa contemplación aquellas reliquias de un hombre al que estaba unido, más por los lazos de mi entusiasmo por su gloria, que por otro alguno, y mi respiración arrancada de mi pecho quería detenerse. Sentimientos que yo no conocía me asaltaron. Lloré. Tenía a mis ojos el objeto más querido de mis ensueños. Veía al que había llenado la historia de la libertad.

Un cadáver sólo quedaba... Recuerdo de nuestras proezas de soldados. Emblema de nuestra gloria nacional. El ídolo de mi corazón americano.

Volví el rostro y junto a mí lloraban todos, excepto alguno sombrío en que estaba pintada la agitación del alma que no sabe llorar.

Santo silencio de respeto...

La iglesia elevaba su plegaria al Dios de la Resurrección...

Y *él* caído. *El* en esqueleto. *El* que no podía llevar la espada redentora. Y *él* muerto para el mundo!

O más bien. *El* vivo en la memoria de los pueblos redimidos, monumentos de su gloria. Moisés de nuestro siglo, a quien no fue concedido ver la tierra de Promisión, hacia la que guió su pueblo.

Santa Marta, la ciudad de los recuerdos, Santa Marta que le oyó decir adiós, estaba allí, con sus lágrimas. Y allí también los ecos de su proclama postrera... ¿No estaba su sombra resplandeciente en la bóveda del templo?...

El pueblo rodeaba la tumba y recogía los trozos deshechos de la caja de madera... Todos guardaban una reliquia para memoria del ausente Padre... Testigos de un hecho grande para las otras generaciones.

Gral. J. Posadas

Rdo. Obispo de Sta. Marta

J. Mier

J. Ricard

R. Yorck

J. A. Jörh

El cañón resonaba en la bahía, extendiendo sus voces hasta los confines de la mar... Las campanas plañían dobles compasados... Caían los pabellones de lo alto de sus mástiles... Las entenas de las embarcaciones se cruzaron...

Se levantó un acta de la exhumación y el cadáver fue cuidadosamente colocado en la urna cineraria que la Nueva Granada consagró a las reliquias de su Libertador.

En un catafalco sencillo fue colocada la urna a la custodia de una compañía del batallón Nº 9.

El sol había desaparecido bajo las ondas y sus reflejos daban un tinte purpurado a los pilares de la Catedral.

Y a la luz de los cirios continuó la Iglesia su fúnebre ceremonia hasta las ocho de la noche.

EL CATAFALCO

Hasta las diez permanecieron abiertas las puertas del templo.

Todos los habitantes de la ciudad vinieron a tributar al Padre una ofrenda filial: una lágrima.

Vi entonces la urna como la transacción con las ideas de 1830. Era el gaje de unión que recíprocamente se daban en el santuario del Señor los sostenedores de las asambleas de S. Francisco y de algunos decretos del Constituyente, y el pueblo siempre fiel que le siguió en todas las campañas de la Independencia. Era "un ósculo común". Aquella urna estaba en "un bosque de olivos, a cuya sombra celebraron la fiesta de la libertad, de la paz y de la gloria" *.

Santa alianza que en lo posible purgaba el pasado, de sus manchas, augurando al porvenir páginas brillantes.

Santa alianza que en aquel momento me hizo perdonar, no sé si para siempre, a los que precipitaron sobre la tumba al Libertador.

Separéme de aquel lugar que contenía en su recinto un ídolo para mis afecciones, con la vaguedad indefinible que dejan al alma los grandes acontecimientos. Volví los ojos una vez más y contemplé

* Palabras de la proclama del Presidente de Colombia a los colombianos.— 3 de Enero de 1827.

el catafalco, las venerables reliquias, un templo de paz y un pueblo de hermanos.

Aquel catafalco sencillo y elegante, como el altar de la Libertad, era el monumento que la América levantaba sobre los Andes, colosal y majestuoso, para inmortalizar su propia gloria. Esplendente como el sol y grande como la mole que le sirve de basamento, en él se conservaba el precioso tesoro, que la muerte dejó a los pueblos americanos, del primero de sus libertadores. Levantado por la gratitud, la libertad lo ciñó con su laurel.

21 DE NOVIEMBRE DE 1842

El sol de las batallas que alumbró en Boyacá, Junín, Pichincha y Carabobo, se presentó nebuloso al comenzar el día, para presenciar la tristeza del pueblo que se preparaba a dar el adiós para siempre a su Libertador.

Un solo día poseería Santa Marta el depósito sagrado que guardó catorce años. Bolívar no dormiría por más tiempo el sueño eterno fuera de la tumba de sus mayores.

Las campanas de todos los templos clamoreaban, melancólicas hasta en la mesurada monotonía de sus sonidos.

La brisa dormía a la salida del sol, y los pabellones consulares colgaban a media asta, plegados sobre sí mismos.

El cañón repetía sus descargas cada cinco minutos.

Eran las nueve cuando principiaron las exequias con una descarga del batallón.

El mismo concurso del día anterior llenaba el templo con la misma colocación que está ya indicada.

El Ilustrísimo Sr. Obispo ofició de Pontifical.

La iglesia de Jesucristo con su pompa y magnificencia y la santidad en sus oraciones, hizo oír su voz siempre atendida, pidiendo por segunda vez el reposo de los escogidos para el hombre difunto, y sus piadosas súplicas subían al Eterno entre las blancas nubes del incensario.

El Sr. Pbro. José María Noriega pronunció una oración fúnebre, en la que delineó ligeramente la marcha de la Libertad, bajo el pabellón de Colombia, que sustentó Bolívar.

A la una y 26 minutos del día terminó la ceremonia que la iglesia consagró a las reliquias del muerto: último deber que se impuso la esposa de Jesucristo, mediadora entre el cielo y la tierra, para consuelo de los hombres.

TRASLACION AL PUERTO

A las cuatro de la tarde mostraba su luto la ciudad huérfana. Sus puertas y ventanas vestían cortinas de telas negras, y todos guardaban silencio.

Las Comisiones, las Autoridades y demás Cuerpos colegiados de la ciudad, el Clero, los Comandantes de la marina y su Estado Mayor, el Sr. Comandante del Departamento, el Estado Mayor de la guarnición, los Cónsules y lo principal de los ciudadanos estaban reunidos en el templo.

Era llegada la hora de cumplir el deseo de Bolívar.

A las cuatro y siete minutos desfiló el acompañamiento por la calle mayor entre las dos alas que formaba la tropa tendida, con armas a la funerala, desde el templo hasta el embarcadero.

Rodeaban la urna los Comandantes, y los Oficiales granadinos la conducían, alternando con los de la marina venezolana y extranjera.

Seguían inmediatamente las Comisiones y luego la tropa de línea, que se iba incorporando al cortejo, con tambores a la sordina y banderas con corbatas negras.

Luego venía una numerosísima concurrencia de personas de ambos sexos que quisieron acompañar las venerandas reliquias hasta el último momento.

Sólo se oían los tambores del batallón. ¡Tal silencio guardaban todos!

Ya en la playa, no lejos de la Batería de Santa Bárbara, se detuvo la procesión, callaron los tambores y el Sr. General Posadas, en extremo conmovido, pronunció esta sentida despedida:

—"Excmos. Sres. Comisionados de Venezuela. En este día solemne por tantos títulos, en este día de luto para la Nueva Granada en que tiene que despojarse por su propia mano de las preciosas reliquias que hubiera querido conservar eternamente, estoy encargado por el Gobierno de mi patria y por la Honorable Comisión que tengo la honra de presidir, de un deber bien penoso y triste: el de manifestaros, para que lo digáis a Venezuela, para que lo sepa el mundo entero, el duelo y sentimiento con que la Nueva Granada se desprende de los restos venerandos del Libertador *Simón Bolívar*.

¿Y podré yo cumplir con este encargo? No; no hay palabras bastantes para expresar lo que sienten los corazones. Vosotros, Honorables Diputados, lo veréis mejor en los semblantes de todos los samarios, de este pueblo que recibió aquellos últimos suspiros de Bolívar, que le arrancaron los dolores físicos y los dolores morales; que le vio postrado en el tribunal de la penitencia recibiendo la bendición del cielo por la mano de un dignísimo Príncipe de la Iglesia; de este pueblo, en fin, que depositó conmovido su cuerpo inanimado en el lugar santo en que lo encontrarais, y que representa hoy a la Nueva Granada en su dolor.

Lo que habéis visto, lo que veis, no se finge: todas las pasiones han callado: todas las pasiones han desaparecido para rendir homenaje a la sombra creciente del Gran Caudillo de los Libertadores: los recuerdos de las hazañas inmortales del glorioso ejército: el nombre mágico de Colombia... pero yo no puedo continuar.

Tomad, Señores, el precioso tesoro que buscáis. Llevadlo a esa tierra privilegiada por el acaso, y sabed y sepa ella, que sólo el respeto que el Gobierno y el pueblo granadino tienen a la última voluntad del Héroe, es la única fuerza capaz de hacer a la Nueva Granada resignarse al sacrificio.

Y vosotros, cenizas ilustres, que habéis reposado en paz por más de una década en este suelo que no quisisteis que os sirviese de asilo eterno, admitid los votos que los granadinos todos elevan al cielo por vuestro descanso perdurable".

Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos y apenas pudo pronunciar las últimas palabras.

El Sr. Dr. Vargas contestó como Presidente de la Comisión venezolana y a nombre del Gobierno que representaba.

Fue colocada a bordo de la falúa venezolana la urna, y después de doce años del sueño de la tumba en las playas del extranjero, Bolívar tornó a los suyos. El pabellón de Venezuela flameaba entre las nubes de humo del cañón, sobre el último legado que le hizo el Libertador, su hijo más amoroso.

El Comandante de la *Constitución* y su segundo recibieron el precioso depósito y de pie sobre su bordo, se despidieron de los samarios, haciendo a la tripulación la señal de partir.

Allá boga ligera la falúa hacia su nave capitana, entre nubes de humo y surcando las ondas iluminadas por los rayos horizontales del sol candente. Allá van con ella las embarcaciones extranjeras que la escoltan y la llevan en el centro, como el Paladion conquistado, el blasón apetecido. Truena el cañón de la santabárbara y en todos los buques de la bahía, y a través de la humareda se ve la falúa coronada con su pabellón tricolor que pasa ligera al costado de la nave de Venezuela.

Resuena el eco lejano del tambor destemplado que dice adiós a su Gran Capitán.

La guardia de honor presenta las armas y en lo alto del mastelero levantó su banderola de señal la orgullosa *Constitución.* Bolívar estaba en capilla ardiente.

Trece cañonazos lo anunciaron.

¡Patria de Bolívar! El Libertador te pertenece. Tus glorias están coronadas. ¡Patria! Bolívar es tuyo.

La hija más hermosa de Colombia, Nueva Granada, lloraba a su Padre. Sólo un recuerdo le quedaba y una caja que guardó su corazón.

La playa permanecía llena de gente. Y era que las sensaciones de aquel día estaban en su alma, vivientes, conmovedoras aún, y era fuerza ver al Semi-dios un instante más.

Callaban los tambores y el soldado ocultaba la faz cubierta de lágrimas, apoyado en la culata del fusil. La bandera neo-granadina estaba arrollada en su mástil, y ceñida con sus corbatas negras.

El sol del 21 de noviembre alumbraba ya la Europa.

CONCLUSION

Una a una tendía sus velas blancas la *Constitución* columpiada suavemente por las olas.

La brisa principió a soplar bastante fresca y la hora de partir era llegada.

Los cañones saludaron y fue levantada el ancla. Eran las diez y media de la mañana del 22.

■

Tierra de Santa Marta, sepulcro un tiempo de Bolívar, adiós para siempre. Queda en paz con tus recuerdos eternos. Los sauces de la tumba fueron arrancados y la *Sombra* no visitará más la ancha bóveda de tu iglesia.

Hija hermosa de Colombia, Granada, en paz te queda. Caigan tus lágrimas, Huérfana triste, sobre el corazón del padre ausente. Ese corazón es tu legado, tesoro de gloria, tu monumento en el porvenir.

La *Sombra* va con nosotros. Los recuerdos de los doce años son tuyos. Tuyos los ecos de sus suspiros. Guárdalos. Repítelos siempre.

¡Unión! ¡Unión! Ellos harán tu dicha.

INDICE

Presentación 9
Memorias de Carmelo Fernández, por Eduardo Picón Lares ... 11
Un olvidado artista y militar venezolano, por Héctor García Chuecos 25
Dictamen 31
Memorias de Carmelo Fernández 33
Anexo 107
Recuerdos de Santa Marta, por Simón Camacho 109

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EL DIA 2 DE JULIO
DE MIL NOVECIENTOS SETENTA
Y TRES, EN LAS PRENSAS
VENEZOLANAS DE EDITORIAL
ARTE, EN LA CIUDAD DE
CARACAS